

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Chantaje atómico

Al llegar Brigitte a Villa Tartaruga, ansiando la compañía de Número Uno, su ama de llaves, «Mamma» Maria, le dice que él está en Europa y que ella no sabe más del tema. Pero Brigitte y Uno tienen sus sistemas para comunicarse, por lo que ella encuentra un mensaje que dice: «Estoy en Chamonix, Hotel Croix Blanche, buscando a un técnico atómico llamado Franco Lorenti. Referencias a Maurizio Berlinghieri en Roma».



Lou Carrigan

Chantaje atómico

Brigitte en acción - 294

ePub r1.0
Titivillus 22.06.2018

Lou Carrigan, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



1

Tras un par de vueltas de espera sobre el aeropuerto de Luqa, en la isla de Malta y próximo a la capital de esta, La Valetta, el formidable *jet* transcontinental recibió permiso de la torre de control para aterrizar.

Poco después, el aparato quedaba en el lugar designado para el desembarco de los pasajeros. Pero no había pasajeros; al menos, en plural. Había solamente una pasajera.

Una bellísima pasajera que descendió por la escalerilla llevando por todo equipaje solamente un gracioso maletín de color rojo con florecillas azules estampadas, en la mano izquierda. Tras ella, y portando una sola maleta, descendió el mismísimo comandante de la aeronave, un apuesto y joven árabe que vestía un uniforme de servicios privados.

Ambos se dirigieron hacia los servicios de recepción de pasajeros en vuelos privados, donde se despidieron y el piloto árabe se dispuso a cumplir los trámites reglamentarios sobre el aterrizaje y despegue de su avión, así como de lo necesario para que los depósitos fuesen provistos de combustible.

Mientras tanto, el empleado del servicio aduanal del aeropuerto de Luqa miraba sonriente a la bellísima pasajera, que, a los pocos segundos, le tendía el pasaporte americano que había sacado del maletín.

Sin abrir siquiera el pasaporte, el sonriente empleado maltés, saludó:

—Buenas tardes, señorita Montfort… ¡De nuevo la tenemos en Malta!

Brigitte Montfort, la periodista famosa en el mundo entero, alzó un instante las cejas, mirando con sorpresa y simpatía al empleado. Luego, sonrió deliciosamente.

—Así es.

—Es un honor para nosotros recibirla en nuestro pequeño país. Naturalmente, todo está bien.

El empleado tomó el pasaporte, puso el sello casi sin mirar, y lo devolvió a la pasajera, que sonrió de nuevo con simpático gesto de agradecimiento, guardó el pasaporte, cerró el maletín, y se dispuso a hacerse cargo de la maleta. No llegó a tiempo. Un empleado del aeropuerto había corrido ya hacia ella, y, cuando vino a darse cuenta, el hombre, no menos sonriente que el empleado aduanal, ya tenía la maleta en la mano.

—Le buscaré inmediatamente un taxi, señorita Montfort —dijo.

—Muchísimas gracias.

Se alejaron los dos, y apenas habían dado unos cuantos pasos otro de los empleados del servicio aduanal se acercó al que había atendido a la recién llegada viajera. Los ojos del hombre estaban poco menos que fuera de las órbitas, fijos en la escultural figura femenina que se alejaba.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Quién es esa belleza?

—¿No la conoces? —La miró el otro—. Se llama Brigitte Montfort, es una periodista americana muy famosa… Y sobre todo es una muy querida amiga del *signore* Tomasini.

—¿De Angelo Tomasini? ¿Del amigo del presidente Don Mintoff?

—Exactamente —asintió el otro—. Del hombre que vive solo en esa magnífica mansión en las afueras de la ciudad y cerca del mar, llamada Villa Tartaruga.

—¡Pues vaya amigas que tiene el amigo del señor presidente! —Bufó el hombre—. En mi vida he visto una mujer tan hermosa. ¿Te has fijado qué cuerpo tan espléndido? ¡Y qué ojos, santo cielo!

—Bueno… La verdad es que si conocieses al *signore* Tomasini comprenderías que no es hombre del que pueda sorprendernos que tenga amigas de esta categoría. El *signore* Tomasini es todo un tipazo.

—Pues por mí se puede ir al cuerno el *signore* Tomasini… ¡Prefiero a su amiguita!

Ajena a esta conversación, la señorita Montfort había abandonado ya el edificio del aeropuerto, y, ayudada por el empleado de este, que se negó a admitir propina alguna, se había instalado en un taxi.

El taxista, vuelto hacia ella, la contemplaba también con expresión de auténtico pasmo.

No era para menos.

Grandiosos ojos azules, boquita sonrosada, largos cabellos negrísimos suavemente ondulados, expresión de clarísima inteligencia, la señorita Montfort era una pasajera que difícilmente podía ser olvidada por quien la hubiese llevado en su taxi alguna vez. Solo que el taxista en cuestión no había tenido hasta el momento ese placer y ese privilegio. Privilegio porque, además de ser una periodista de belleza increíble, la señorita Montfort era nada más y nada menos que la secretísima agente «Baby» de la CIA. Una agente por cuyo nombre clave, «Baby», era conocida y temida por todos los servicios de espionaje. Pero, evidentemente, un simple taxista no tenía por qué, estar al corriente de esta doble faceta de la personalidad de Brigitte Montfort.

—No me diga adónde la llevo —sonrió el hombre—… ¡Al cielo!

—No tan lejos —rio Brigitte—. Me conformaré con que me lleve usted a Villa Tartaruga. ¿Sabe dónde está?

—¡Vaya si sé dónde está! Y no me he equivocado de mucho respecto a su destino, señorita. ¡Lo que daría yo por tener una villa como esa!

—Lo comprendo —sonrió de nuevo Brigitte.

El taxi partió, y durante el trayecto, que no sería muy largo, Brigitte recordó los últimos acontecimientos que había vivido en su condición de peligrosísima e implacable espía internacional. Había dejado atrás el asunto de «Los jardines de Alá», y herido, pero en franca convalecencia, a su viejo amigo, el árabe llamado Jarif Iben Maula[1]. El multimillonario y bien relacionado, en el mundo árabe, jeque Jarif Iben Maula, el cual, una vez recibidos los favores profesionales de la invencible espía, había puesto a disposición de esta su *jet* privado para que la llevase a donde ella quisiera.

Y Brigitte Montfort había elegido la isla de Malta, donde, en una aislada villa, vivía el único hombre que amaba en el mundo.

Tan abstraída estaba Brigitte en la emoción de volver a ver a Número Uno, y en los difíciles momentos pasados en el asunto de Los Jardines de Alá, que ni siquiera se dio cuenta de que el tiempo transcurría. Solo reaccionó cuando el taxi se detuvo y notó que la cabeza del taxista se volvía hacia ella.

—Servidor de usted. Estamos en Villa Tartaruga, señorita.

—Muchas gracias —reaccionó Brigitte.

—¿Quiere que le lleve la maleta hasta la casa?

—No, no. No hace falta. La llevaré yo misma.

El taxista se apeó de todos modos, para sacar la maleta del portaequipajes; cobró el servicio, espléndidamente pagado por cierto, y, dejando a la señorita Montfort frente a las verjas de Villa Tartaruga, emprendió el regreso hacia La Valetta.

Mientras tanto, Brigitte, que en este ocasión no llevaba las llaves de la villa, había optado por tirar de la cadenita que hacía sonar una campanilla. A los pocos segundos vio aparecer por el sendero, flanqueado de bellísimos arbustos de flores, la inconfundible silueta de la gordísima y blanquísima *Mamma* María, el ama de llaves de Número Uno, que llegaba apresuradamente. Al verla, *Mamma* María lanzó un grito de alegría, alzó los brazos, y comenzó a gesticular con cariño y entusiasmo y la vehemencia propia del carácter italiano.

Apenas abiertas las verjas por el ama de llaves, esta abrazó a Brigitte, incrustándola fuertemente entre sus grandísimos senos y comenzando a darle palmadas en todas partes sin dejar de lanzar exclamaciones de alegría y bienvenida.

Pero, de pronto, se detuvo en su entusiasmado recibimiento, y en su simpática cara de luna llena apareció un gesto de consternación.

—Pero el *signore* no esté en casa, *signorina* —exclamó.

—¿Angelo no está? —murmuró Brigitte—. ¿Quizás está en La Valetta resolviendo algunos asuntos o entrevistándose con el señor Mintoff?

—No, no —negó cada vez más consternada *Mamma* María—… El *signore* se fue de Malta. Está en el continente, *signorina*.

—¿Para muchos días?

—Eso no lo sé, *signorina*. Pero supongo que, como siempre, el *signore* habrá dejado un mensaje para usted.

Brigitte asintió, aceptó que *Mamma* María se hiciese cargo de su maleta, y ambas se dirigieron hacia la casa. Como siempre, al recorrer aquel sendero bordeado de flores y de pinos, Brigitte se sentía como transportada a otro mundo. Un lugar en el que solamente había aroma de pinos, de flores, de mimosas, y flotaba en

el aire el canto de algunos pajarillos. Pasaron junto a la piscina rodeada de césped, donde tantísimas veces ella y Numero Uno habían tomado el sol completamente desnudos, y poco después entraban en la casa.

—Llevaré su maleta al dormitorio *signorina*. Y enseguida le prepararé una cena que le gustará muchísimo, ya lo vera.

—Gracias, *Mamma* María —murmuró Brigitte—. La verdad es que estoy cansada de tanto viajar y verdaderamente me sentará muy bien una de sus cenas y descansar toda una noche seguida.

—Lo comprendo, niña —sonrió la mujerona italiana—. La vida que llevan ustedes es para sentirse siempre cansados. ¿Quiere que le sirva un aperitivo mientras preparo la cena?

—Sí, gracias.

Poco después, y mientras *Mamma* María se afanaba en la cocina para regalar el finísimo paladar de la mujer que amaba Número Uno, Brigitte estaba en el despacho de este, sentada ante el dictáfono en el que, estaba segura, Número Uno, como siempre, habría dejado un mensaje para ella, que solo debería ser escuchado en al caso de que por circunstancias del espionaje el espía jamás pudiese volver a Villa Tartaruga.

Había un convenio entre la agente Baby y el espía privado Número Uno para no interferir jamás el uno en los asuntos del otro, salvo que inicialmente se hubiesen puesto de acuerdo. Esta vez no había sido así, pero Brigitte no pudo resistir la tentación. Puso en marcha el dictáfono y escuchó el mensaje grabado.

Nadie habría podido entenderlo.

Ni siquiera ella misma, de momento, puesto que el mensaje consistía en una mezcla de palabras y números en varios idiomas: inglés, francés, italiano, ruso, alemán y español. Para cualquier técnico en desciframiento de claves de cualquier servicio de espionaje mundial, aquel galimatías le habría producido tal dolor de cabeza que habría quedado inutilizado para posteriores servicios de desciframiento de claves Sin embargo, y como es lógico, Brigitte conocía la clave, así que descifrar el mensaje sobro un papel le llevé poco más de un par de minutos.

El mensaje decía:

ESTOY EN CHAMONIX, HOTEL CROIX BLANCHE, BUSCANDO A UN TÉCNICO ATÓMICO LLAMADO FRANCO

LORENTI. REFERENCIA A MAURIZIO BERLINGHIERI, ROMA.

Brigitte quedó como absorta, fija su mirada en las palabras *técnico atómico*. ¿En qué nueva aventura se habría involucrado Número Uno? Su trabajo de espía privado estaba ciertamente muy altamente cotizado entre los servicios secretos mundiales, e incluso en empresas privadas que precisaban de hombres que fuesen capaces de las más arriesgadas y extrañas misiones. Desde que abandonara la CIA tras ser traicionado por esta, Número Uno debía de haber vivido sin duda alguna interesantes experiencias dentro del espionaje privado e industrial, aparte del espionaje político y bélico. Muchísimas veces eran cosas que un espía de la categoría da Número Uno debía resolver con suma facilidad. Pero cuando intervenía la palabra atómico, tanto Número Uno como ella, sabían que las cosas siempre resultaban difíciles y complicados… Y por supuesto, peligrosas.

Tras reflexionar durante algunos minutos, Brigitte decidió que sin duda alguna le gustarle saber qué podía estar ocurriendo en el Hotel Coix Blanche de Chamonix con el técnico atómico llamado Franco Lorenti. Esto podía saberlo ella con toda facilidad viajando a Roma y preguntándole al tal Maurizio Berlinghieri qué es lo que estaba ocurriendo. Para localizar a Berlinghieri no tendría problema alguno. En primer lugar, porque seguramente su nombre constaba en el directorio romano. Y en segundo lugar, y sobre todo, porque solo tenía que llamar a Enrico, el hombre de confianza de Número Uno en Roma, para saber quién era y a qué se dedicaba el tal Maurizio Berlinghieri. Enrico debía de saberlo. Es más, era muy posible que si Número Uno estaba involucrado en la búsqueda del llamado Franco Lorenti era porque el trabajo le había sido propuesto por medio del propio Enrico.

«No tengo derecho a intervenir —se dijo finalmente—. Un pacto es un pacto».

Así pues tomo el papel en que había hecho la transcripción del mensaje cifrado, y también la casete en la que estaba grabado este mensaje. Con ello fue a la cocina donde *Mamma* María estaba dedicándose de lleno a preparar una exquisita cena, y, antes de que el ama de llaves tuviera tiempo siquiera de percatarse de la llegada de la *signorina*, esta había tirado en el triturador la casete y la

página donde había sido escrito el descifrado mensaje.

—¡Ah, *signorina*! —La vio María de pronto—… ¿Tanto apetito tiene que viene a darme prisas?

—No, no, *Mamma* María —sonrió Brigitte—. Solamente he venido a ver si necesita ayuda.

—¡Claro que no! —protestó *Mamma* María—. Usted vuelva al salón y descanse. Puede escuchar esa música que tanto les gusta a usted y al *signore*. A mí, esa clase de música me hace dormirme, pero ya que a ustedes les gusta tanto…

—Es una buena idea —aceptó Brigitte—… Cenar sola y escuchando buena música es uno de los placeres que la Humanidad no ha aprendido a disfrutar.

—¿Le gusta cenar sola? —exclamó *Mamma* María.

—Por supuesto que sí, sobre todo si la cena es exquisita y la música lo es igualmente.

—Bueno —rio maliciosamente el ama de llaves—… Pero seguramente preferiría usted cenar en compañía del *signore*.

—Pero el *signore* no está —murmuró Brigitte—, de modo que tendré que aceptar mi soledad.

Brigitte regresó al salón, y una vez allí fue directa al tocadiscos. Del gran mueble discoteca eligió uno de los *long play*. El disco elegido era «Sinfonía n.º 1 en do menor opus 68» de Johannes Brahms. La puso en el plato del formidable aparato de altísima fidelidad y sonido cuadrafónico, y fue a sentarse en el sofá que tantísimas veces había compartido con Número Uno escuchando entre los brazos de este la música bajo cuyos efectos, como le ocurría a *Mamma* María, ella se había dormido muchas veces. Aunque no precisamente por aburrimiento.

Se dedicó a escuchar a Brahms, aunque, en honor a la verdad, bastante distraída, no pudiendo concentrarse en la música. Cuando esta terminó se dio cuenta porque *Mamma* María, que había tenido el tacto de esperar a que el *long play* se detuviese, apareció en el salón anunciando que podía servirle la cena cuando la *signorina* lo desease.

—Cenaremos juntas en la cocina, *Mamma* María —dijo Brigitte.

—¡De ninguna manera, *signorina*! —Se escandalizó el ama de llaves—. Le prepararé a usted la mesa del salón y pondré el servicio de…

—No. Cenaremos las dos en la cocina, y así podremos charlar y pasar un rato agradable. La verdad es que estoy deseando terminar de cenar para acostarme. ¡Estoy tan cansada de tanto viajar…!

—Como desee la *signorina* —aceptó *Mamma* María, en realidad encantada—. Ya tiene la habitación dispuesta para acostarse en cuanto guste. ¿A qué hora desea que la despierte mañana, *signorina*?

—A ninguna —negó Brigitte—. Ya me despertaré cuando mi cuerpo tenga suficiente sueño. Vamos a cenar.

* * *

Pasadas las doce de la mañana siguiente, *Mamma* María comprendió que la *signorina* Brigitte no desayunaría, desde luego, así que dio por desperdiciado el desayuno que hacía horas le tenía preparado, y se dispuso a dedicarse al almuerzo.

Pero, sorprendida de que la *signorina* durmiese tantas horas, cosa que en modo alguno acostumbraba, ya que cuando estaba en Villa Tartaruga solía levantarse temprano para salir al jardín en compañía del *signore* y ayudar a este en la limpieza de los arbustos de flores, a regar, y sobre todo a cuidar de las palomas mensajeras que había en la parte posterior del edificio, *Mamma* María decidió subir al dormitorio por si la *signorina* quizá se encontraba indispuesta.

La *signorina* no se hallaba indispuesta.

Simplemente la *signorina* Brigitte no se hallaba en parte alguna. Tampoco estaba allí su maleta. Y sobre todo, no se hallaba el rojo maletín estampado de florecillas azules, lo cual fue lo que definitivamente hizo comprender a la sorprendidísima *Mamma* María que Brigitte Montfort había abandonado Villa Tartaruga.

—¡No hay quien entienda a esta pareja! —exclamó en voz alta María—. Anoche me dice que esperará aquí al *signore*, y esta mañana se va sin decirme nada. ¿Se habrá enfadado con el *signore* por no estar aquí cuando viene a visitarlo? ¡Eso sería injusto!

Pero la *signorina* Brigitte no estaba enfadada con el *signore*; ni tampoco, cosa que habría sido en verdad injusta, con la simpatiquísima y servicial *Mamma* María. La *signorina* Brigitte, en aquel momento, estaba tomando tierra en el aeropuerto romano de Fiumicino.

Sin embargo, no era este el destino que se había propuesto Brigitte, ya que, apenas una hora después de haber tomado tierra en Fiumicino, emprendía de nuevo el vuelo en un avión de Alitalia cuyo destino era Ginebra, en Suiza.

Y cerca de las tres de la tarde Brigitte Montfort llegaba al aeropuerto de Cointrin, a cuatro kilómetros de Ginebra. Como en todas partes, no tuvo dificultad alguna en ser admitida en el país. Exhibido su pasaporte americano, y cumplidas las sencillas disposiciones legales, la señorita Montfort, cargada con su maleta y su maletín, se dirigió a uno de los despachos de alquiler de autos en el vestíbulo del aeropuerto. Allí contrató un Mercedes en el que poco después depositaba el equipaje. Luego se dirigió a la zona del aeropuerto destinada a la ubicación de los aviones privados, y, en efecto, muy pronto distinguió allí la avioneta de Número Uno. Lo que significaba que este continuaba en Suiza. Es decir, con toda probabilidad, y tal como indicaba el mensaje que ella había descifrado, en Chamonix, en el Hotel Croix Blanche.

En el Mercedes alquilado, Brigitte se dirigió hacia Ginebra, ciudad que cruzó sin detenerse, para tomar la autopista que terminaba prácticamente en Chamonix. Llegó a esta localidad hacia las cinco y media de la tarde tras haber ido ascendiendo continuamente, y divisando ya, en el último tramo del recorrido, la cegadora blancura de la nieve en las altísimas montañas que se distinguían a lo lejos.

Refulgente el sol en la distancia, estuvo segura de que la altísima elevación nevada que distinguía era el famoso Mont Blanc. Poro todas estas cuestiones turísticas por el momento no interesaban grandemente a la señorita Montfort, que una vez en Chamonix se interesó por la ubicación del Hotel Croix Blanche. Por medio del directorio telefónico supo que estaba en el número siete de la Rue Vallot, que era en realidad la continuación de la nacional 506 a su paso por Chamonix. Y finalmente, allí estaba el Hotel Croix Blanche.

El único inconveniente que tuvo Brigitte para alojarse en el Hotel Croix Blanche fue que no disponían en este de una *suite* como ella habría deseado, pero aceptó una de las habitaciones corrientes, y poco después se hallaba instalada en esta. Por supuesto, no cometió el error de preguntar por el señor Angelo Tomasini. Ni

tampoco por Mr. Clark Coleman, nombre que muy bien pudiera estar utilizando Número Uno. O cualquier otro nombre. Cualquiera sabía… Todo dependía de con quién se estuviera relacionando y qué hubiese ido a hacer allí Número Uno.

Hacia las siete de la tarde, ya próxima la hora de la cena, Brigitte bajó al vestíbulo del hotel, y se acomodó en uno de los sillones, dispuesta a esperar la aparición de Número Uno. Si este se hallaba alojado en hotel, y acudía a cenar al comedor de este, tendría que pasar por la zona del vestíbulo que ella dominaba.

Y así sucedió.

Hacia las siete y cuarto, y seguramente procedente de su habitación, apareció, en la escalinata que descendía hasta al vestíbulo, el mejor espía masculino de todos los tiempos: Número Uno. Se dirigió directamente a conserjería, donde dejó su llave, y luego se volvió para mirar precisamente hacia la parte del vestíbulo donde estaban los sillones. Una dulce sonrisa comenzó a formarse en los sonrosados labios de Baby, mientras notaba el rapidísimo y violento latir de su corazón. Sabía que Número Uno jamás podría enfadarse con ella. Aunque hubiese entre ellos un pacto de no injerencia en sus asuntos profesionales, él la amaba tanto que se alegraría muchísimo de que ella hubiese acudido a reunirse con él.

Y fue justo cuando Brigitte estaba pensando esto, que Número Uno sonrió y, al ver que Número Uno sonreía, Brigitte, quo había comenzado a incorporarse en el sillón, quedó como petrificada.

¿Número Uno sonriendo?

Despacio, deshizo el gesto apenas iniciado para ponerse en pie, y volvió a quedar acomodada en el sillón. Su mirada estaba fija en Número Uno, que todavía con aquella simpatiquísima y cordial sonrisa en su habitualmente hosco semblante, caminaba hacia los sillones. La mirada de Número Uno se posó un instante en Brigitte Montfort. Solo un instante, y con una indiferencia total. Era como si ella no estuviese allí, o como si él no la hubiera visto. Las dos cosas, por supuesto, falsas. Ella estaba allí, y él la había visto. Sin embargo, Número Uno continuó caminando, pasó junto al sillón de ella sin haber vuelto a dirigirle una sola mirada, lo rebasó, y, como petrificada en su asiento, Brigitte oyó enseguida la voz del hombre que amaba, tras ella, en francés:

—Disculpe el retraso, Charlotte, por favor. Estaba ya a punto de

bajar, a las siete, cuando he recordado de pronto que tenía que hacer una llamada urgente a Roma, para dar algunas instrucciones a algunos de mis empleados más importantes.

—No tiene importancia —contestó una suave y dulce voz de mujer—… Todos podemos retrasarnos unos minutos en alguna ocasión, Angelo.

2

Brigitte permaneció todavía inmóvil en el sillón durante un par de minutos. A su espalda, y sentados en sendos sillones estaban Número Uno y la mujer llamada Charlotte, con la que continuaba hablando en francés. La conversación, que el finísimo oído de la espía internacional captaba perfectamente, no tenía mayor trascendencia. Estaban hablando del mal tiempo que se avecinaba, y que no sería extraordinario que comenzase a nevar en cualquier momento, pese a que todavía no habían entrado en el invierno. Al parecer, el tiempo no era muy bueno por Chamonix y sus alrededores. Bueno en cuanto a clima, bien entendido que sí lo era en cuanto a que la caída de la nieve nueva permitiría una muy agradable práctica del esquí en las famosas pistas de Chamonix.

Con toda naturalidad Brigitte por fin se puso en pie, y luego se inclinó un poco y se volvió ligeramente para recoger su maletín, que había dejado junto al sillón. Con la velocidad de un relámpago su mirada fue hacia Número Uno y la mujer llamada Charlotte. Un relámpago que fotografió la escena y quedó grabada para siempre en la mente de Brigitte Baby Montfort.

La voz de la mujer llamada Charlotte ya le había sugerido a la espía que aquella no era demasiado joven. Y en efecto, la tal Charlotte debía de estar ya rondando los sesenta años. De todos modos, era una mujer todavía muy atractiva, elegante y distinguida, y de facciones que aún se conservaban hermosas y en cierto modo juveniles; sus claros ojos contemplaban con alegría y simpatía al apuesto Angelo Tomasini que, vestido de oscuro y con un jersey negro de cuello cisne estaba sencillamente impresionante, como siempre.

Tras esta visión fotográfica, Brigitte recogió su maletín, y se dirigió hacia la conserjería. Su idea era llamar a Número Uno por uno de los teléfonos interiores del hotel, simulando que era una

llamada desde Roma, lo que encajaría perfectamente con la actitud que él estaba adoptando en aquel asunto, y, una vez puestos en contacto sin que nadie pudiese saber que dos personas en el mismo hotel se estaban hablando por teléfono, preguntarle decididamente si es que realmente no aceptaba su presencia allí.

Pero apenas llegó ante el mostrador y antes de que tuviese tiempo de hacer al conserje la petición de un teléfono de línea directa, el hombre se apresuró a acercarse a ella, sonriente.

—Ah, señorita Montfort, tengo una nota para usted.

—¿Una nota para mí? —Se sorprendió realmente Brigitte—. Está bien, gracias.

El hombre se volvió hacia el casillero de la habitación 23, que era la de Brigitte, y tomó un pequeño sobre del hotel, cerrado. En el anverso ponía simplemente su nombre: *Miss* Brigitte Montfort.

La letra era inconfundible para Brigitte, pero preguntó:

—¿Quién lo ha traído?

—No lo sé, señorita Montfort —se desconcertó ligeramente el hombre—. Hace un minuto que lo he visto en el mostrador y lo he puesto en su casillero.

—Muchas gracias.

Delante del hombre, que, por supuesto, se apresuró a mostrarse discreto alejándose unos pasos, Brigitte abrió el sobre, y sacó una de las cuartillas con membrete del hotel, en la que, escrito a mano, había el siguiente mensaje:

Habla con Maurizio Berlinghieri, habitación 16. Dile que regrese a Roma… y márchate tú también.

Eso era todo.

Pero en verdad, más que suficiente. Número Uno se negaba a aceptar la intervención de ella en aquel asunto, fuese cual fuese. Incluso a sabiendas de que un asunto en el que intervenía un técnico atómico tenía que ser de gran interés para la agente Baby.

Esta guardó el sobre y la nota en el maletín, pensando que en cuanto regresase a su habitación quemaría ambas cosas y tiraría las cenizas por el inodoro, y acto seguido dirigió un vistazo a los casilleros. La llave no estaba en el correspondiente a la habitación 16, lo que significaba que el hombre llamado Maurizio Berlinghieri

o bien estaba arriba vistiéndose para la cena, o estaba fuera del hotel.

Un tanto indecisa respecto a lo que debía hacer, Brigitte se volvió para mirar disimuladamente hacia Número Uno y la mujer llamada Charlotte. Continuaban ambos charlando animadamente. Número Uno sonreía, y esto hizo comprender a Brigitte que el espía estaba de lleno en un trabajo de espionaje. El hecho de que Número Uno sonriese indicaba generalmente que estaba fingiendo, pues no era hombre de sonrisa fácil, ni mucho menos.

Oyó junto a ella un chasquido sobre el mostrador, y volvió la cabeza. Una mano acababa de depositar allí la llave de las habitaciones. Y de esa llave pendía la placa metálica en la que distinguió perfectamente el número 16.

Muy tranquilamente, con gesto indiferente, la mirada de Brigitte se dirigió entonces hacia el hombre propietario de aquella mano regordeta y velluda. Debía de tener unos cincuenta y cinco años, era de estatura mediana, más bien rechoncho, como correspondía a su mano, y tenía una interesante cabeza redonda de frente abombada, que le confería un aspecto de gran inteligencia, que aparecía también en sus grandes ojos oscuros. Su boca pequeña y de labios finos mostraban en aquel momento una simpática sonrisa de admiración, que, precisamente, estaba destinada a ella.

A su vez Brigitte también sonrió, volvió a mirar el número en la placa de la llave, y de nuevo miró al simpático, y, aparentemente, inofensivo personaje.

—¿Señor Berlinghieri? —preguntó.

El hombre abrió mucho los ojos, y se quedó contemplándola con expresión de pasmo.

—Así es —asintió en italiano—… ¿Nos conocemos, señorita?

—Todavía no. Pero vamos a conocernos muy pronto. Soy… amiga muy estimada por el *signore* Tomasini.

La mirada de Maurizio Berlinghieri pereció saltar hacia el sillón donde estaba sentado Número Uno. Luego, regresó rápidamente a la bellísima muchacha de los grandes ojos azules que le contemplaba ahora con el ceño un tanto fruncido.

—Debería ser usted más discreto, señor Berlinghieri —musitó—. Por lo que yo entiendo, Angelo no desea la presencia de usted en este hotel. Es más, no desea otra cosa sino que usted regrese a

Roma.

—¿Se lo ha dicho él? —murmuró Berlinghieri.

—Digamos que me lo ha hecho saber. ¿Tiene usted compañía para cenar?

—Pues no… ¿Aceptaría usted compartir mi mesa? Sería un placer.

—Muy amable. No veo inconveniente para que cenemos juntos… Y luego ambos nos despedimos del hotel y regresamos a Roma. Debo decirle, señor Berlinghieri, que a juzgar por el mensaje que me ha enviado Angelo, él se siente más bien disgustado por el hecho de que esté usted aquí.

—Bueno —casi tartamudeó Berlinghieri—… Me pareció que quizás él podría necesitar mi colaboración para alguna cosa, así que…

—Será mejor que vayamos al comedor. Y, mientras cenamos, si le parece bien, puede usted explicarme qué es lo que Angelo y usted están haciendo.

—No creo que deba explicarle a usted…

—Vamos, vamos, señor Berlinghieri. Si usted, como yo creo, es amigo de Angelo, debería ya saber que este solamente se sincera con personas de su plena confianza. Y le aseguro que yo lo soy. Si desconfía usted de ello puede llamar por teléfono a Roma, a Enrico, y pregúntele usted si puede confiar en Brigitte Montfort la amiga del *signore* Tomasini. ¿O no conoce usted a Enrico, señor Berlinghieri?

—Sí… Desde luego que lo conozco; precisamente por medio de él me puse en contacto con Angelo Tomasini.

—Entonces haga usted esa llamada a Roma, y se convencerá de que debe confiar plenamente en mí. De otro modo, Angelo no habría recurrido a mi concurso para tomar decisiones respecto a usted.

Maurizio Berlinghieri quedó de nuevo como un poco pasmado, muy abiertos los ojos. Por fin parpadeó, esbozó una cansada sonrisa, y asintió.

—Tiene usted razón, señorita Montfort. Vamos a cenar juntos, le diré lo que quiere usted saber, y entonces quizá sería conveniente que usted se pusiera en contacto con Angelo Tomasini para pedirle que reconsidere su decisión respecto a mi marcha de Charmonix.

—Señor Berlinghieri: ¿sabe usted quién es realmente Angelo Tomasini y a qué se dedica?

—Por supuesto —asintió el hombre—. Hace bastante tiempo que conozco a Angelo, pero nunca he sabido cómo localizarlo. En cambio sí sabía que Enrico es amigo suyo, una especie de… empleado y confidente, por decirlo así. De modo que en cuanto comprendí que necesitaba la ayuda de un hombre como Angelo me apresuré a pedirle a Enrico que lo avisara para que se pusiera en contacto conmigo. Y así lo hizo.

—Entiendo. Pues bien, señor Berlinghieri, si hace tiempo que conoce usted a Angelo sabrá perfectamente que cuando él toma una decisión no le gusta que los demás se la discutan. Usted le encargó un trabajo a Angelo, ¿no es así?

—En efecto —asintió Berlinghieri.

—Pues en ese caso sabrá también que cuando Angelo se dispone a hacer un trabajo, toma sus propias decisiones… Y que no le gusta que esas decisiones sean discutidas por nadie. ¿Vamos al comedor?

—Sí. Como guste.

Se dirigieron ambos hacia el comedor, y poco después, habiendo hecho ya el pedido para la cena, Brigitte se quedó mirando atentamente a Berlinghieri, que miraba con los ojos muy abierto, siempre como asustado, y eternamente sorprendido, hacia una mesa situada a espaldas de Brigitte.

—Supongo —sonrió esta— que está usted mirando a Angelo. No debe hacerlo. Tiene usted que comportarse como si no lo conociera en absoluto, señor Berlinghieri.

—¡Oh, sí! Eso es lo que estoy haciendo, precisamente.

La espía internacional se echó a reír, en verdad divertida. Berlinghieri la miró, siempre con aquella expresión de pasmo, pero de pronto frunció el ceño.

—¿De qué se ríe usted?

—De que su comportamiento no está precisamente a la altura que Angelo esperaría de alguien que quisiera colaborar con él en algo. Veamos, señor Berlinghieri… ¿Qué es exactamente lo que está pasando?

—La verdad es que no lo sé muy bien. Pero estoy muy inquieto por la actitud de mi ayudante, un hombree llamado Franco Lorenti.

—¡Ah, sí! El que Angelo ha venido a buscar a Chamonix.

—¿Sabe usted eso? —exclamó Berlinghieri.

—Sé eso y alguna pequeña cosita más, pero le agradecería que a fin de evitar liar la conversación me explicase usted a su manera qué es lo que ocurre.

—Bueno… Supongo que puede usted saberlo por el simple procedimiento de preguntárselo a Angelo, de modo que no tengo inconveniente en decirle que yo soy un científico atómico que está trabajando en una de las secciones secretas de armamento del gobierno italiano. Franco Lorenti es uno de mis ayudantes en ese trabajo, y debo admitir que hasta el momento ha cumplido siempre muy bien, que es un muchacho muy inteligente al que auguro un brillante porvenir dentro de las ciencias atómicas. Pues bien, Franco se marchó.

—¿Se marchó? ¿De dónde?

—Bueno… Primero se ausentó, digamos, de muestro lugar de trabajo, y posteriormente de Roma. Últimamente, yo había notado que Franco Lorenti se mostraba bastante inquieto, así que estaba preocupado por él… Digamos que mi preocupación me llevó incluso a vigilarle. Pero entienda usted que en plan de protección, señorita Montfort.

—Sí, sí, lo comprendo. Franco Lorenti es una persona de su estimación y por tanto usted estaba preocupado por él y se interesaba por sus cosas. ¿No es eso?

—Exactamente. Pues bien, gracias a eso pude escuchar algunas palabras sueltas un par de veces que le llamaron por teléfono a nuestro… centro de trabajo. Me llamó la atención, precisamente, porque se ponía muy nervioso. En fin, un par de veces le oí mencionar el Hotel Croix Blanche, y hasta me pareció oír el nombre de Chamonix. Por eso cuando desapareció pensé que podía estar aquí, en este hotel.

—¿Y qué hizo usted?

—Primero pensé venir personalmente a ver si realmente Franco estaba en Chamonix. Pero me pareció que eso podía ser un tanto indiscreto por mi parte, y que Franco podía molestarse mucho conmigo. Yo estaba preocupado porque, entienda usted, trabajando en cuestiones atómicas a veces pueden ocurrir cosas que lo complica todo mucho.

—Sí, lo comprendo.

—Bien… El hecho cierto es que tras abandonar mi primera idea de venir a Chamonix a interesarme por Franco, pensé simplemente en poner en conocimiento del servicio de seguridad de nuestro centro de trabajo dónde creía yo que Franco podía ser localizado. Pero se me ocurrió que esto podía comprometer mucho a Franco, y quizá complicar cosas que en realidad era muy sencilla.

—¿Pensaba usted que quizá Franco Lorenti había venido aquí por un asunto de… amores?

—¿Por qué no? —Sonrió Berlinghieri—. Podría ser, ¿no es cierto? Pero Franco me pareció siempre un muchacho muy serio, en el sentido de que no parecía tener gran interés por este tipo de cosas. Más bien por su trabajo, que le absorbía completamente. En fin, yo estaba hecho un lío. Por un lado pensaba que esto no debía de tener importancia, y por otro que quizá Franco estaba haciendo algo que no debiera. Pero, en la duda y antes de avisar a nuestro servicio de seguridad, decidí avisar a Angelo para que se interesase por los motivos de la estancia de Franco en Chamonix.

—Comprendo. Y por medio de Enrico, usted avisó a Angelo de que Franco Lorenti estaba en Chamonix y que era un técnico atómico que había abandonado su trabajo sin dar explicaciones, y sin ninguna razón aparente.

—En efecto. Eso es exactamente lo que ocurrió. Enrico me llamó poco después y me dijo que Angelo había venido a Chamonix, que se había instalado en este hotel y que había sabido que, en efecto, Franco había estado alojado aquí. Pero que había desaparecido también de este hotel, y que por el momento Angelo no sabía cómo podía localizarlo. Entonces, yo abandoné también Roma, y me vine aquí por si podía serle de utilidad a Angelo. Él me ha visto sobradamente, pero me ha ignorado. Y yo estaba esperando que él lo considerase oportuno para cambiar impresiones sobre todo esto.

—Parece que no son esas las intenciones de Angelo —sonrió Brigitte—. Lo que él quiere es que usted y yo regresemos a Roma. Como siempre, quiere trabajar solo, eso es todo.

—Pero si trabaja solo quizá tenga más dificultades para volver a encontrar la pista de Franco Lorenti —protestó Berlinghieri.

—No se preocupe usted por eso. Tengo la firme convicción de que Angelo ya ha encontrado la pista de Franco Lorenti que, en principio, se pierde en este hotel.

—¿Cómo puede usted saber eso si no he hablado con él?

—Bueno, señor Berlinghieri, Angelo y yo llevamos ya muchos años digamos de una… intensa vida en común, en varios aspectos. Ni él ni yo necesitamos hablar demasiado para comprendernos el uno al otro.

—Pues yo no comprendo nada.

—¿Ha visto usted esa dama con la que está Angelo en una mesa?

—Sí, claro… Bueno, se refiere usted a ese matrimonio de edad avanzada.

—¡Ah! —Entornó los ojos Brigitte—… ¿Hay también un hombre?

—Sí, claro. ¿No los ha visto?

—La verdad es que estoy haciendo todo lo posible para no mirar hacia donde está Angelo. Le vi antes con una señora, pero no con un hombre.

—Pues ahora está con una señora y un caballero.

—Ese caballero… ¿Qué edad le calcula usted?

—No sé… Unos sesenta años, poco más o menos.

—Ya. Seguramente es el marido de la dama con la que antes vi a Angelo. Y podría usted apostar cualquier cosa, señor Berlinghieri, a que si Angelo está departiendo con ellos es porque espera obtener algún resultado positivo.

—¿Quiere decir que esas personas tienen o han tenido algo que ver con Franco Lorenti?

Brigitte Montfort asintió con la cabeza.

—Si Angelo está trabajándolos es que así ha sido. Por lo tanto, y como le he dicho, no se preocupe usted por las posibilidades de Angelo…, que son infinitas.

—Sí… Bueno, en realidad yo ya sé que Angelo es un hombre muy introducido y muy experto en ciertos ambientes. Es por eso precisamente que recurrí a él. Espero que ese tonto de Franco no se haya metido en ningún lío.

Brigitte iba a contestar, pero en aquel momento llegó el servicio de camareros con la cena que ambos habían pedido. Aparte de una sopa de cebolla muy ligera, Brigitte había encargado «Coq au vin», y de bebida el famoso vino «Douvaine». Luego pediría quizás una copa de champaña, con la que remataría una cena agradable y ligera. Sin embargo, Maurizio Berlinghieri no tenía el exquisito

gusto ni la frugalidad de la espía internacional, así que había hecho un pedido bastante más estrepitoso y abundante, con una mezcla que tenía casi ofendido al jefe de los camareros.

Les sirvieron, y mientras tanto permanecieron en silencio, sonriendo Brigitte ante la abundancia y aparatosidad de la cena del científico atómico, cuyo apetito, sin duda alguna, era excelente.

Una vez se hubieron retirado los camareros, Brigitte probó la «Soup a l'oignon» y asintió con un gesto. Perfecta. Luego miró amablemente a Berlinghieri, que había comenzado ya a comer con indiscutible buen apetito.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

Berlinghieri alzó la cabeza y la miró desconcertado.

—Por ejemplo, ¿qué? ¿A qué se refiere?

—A esos líos que ha mencionado en los que podría haberse metido su ayudante Franco Lorenti.

—¡Ah, sí! Bueno, usted ya sabe que trabajando en cuestiones atómicas nunca faltan las tentaciones, y ciertas… propuestas procedentes del exterior que a veces podrían incluso ser consideradas, lo que ya de por sí es un riesgo.

—Está usted hablando, según yo entiendo, de sobornos, de la posibilidad de vender algún secreto o alguna información, por sencilla que fuese, a personas ajenas a Italia.

—Sí, claro está. No es que esté tratando de decir que Franco haya optado por cometer semejante barbaridad, pero en nuestro trabajo…

—Sí, sí, comprendo. Realmente es un… lío en el que muy bien podría meterse cualquier persona que tuviese algo importante que vender. ¿Tenía algo importante o especial que vender su ayudante?

—No, en absoluto —aseguró con gran convicción Maurizio Berlinghieri—. Ni siquiera yo tengo grandes cosas que pudieran despertar el interés de, digamos, servicios secretos o cualquier persona que tuviera interés por la ciencia atómica. Hay muchísimas personas en Italia, en Europa y en América que saben tanto como yo y hasta muchísimo más.

—Ya. Entonces, no creo que debamos preocuparnos demasiado.

—Pues yo estoy preocupado. Y no es solo por el temor de que

Franco pueda cometer una tontería, sino por el hecho de que marchase de Roma sin avisar. En cuanto a mí, pues también temo que me haya metido en un lío por marcharme de Roma abandonando mi trabajo sin dar explicaciones a nadie. Pero aprecio mucho a Franco y me pareció que…

—Le comprendo a usted, señor Berlinghieri. Y creo que debe usted dar el asunto por resuelto. Cenaremos tranquilamente, pediremos nuestras cuentas en el hotel, y regresaremos a Roma. Ya verá usted como Angelo resuelve la cuestión de modo satisfactorio.

—¡Ojalá! —Suspiró Berlinghieri—… ¡Oiga! Está estupenda esta cena, ¿no le parece?

Brigitte lanzó otra de sus carcajadas.

—La mía, sí —asintió.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ahora comprendo perfectamente que esté usted tan… saludable, señor Berlinghieri.

—¡Oh! Me parece que he pedido demasiada cena…

—Para mí es demasiado. Para usted quizás es la adecuada. Tener buen apetito, de todos modos, no es malo.

—Supongo que no —parpadeó el científico atómico—. Aunque no crea, a veces pienso que estoy demasiado grueso. De todos modos, le aseguro a usted que me vigilo médicamente con una periodicidad adecuada y que mi médico siempre se maravilla de mi perfectísimo estado de salud.

—Lo cerebro por usted. Y que le aproveche, señor Berlinghieri.

—Gracias —el italiano se quedó mirándola sonriente—… Verdaderamente tiene usted la belleza y la distinción más que suficiente para que tenga que aceptar ya sin dudas que Angelo y usted tengan… buenas relaciones.

—Buenísimas relaciones —asintió ella—. Por eso no discutiré su decisión. Aunque le aseguro a usted que estoy bastante enfadada con Angelo. Creo que debería permitir que le ayudase, aunque solo fuese en algunas pequeñas cosas.

Mauricio Berlinghieri encogió los hombros.

—Mire, con todo lo que usted me ha dicho sobre él, y comprendiendo ahora que, en efecto, parece que ha recuperado la pista de Franco, yo, en estos momentos, solo pienso en cenar. Y ¡qué demonios!, si Angelo dice que tengo que marcharme, pues me

marcharé. Y lo haré esta misma noche. Así mañana estaré en Roma y espero poder justificar, sin dar explicaciones, mi corta ausencia.

—Eso me parece bien —aprobó Brigitte—. Yo también me marcharé esta noche. Por cierto, tengo un coche alquilado con el que, si lo desea, puedo llevarle al aeropuerto de Ginebra para tomar el avión a Roma.

—¿De veras? —exclamó Berlinghieri—. ¡Estupendo! Se lo agradezco mucho, señorita Montfort… Incluso podríamos hacer juntos el viaje en avión.

—¿Por qué no?

—Estoy seguro de que debe de ser usted una compañera de viaje encantadora.

—Eso dicen —sonrió Brigitte—… ¿Le parece bien que me encargue yo de reservar los dos pasajes para el vuelo Ginebra-Roma?

—¡Ah, sí, sí! —exclamó Berlinghieri—. Yo siempre me hago un lío con todas esas cosas. La verdad es que soy bastante despistado.

—Bueno —sonrió Brigitte—. Espero que al menos no se olvide usted de pagar la cuenta del hotel; nos perseguiría la policía, señor Berlinghieri.

Este soltó una carcajada y luego prosiguió cenando con admirable apetito, pero ya sin dejar de contemplar, cada vez con mayor admiración, a la bellísima y elegante amiga de Angelo Tomasini.

Después de cenar, y sin esperar siquiera a tomar café, los dos abandonaron el comedor. Al salir, Brigitte echó un rapidísimo vistazo hacia donde estaba Número Uno acompañado de la mujer llamada Charlotte. Y, en efecto, ahora estaba con ellos también un hombre de unos sesenta años que parecía de buena estatura, distinguido, de cabellos todavía un tanto juveniles, pero con unas anchas franjas plateadas en las sienes. Evidentemente, suponer que aquel caballero y la mujer llamada Charlotte eran un matrimonio no constituía ningún pensamiento descabellado. Los dos parecían encantados con la compañía de Número Uno, al que contemplaban sonrientes mientras este daba unas muy expresivas explicaciones.

Brigitte y Berlinghieri fueron hacia el mostrador, y Brigitte pidió que les consiguiesen un pasaje para cada uno Ginebra-Roma. Lo que por supuesto no dijo de ninguna manera era que ella tenía muy

personales ideas respecto a aquel viaje. El simpático Maurizio Berlinghieri tendría que hacerlo solo, porque ella, lo único que pretendía era marcharse del hotel y dejar tras ella pruebas convincentes de que había decidido abandonar, no solo Chamonix, sino Suiza. Esto estaba destinado únicamente a Número Uno, que podía creérselo o no… Lo cual le tenía sin cuidado. Porque si ella había ido a Suiza y estaba tan cerca de él, desde luego que permanecería en una posición que le permitiese ayudarlo…, si es que llegaba el caso que Número Uno pudiera precisar ayuda.

En el primer piso se despidieron Berlinghieri y Brigitte. Esta subió al segundo, donde estaba su habitación, la número 23; entró y se dedicó rápidamente a hacer el equipaje que tan pocas horas antes había deshecho y colgado meticulosamente en el armario.

Ya todo a punto para la marcha, Brigitte pidió un botones por teléfono, bajó con este al vestíbulo, y mientras el muchacho llevaba su maleta al Mercedes, la espía internacional pagó la reducida cuenta del hotel, ante el contenido asombro del conserje, y pidió también la cuenta del señor Maurizio Berlinghieri, comentando que luego ya pasarían cuentas entre ellos. Así que liquidó las dos cuentas, salió del hotel, dio una propina al botones que esperaba junto al Mercedes, y se sentó ante el volante dispuesta a esperar a Maurizio Berlinghieri.

Cinco minutos más tarde, la señorita Montfort comenzó a impacientarse. Seis minutos más tarde estaba inquieta. Al séptimo minuto realmente preocupada… Y ya no esperó al octavo.

Salió del coche, cruzó la acera, entró en el hotel y fue directa hacia las escaleras. Subió al primer piso, buscó la habitación 16, y llamó a la puerta.

Silencio.

Volvió a llamar mientras un ligero gesto de preocupación y desconfianza aparecía en su rostro. Empujó la puerta, y su ceño se volvió a fruncir al ver que cedía hacia dentro de la habitación. Por un instante estuvo tentada de alejarse, de regresar rápidamente al coche y tomar la pistolita de cachas de madreperla que guardaba en el maletín. Pero se dijo que quizá se estaba preocupando en falso y que simplemente Berlinghieri no se había molestado en cerrar la puerta, pensando que pronto iba a abandonar su habitación.

Pero el hecho cierto era que estaba tardando demasiado.

Con un dedito Brigitte empujó más la puerta abriéndola del todo. Vio sobre la cama una maleta y un maletín de viaje. Pero Maurizio Berlinghieri no estaba allí. Sin embargo, de pronto, Brigitte oyó ruido en el anexo cuarto de baño, cuya puerta estaba cerrada.

Entró en la habitación, empujando la puerta tras ella, y llamó:

—Señor Berlinghieri.

Dejó de oír el ruido, y luego una voz distorsionada le llegó desde el cuarto de baño. Al parecer, había sorprendido a Maurizio Berlinghieri limpiándose la boca, que debía de estar enjuagándose. Pensando que ciertamente Berlinghieri era bastante tranquilo, hombre poco dado a la rapidez de movimientos, Brigitte se dirigió hacia al cuarto de baño, empujó la puerta y comenzó a decir:

—Creía que…

No dijo nada más.

Lo primero que vio, tendido en el suelo y con el pecho profusamente manchado de sangre, y los desorbitados ojos clavados en el techo, fue a Maurizio Berlinghieri. Inmediatamente, presintió la presencia de una persona. Y antes de que tuviese tiempo de reaccionar, la punta de una pistola se colocó justo detrás de su orejita izquierda.

Una voz de hombre le llegó desde aquel lado:

—Quieta, amiguita. Y muchas gracias por disponer de coche.

Brigitte Baby Montfort quedó como petrificada. Su mirada se desvió de soslayo hacia el hombre, pudo entrever su figura, y la forma de un rostro vulgar en un tipo de estatura corriente. Luego, volvió a mirar a Maurizio Berlinghieri, cuyos relucientes ojos continuaban fijos en el techo.

—¿Quién es usted? —susurró la espía—. ¿Por qué lo ha matado?

En realidad no esperaba respuesta alguna, solo trataba de comenzar a distraer la atención del hombre, porque por detrás de Berlinghieri había visto la gran cesta de la ropa sucia de los servicios del hotel, y había comprendido que aquel hombre se disponía a sacar discretamente el cadáver del científico atómico y hacerlo desaparecer.

—¿Que quién soy yo? —Rio el hombre—. ¡El abominable hombre de las nieves!

Brigitte comenzó a girar lenta y muy suavemente hacia él, para

no alarmarlo.

—No sé si será usted oriundo de las nieves —murmuró la espía —, pero sí es seguro que es un asesino.

—Bueno, muñeca, déjese de tonterías y dé un paso hacia el centro del cuarto de baño.

—Sí, Como usted guste.

Pero mientras decía esto la mano izquierda de Brigitte subió velozmente hacia la derecha del hombre que empuñaba la pistola que hasta entonces había estado en contacto con su oreja. Un simple golpe de la mano izquierda de Brigitte desvió el arma. Y, simultáneamente, la mano derecha de la espía, fuertemente cerrado el puño, salía disparada en tremendo *tsuki* hacia el pecho del hombre.

Este lanzó un entrecortado ronquido, sus ojos se desorbitaron, y sus piernas se doblaron, comenzando a caer hacia Brigitte, a la que intentó agarrarse con ambas manos, como olvidado de que en una de estas tenía una pistola.

Y en el momento en que Brigitte Baby Montfort se disponía a recibirlo adecuadamente con otro golpe de karate que resultaría decisivo, comprendió el grandísimo error que había cometido.

No era lógico que hubiera un hombre solo allí dentro.

Un hombre solo habría tenido dificultades para transportar la cesta de mimbre en la que iría el cadáver de Maurizio Berlinghieri. Tenían que ser, por lo tanto, dos hombres.

Y así era.

Solo que cuando presintió la presencia del hombre apareciendo por detrás de la puerta del cuarto de baño, Brigitte Montfort recibió al mismo tiempo el fuerte golpetazo de la pistola en la parte posterior de la cabeza.

Sus ojos giraron en las órbitas, su sonrosada boquita se crispó en un gesto de dolor, y, profiriendo un breve gemido, la espía internacional cayó primero de rodillas y luego de lado ante el tambaleante enemigo que a duras pena podía sostenerse en pie.

Un instante más tarde, y una vez más en su larga y peligrosa vida de espía, Baby se sumergía en un profundo y negrísimo pozo que parecía no tener fin.

3

Cuando despertó y abrió los ojos todavía todo estaba negro a su alrededor.

Por un instante pensó que quizá continuaba sumergida en aquel profundísimo pozo y que estaba soñando que había abierto los ojos. Pero no. Parpadeó, reflexionó, y comprendió que realmente había ya despertado de su desvanecimiento producido por el golpe.

Sin embargo, en efecto, todo era negro a su alrededor. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero tardó muy poco en llegar a una conclusión al respecto. Mucho tenía que equivocarse si no se hallaba en el interior del maletero de un coche, seguramente del coche Mercedes que ella misma había alquilado. Y la situación se agravaba debido a que tenía las manos atadas a la espalda.

Al mismo tiempo que concluía todo esto, Brigitte reparaba en que el silencio era total. Es decir, que el coche estaba detenido, lo que significaba que o bien todavía no habían iniciado el viaje o ya habían llegado a su destino.

Fuese como fuese, decidió que de ninguna manera iba a permanecer inactiva allí dentro, así que comenzó a intentar soltar las ligaduras que sujetaban sus manos. Invirtió en ello menos de cinco minutos, y ya las manos libres y sujetando lo que poco antes las había trabado, comprendió que era la corbata de un hombre. La dejó a un lado del reducido espacio en el que tenía que permanecer echada de lado, y comenzó a palpar en busca del cierre de la tapa, por si podía encontrar el modo de abrirlo.

No llegó a tiempo.

Todavía estaba hurgando en busca del modo de abrir la tapa y se había dado ya tres o cuatro golpes en la cabeza al moverse con impaciencia, cuando comenzó a oír la voz de un hombre que se iba acercando. Primero fue solo un murmullo, pero, pocos segundos después, en el intenso silencio la voz del hombre resonó

nítidamente muy cerca del maletero. Tan cerca, que Brigitte supo que aquel hombre y la persona que le acompañaba, y con la que estaba hablando, se habían detenido junto al coche.

Es decir, que allá tenía a los dos hombres que la habían cazado en el cuarto de baño de la habitación del desafortunado Maurizio Berlinghieri.

—Bueno —dijo una de las voces—, ese ya está más que muerto y más que enterrado. Yo creo que lo mejor que podemos hacer con la morena de los ojos azules os llevarla al arsenal para que el grupo se divierta con ella. Siempre estaremos a tiempo de matarla, ¿no te parece?

—Desde luego —asintió la otra voz—. Pero no estaría de más que antes de llevarla para que la disfrute todo el grupo, nosotros le diésemos un buen repaso.

—No vale la pena complicarse la vida. También podemos violarla en el arsenal, y allí lo haremos con mucha más comodidad.

—No tienes imaginación —refunfuñó el otro—… En cuanto lleguemos allí aquellos tipos que siempre están encerrados trabajando se tiraran sobre ella como lobos, y tendremos que compartirle y quizá ceder nuestra prioridad sobre ella. Con un poco de imaginación y ganas de pasarlo bien, podemos hacer las cosas de modo muy diferente.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente?

—Pues estoy sugiriendo que la sacamos del coche, la tumbarnos aquí mismo en la nieve, y la violamos nosotros a nuestro gusto y placer. Luego la llevamos al arsenal, a los del grupo, y ya por nosotros que hagan con ella lo que quieran.

—Tampoco está mal pensado —se oyó una risita—… Está bien, vamos a hacerlo.

—Quizá sería mejor que nos alejásemos de aquí.

—¿Por qué?

—Hombre… El cadáver del tal Berlinghieri no está muy lejos. Lo mejor sería que nos alejásemos con el coche.

—¡Bah! ¡No vale la pena, hombre! ¿Quién va a encontrar nunca el cadáver de ese pobre desgraciado en una sima como la que le ha servido de tumba? Olvídalo.

—De acuerdo.

Se oyó un tintinear de llaves, luego el inconfundible sonido de

una de ellas en la cerradura del capó, y al instante este se alzó. Dentro del maletero Brigitte Montfort permaneció tendida de lado y con las manos colocadas a la espalda, cerrando casi completamente los ojos. Solo casi completamente, porque a través de los entornados párpados vio claramente las siluetas de los dos hombres que se inclinaron a contemplarla. Y vio algo más, por detrás y por encima de ellos: un cielo lechoso, casi blanco, del que se desprendían copos de nieve, espaciados y lentamente, como flotando. Finalmente estaba nevando, aunque por el momento con poca intensidad. Al parecer, los dos sujetos pensaban que iba a ser divertido violar una muchacha bajo al nieve.

—Venga —dijo uno de ellos—, tú agárrala por las piernas y yo por los sobacos.

—Todavía está sin sentido. Tendríamos que despertarla y que ella misma saliese de aquí.

—¿Qué importa, hombre? En cuanto le caiga un poco de nieve en la cara ya verás cómo despierta. Y para entonces ya estaremos uno de los dos funcionando sobre ella. Es muy hermosa.

—Sí que lo es —masculló el otro.

Brigitte entrelazó sus dedos de modo que pareciera que todavía tenía las manos atadas a la espalda. Los dos sujetos la sacaron de allí sin consideraciones y sin preocupaciones. Ni remotamente se les debía de ocurrir que la hermosa muchacha de los ojos azules era una de las personas que podía darles un auténtico disgusto, como se estaban mereciendo sobradamente.

La sacaron del coche y se alejaron unos cuantos pasos de este. Era el tiempo que Brigitte se había concedido a sí misma para hacer una exacta composición del lugar y no correr riesgos innecesarios de caída por un desfiladero, o cualquier otro riesgo desconocido. Pero, simplemente, estaban en una estrecha carretera que discurría entre abetos, y sobre la cual iban cayendo las pequeñas manchas blancas y frías que caían también sobre su rostro y su cuerpo suspendido entre los dos presuntos violadores.

—Ahí, entre esos pinos —dijo uno de ellos.

La llevaron bajo unos abetos y la depositaron en el suelo. Allí todavía no llegaba la nieve. Pero alrededor se arremolinaba formando como una extraña luz blanquecina y giratoria que proporcionaba una fantasmagórica iluminación increíble.

—¿Quién la viola primero? —preguntó uno de ellos.

—Hombre, ¿quién va a ser? Yo, que además de ser el abominable hombre de las nieves —soltó una contenida carcajada —, he sido el que ha tenido la idea.

—Bueno, pues venga, al asunto —replicó el otro.

El que se llamaba a sí mismo abominable hombre de las nieves se dispuso a saltar sobre Brigitte. Y, ya preparado para la consecución de sus propósitos, se acercó a esta, separó sus piernas, y comenzó a inclinarse entre ellas… Fue justo entonces cuando recibió en plenos testículos el tremendo patadón propinado por el pie derecho de la espía internacional.

El hombre lanzó un ahogado gemido, se llevó las manos el lugar golpeado, y luego retrocedió para, finalmente, caer de espaldas y quedar encogido sobre sí mismo, hecho un ovillo.

El otro tardó demasiado en reaccionar, en comprender lo que había ocurrido. Demasiado, porque, mientras él contemplaba con expresión desconcertada e incrédula a su gimiente compañero, la señorita Montfort se había puesto en pie de un salto y de otro salto había llegado ante él. Entonces fue cuando reaccionó el hombre… Pero en efecto, ya era demasiado tarde. Recibió el impacto del pie derecho de Brigitte en plena barbilla, lo que además de tirarlo sentado al suele contribuyó no poco al aumento de su desconcierto.

Tras el fortísimo batacazo al caer sentado, el hombro sacudió la cabeza y masculló:

—¡La madre que te…!

Lanzó un grito al ver llegar a Brigitte decididamente y disparando de nuevo su pie derecho, directo hacia su rostro. El hombre giró velozmente de costado, y el pie de la espía pasó silbando muy cerca de su cabeza. Dando giros en el suelo hasta llegar a la parte donde caían espaciados, lentos y románticos los copos de nieve, el hombre se detuvo por fin, y sacó rápidamente la pistola de su funda axilar.

—¡Ahora vas a ver tú! —rugió.

Baby ya estaba en el aire saltando hacia él. El encontronazo fue fortísimo. La pistola salió despedida de la mano del hombre, alejándose de este y de Brigitte, que estaba intentando aplicarle un golpe en la cabeza para dejarlo sin sentido. Pero el sujeto en cuestión era terriblemente fuerte, y con un par de fortísimos

manotazos se quitó de encima a Brigitte, y se puso en pie. Brigitte estaba de rodillas e iniciando el ponerse completamente en pie cuando el hombre, rugiendo triunfalmente, se abalanzó contra ella.

Ese fue su más grave error.

La espía terminó de ponerse sobre sus pies al mismo tiempo que recibía sobre sus hombros al sujeto por el vientre. Este cayó sobre los hombros de la espía, y por una fracción de segundo, desconcertado, sin tiempo para reaccionar, solo alcanzó a preguntarse qué hacía él allí, cómo había llegado a quedar tumbado de bruces sobre los hombros de la espía… Un instante más tarde estaba volando, fuertemente impulsado por el movimiento de judo *kata guruma*, y tras breve recorrido por el aire chocó de espalda y cabeza abajo contra el tronco de uno de los abetos.

El hombre lanzó un berrido cuando rebotó y cayó de cabeza al suelo. Pero todavía giró, y en el mismo momento que quedaba tendido de bruces veía ante sus ojos el brillo de la pistola.

Adelantó la mano, la agarró, y buscó con la mirada a la mujer que, a manos limpias, estaba demostrando que ellos no podían causarle ninguna preocupación.

La vio ya de espaldas a él y corriendo hacia el coche. Era evidente que Brigitte había comprendido que el golpe no había bastado para desvanecer al hombre, y que le había visto asir la pistola. La distancia entre ambos era excesiva para que ella tuviese tiempo de llegar hasta él en un ataque directo antes que recibir un balazo durante el trayecto. Así pues, optaba por dar media vuelta para intentar esquivar las balas y llegar al coche.

Plop, plop, plop, disparó el hombre su pistola provista de silenciador.

Por fortuna para Brigitte, estaba todavía tan dolorido y descentrado que su puntería fue en verdad deficiente. Una de las balas se hundió en el tronco de un abeto, y las otras dos pasaron crujiendo secamente una por el lado derecho de Brigitte y la otra por encima de su cabeza… Mientras tanto, la espía había llegado al Mercedes, que rodeó velozmente de modo que el vehículo la protegía de lo siguientes disparos. Y justo a tiempo porque, apenas se había protegido, un par de balas más resonaron contra la carrocería, haciendo retemblar todo el vehículo. Sin vacilar, Brigitte se sentó ante el volante, buscó el encendido, y lanzó un grito de

alegría al ver que las llaves estaban puestas. Puso el motor en marcha, y sin más complicaciones arrancó, alejándose por la estrecha carretera sin saber a dónde iba y sin importarle en absoluto.

Cuando miró por el retrovisor, vio al hombre apareciendo tambaleante en la carretera. En su mano derecha vio todavía perfectamente dos cárdenos fogonazos. Pero las balas ni siquiera acertaron al coche, perdiéndose entre los copos de nieve. Por su parte, Brigitte Baby Montfort se desentendió completamente de aquel sujeto, y se concentró en la estrecha carretera sobre la que continuaba cayendo mansamente una cantidad cada vez más abundante de nieve.

* * *

Detrás de los cristales de la ventana de su habitación en el Hotel Croix Blanche, Angelo Tomasini contemplaba cómo la nieve iba cayendo sobre Chamonix, arremolinándose a trechos bellos conjuntos de refulgentes colores bajo la iluminación eléctrica de la localidad. Era ya algo tarde, y entre eso y la nevada parecía que nadie se atrevía a circular por Rue Vallot, que el espía internacional estaba contemplando pensativamente, con gesto preocupado.

De pronto, en el bolsillo de su batín sonó un leve zumbido, y en el acto Angelo Tomasini sacó la pequeña radio y apretó el botón que admitía la llamada.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Cómo estás, mi amor? —Sonó la voz de Brigitte Montfort.

—Yo estoy perfectamente. En cuanto a ti, puesto que todavía me alcanza tu onda, significa que estás a menos de cincuenta millas de Chamonix. Y deberías estar ya en el aeropuerto de Ginebra.

—No sabía si llamarte por la radio o no —dijo Brigitte—. Pero pensé que si te llamaba y tú no habías puesto la onda correspondiente, no pasaría nada, no podría comprometerte puesto que tu radio no emitiría ningún zumbido de llamada. En cambio, si como yo esperaba, en un momento determinado podías ponerte en contacto conmigo, colocarías la onda adecuada.

—Está bien, está bien —refunfuñó Número Uno—, he puesto la onda adecuada en cuanto he podido porque es lo lógico. ¿Dónde

estás ahora? Supongo que camino de Ginebra.

—Pues no —bajó el tono de la voz de Brigitte—... Han surgido dificultades, mi amor.

—¿Qué dificultades?

—Han matado a tu amigo Maurizio Berlinghieri.

Número Uno quedó inmóvil, y tan impasible como si no hubiese oído. Al otro lado de la comunicación, Brigitte Baby Montfort permaneció en silencio porque sabía que Número Uno había oído perfectamente y que estaba pensando la respuesta.

Y la respuesta llegó por fin:

—Está bien —susurró el espía—. ¿Dónde estáis Maurizio y tú ahora?

—Bueno, mi amor, puedo decirte dónde estoy yo, pero no dónde está Berlinghieri. Te diré lo que ocurrió, y es por eso que no sé en qué sima lo han echado. Ni siquiera sé dónde he estado, francamente. Claro que dando vueltas con el coche de día, quizá podría encontrar el lugar, pero...

Brigitte terminó de explicar lo que había ocurrido, con toda exactitud.

Y terminó diciendo:

—Luego me di cuenta de que en el coche, en el asiento de atrás, iba mi equipaje y mi maletín, y gracias a eso ha podido disponer de la radio para llamarte. Ocurre que, puesto que tanto Berlinghieri como yo teníamos pagadas las cuentas del hotel y habíamos dicho que nos marchábamos, es muy posible que nadie note nuestra ausencia. Yo creo que los dos hombres de que te he hablado me estuvieron viendo con él e incluso me estuvieron vigilando, y me vieron cargar mis cosas en el Mercedes. Pero decidieron que valía más no complicarse la vida conmigo y ocuparse exclusivamente de Berlinghieri. Sin embargo, cuando yo subí a buscarlo, impaciente y sorprendida por su tardanza...

—Sí, sí, comprendo.

—Si quieres puedo dedicarme a buscar el lugar donde han enterrado a Berlinghieri, mi amor.

—Claro que no —gruñó Número Uno—. Lo que quiero es que te marches de aquí. ¿Qué puede importarnos ya dónde hayan enterrado al pobre Maurizio? Seguramente lo han arrojado a una sima cuya profundidad es inaccesible. Y ten en cuenta que ahora

está nevando por aquí. En las montañas aún debe de ser más intensa la nevada, y el cuerpo de Maurizio no tardará mucho en quedar oculto por la nieve… Si es que no lo está ya.

—Pero…

—Escúchame bien —la interrumpió Número Uno—: tengo las cosas encarriladas de tal modo que no necesito que me ayudes, ni que te arriesgues. Nada más llegar a Chamonix ya has visto lo que te ha sucedido… No comprendo cómo es posible que siempre se compliquen tanto las cosas a tu alrededor, Brigitte. Pero esta vez no voy a consentir que corras más riesgos. Así que, simplemente, te irás de Chamonix en el acto.

—Pero mi amor, yo podría…

—He dicho que no. Y te repetiré que tengo el asunto bien encarrilado por mi cuenta. Supongo que me viste en compañía de aquel atractivo matrimonio en el hotel.

—Pues sí. Pero primero te vi solamente con la dama. Y si quieres que sea sincera contigo, tuve celos.

—No digas tonterías —gruñó Angelo Tomasini—. En primer lugar, porque no creo que tú tengas celos de nadie. Y en segundo lugar porque yo no soy de los que andan por ahí dedicándose a tonterías.

—Pero la dama era muy atractiva —deslizó maliciosamente Brigitte.

—Pues sí… Pero tiene ya sesenta años. Y su marido sesenta y cinco. Sus nombres son Honoré y Charlotte De Vries. Al poco de llegar yo al hotel supe, indagando discretamente, que ellos habían sido los únicos que tuvieron contacto con Franco Lorenti durante la breve estancia de este en el Croix Blanche. Es por eso que estoy haciendo amistad con los De Vries… Y ya he conseguido bastante más de lo que en tan poco tiempo me atrevía a esperar.

—¿Qué has conseguido?

—Que me inviten a su chalé. Pienso que si Franco Lorenti aceptó cualquier proposición relacionada con sus conocimientos de técnicas nucleares, un hotel no es ciertamente el lugar más adecuado para dedicarse a trabajar para demostrar esos conocimientos. Debe de estar instalado en algún lugar discreto y privado. Ese lugar muy bien podría ser el chalé que los De Vries tienen cerca de la pequeña localidad llamada Les Houches. Y puesto

que he conseguido que los De Vries me inviten a su chalé quizá pueda localizar por allí a Franco Lorenti… O cuando menos, convencerme de que la invitación es pura amabilidad y simpatía, y que los De Vries ni tienen ni han tenido que ver nunca nada con Franco Lorenti.

—En cuyo caso tendrías que buscar otra pista. ¿No es así?

—Por supuesto.

—Y entonces yo podría serte útil.

—Ya te he dicho que no.

—¡Oh, vamos, mi amor…! Dime al menos dónde está exactamente el chalé de los De Vries… Solo por si desaparecieses allí y yo tuviese que dedicarme a buscarte a ti. Por lo demás, si realmente lo deseas, no te apoyaré en la búsqueda de Franco Lorenti.

—Está bien… El chalé de los De Vries, como te digo, está entre la localidad llamada Les Houches y el funicular que asciende desde la carretera hasta Bellevue. Por lo que me han dicho, parece que es un bonito chalé con mucha madera, el tejado de pizarra, y las ventanas pintadas de rojo y llenas de flores. Está como colgado en la ladera de la montaña. Están muy satisfechos de la ubicación y belleza de su chalé.

—Me parece lógico. Pero si ellos tienen un chalé tan cerca de Chamonix… ¿por qué están alojados en el Croix Blanche?

—Son personas muy sociables que se aburren cuando están solos. No tienen grandes amistades en Chamonix, así que, de cuando en cuando, bajan a la población para ponerse en contacto con personas que les agraden a fin de invitarlos a pasar unos días con ellos.

—Me parece romántico… Y bastante extraordinario, la verdad. ¿Cómo no os habéis marchado ya esta noche para instalaros en el chalé?

—Pues porque está nevando y los De Vries son personas muy prudentes que temen que de noche y con la nieve que está cayendo pueda sobrevenirnos un accidente de coche, así que hemos preferido dejar el corto viaje para mañana por la mañana.

—Comprendido. Y ahora, mi amor…

—Ahora, tal como hemos convenido, te marcharás inmediatamente hacia Ginebra y tomarás el avión hacia Roma.

—Espera un momento, por favor. Solo quería recordarte que los dos abominables hombres de las nieves que querían violarme hablaron de llevarme a un lugar llamado *el arsenal*, donde había… o hay un grupo de hombres que se habrían dedicado a divertirse alegremente conmigo. ¿No te dice nada eso? Vamos, vamos —rio Brigitte—… ¡Yo sé que no eres tan tonto!

—De acuerdo —masculló una vez más Número Uno—. Tal como han sucedido las cosas, está bien claro que personas que tienen algo que ver con Franco Lorenti son precisamente los que han matado a Berlinghieri. Y que esas mismas personas, una vez al corriente de lo sucedido por medio de sus dos abominables hombres de las nieves, como tú les llamas, se dedicarán a buscarte.

—Lo que significa que soy un cebo magnífico, mi amor.

—No me gusta que sirvas de cebo.

—Lo comprendo. Pero espero que por tu parte comprendas que seguramente estás perdiendo el tiempo con los De Vries. En cambio, si nos uniésemos y yo me expusiera como cebo, podríamos obtener una pista que nos llevase hacia ese grupo que se esconde o está instalado en el lugar llamada el arsenal.

—No.

—Y a fin de cuentas —prosiguió impertérrita Brigitte—, tú has venido aquí por el asunto relacionado con Franco Lorenti y Maurizio Berlinghieri, no para relacionarte socialmente con millonarios que se aburren en su hermoso chalé de las laderas de Chamonix Mont Blanc.

—Tu punto de vista es muy interesante —gruñó Angelo Tomasini—, pero yo tengo mis buenos motivos para que mi interés por los De Vries persista.

—¿Qué motivos?

—Eso es todo —cortó Número Uno—. Por favor, regresa a Roma. ¿Qué tiene de malo que me esperes en Villa Tartaruga?

—Lo único que tiene de malo que yo te esté esperando en Villa Tartaruga, mi amor —susurró Brigitte—, es la posibilidad de que tú nunca regresases.

* * *

Brigitte Montfort cortó la comunicación en la pequeña radio con la

que había llamado a Angelo Tomasini al Hotel Croix Blanche. Guardó el aparato en el maletín, cerró este, y quedó pensativa en el interior del coche que había estacionado en la Avenue du Bouchet, relativamente cerca de la Rue Vallot, y por tanto del Hotel Croix Blanche.

—Es un cabezota —murmuró—. Pero en cierto modo tiene razón; yo siempre complico las cosas cuando llego a cualquier lugar. En cambio, él parece que puede tenerlas bien encaminadas por medio de su relación con Honoré y Charlotte De Vries. Ahora bien, si este elegante matrimonio tiene algo que ver con la desaparición de Franco Lorenti puede significar que, a su vez, son amigos de los dos abominables hombres de las nieves que querían violarme, los que han matado a Maurizio Berlinghieri; el cual, con toda lógica, habrán pensado que ha venido a Chamonix en busca de Franco Lorenti. Y si los De Vries son amigos de los abominables hombres de las nieves, quiere decir que son personas de cierto cuidado. Incluso podrían formar parte de ese llamado «grupo», y tener algo que ver con el arsenal. ¿Y si el arsenal de lo que sea estuviese precisamente en ese bonito chalé que los De Vries tienen en la ladera de una montaña con bonitas flores y las ventanas pintadas de rojo?

La idea no le hizo ninguna gracia a Brigitte Montfort. Porque si esto era así, y los De Vries llevaban a Angelo Tomasini al chalé, la situación de Angelo iba a ser verdaderamente comprometida… Por muy Número Uno que fuese.

Una vez se ha caído en la trampa ya es muy difícil salir de ella. Claro que meter en la trampa a Número Uno era igual que atrapar un tigre en una jaula hecha de papel, y considerar que el tigre estaba prisionero y a merced de sus captores. O sea, una locura.

Pero de todos modos…

Brigitte Baby Montfort estuvo pensativa todavía unos minutos más. Luego puso el coche en marcha y se alejó, desapareciendo pronto por entre la suave nevada que estaba cubriendo de blanco la famosísima localidad turística de invierno llamada Chamonix Mont Blanc.

4

Le había costado más de dos horas localizar el chalé cuya ubicación le había indicado Número Uno, pero finalmente lo había conseguido. Era tal como él lo había descrito, y parecía talmente como colgado de una ladera de la montaña. Era ya lo bastante tarde para que no resultase sorprendente que todas las luces de la casa estuvieran apagadas. Esto en sí era una tentación muy grande, casi una invitación para que la agente Baby fuese a echar un vistazo al chalé, para entrar en el cual, por cierto, no tendría absolutamente ninguna dificultad.

Pero permaneció inmóvil sobre la nieve, conteniendo a duras penas el frío. Se había puesto ropa de la que llevaba en la maleta por encima de la que había estado usando normalmente, de modo que parecía más gruesa y su figura no parecía en modo alguno tan bella y bien formada. Pero si algo afectaba y ponía de mal humor a Brigitte era precisamente el frío. En estas circunstancias, y considerando que quizá su incursión solo pudiese proporcionarle complicaciones a Número Uno, se disponía ya Brigitte, finalmente decidida, a regresar a donde había dejado escondido el coche, cuando a su fino oído llegó un rumor que identificó en el acto. Lo había oído tantísimas veces en su vida que ni por un instante pensó que podía estar equivocada.

Y, efectivamente, tras unos segundos de ir escuchando el sonido que iba aumentando de volumen, apareció el helicóptero, como una extraña mancha provista de dos luces desplazándose fantasmalmente por entre la fina nevada que continuaba cayendo.

Hacía falta valor, y sobre todo absoluta necesidad de viajar, para atreverse a volar en aquel pequeño aparato por las grandes montañas en una noche como aquella. Y otra cosa que se le ocurrió a Brigitte era que las personas que ocupaban aquel helicóptero habían aceptado el viaje porque este iba a ser breve.

Permaneció inmóvil, fija la mirada en el helicóptero que estaba ya muy cerca y que sin demasiada sorpresa para Brigitte parecía dispuesto a tomar tierra en la pequeña terraza ajardinada del chalé de los De Vries.

Así fue.

Menos de un minuto más tarde el helicóptero se había posado delante del chalé. Las aspas dejaron de girar, las luces se apagaron, y justo entonces se iluminó una de las ventanas de la casa. Casi enseguida la puerta se abrió, y otro gran rectángulo de luz se extendió hacia el exterior. Del helicóptero comenzaron a descender varias personas… Sin vacilar, Brigitte comenzó a acercarse más, desplazándose cautamente sobre la nieve. Muy pronto comenzó a oír voces y a distinguir mejor las figuras. Todas las personas que habían llegado eran hombres y estaban recibiendo de manos del piloto del helicóptero grandes maletas con las que se dirigieron hacia le, puerta de la casa. Luego, el último hombre que quedaba a bordo saltó también a tierra, pero, en lugar de dirigirse hacia la puerta de la casa, caminó hacia uno de los abetos del pequeño jardín, hablando en francés, aunque Brigitte no pudo distinguir las palabras.

De pronto y justo en el momento en que de junto al abeto destacaba la figura de un hombre, el que había saltado del helicóptero se detuvo en seco y señaló hacia donde se hallaba Brigitte. Su voz sonó un tanto más estridente, excitada, y el hombre que había aparecido de junto al abeto volvió la cabeza. Un poco más allá apareció también otro hombre, y a la luz de la casa brilló algo metálico en sus manos. También este hombre volvió la cabeza hacia donde se hallaba Brigitte, y esta, rápidamente, se dejó caer sobre la nieve y comenzó a alejarse gateando.

Si la habían visto iba a tener verdaderas dificultades para afrontar aquella situación.

Y, al parecer, la habían visto.

Por detrás de ella sonaron las voces de los tres hombres acercándose rápidamente. Puesto que ya no había la menor duda respecto a que había sido vista, Brigitte decidió ponerse en pie, y echó a correr ladera abajo, resbalando y rodando varias veces sobre sí misma. Volviendo la cabeza con frecuencia, vio las figuras de los tres hombres lanzados en su persecución. Tres hombres que se

sostenían mejor que ella en la nieve, y que, evidentemente, se estaban tomando muy en serio el asunto.

Una de las veces que Brigitte volvió la cabeza vio, refulgiendo de pronto en la oscuridad, como varias pinceladas de color anaranjado… Y por encima de su cabeza, pese a que ella no había oído sonido alguno de disparos, varias balas crujieron secamente y se perdieron ladera abajo.

Volvió a rodar sobre la nieve, de nuevo se puso en pie para continuar corriendo, y mientras tanto metió la mano derecha bajo sus ropas en busca de la pistolita de cachas de madreperla. La localizó, pero tenía la mano tan aterida que apenas podía sostener el arma. Era una situación inquietante, incluso peligrosa. Sabía que con las manos heladas era muy fácil fallar los disparos, por mucha puntería que tuviese.

Por detrás de ella volvieron a verse unas pinceladas anaranjadas, y otra vez las balas volvieron a crujir por encima de la cabeza de Brigitte, pero esta vez aún más altas y más desviadas.

Esto le hizo comprender que si bien la habían visto en un principio, ahora, a medida que se alejaban del resplandor de las luces de la casa, la dificultad para localizarla era cada vez mayor.

Y esta parecía su mejor oportunidad de eludir la peligrosísima situación.

Corrió cuanto pudo alejándose más y más ladera abajo, y finalmente se introdujo en un pequeño grupo de abetos bajo los cuales todavía no había nieve. Continuó corriendo, siempre alejándose de la casa y siempre oyendo tras ella las voces y los jadeos de los tres hombres que la perseguían.

Se detuvo debajo de un abeto de ramas muy bajas, volvió la cabeza, y una vez más distinguió las figuras de los tres hombres, que se habían separado convenientemente para cubrir más terreno. Tras un instante de vacilación, Brigitte miró hacia arriba, vio las ramas muy cerca de ella, y optó por subirse al abeto, retorciendo ágilmente el cuerpo para pasar por entre el espeso ramaje, hasta que llegó a una rama más gruesa, en la que se sentó y quedó inmóvil. Varias ramas daban en su rostro, y otras, que le impedían ver a su alrededor, tenían en cambio la ventaja de que a su vez la ocultaban de posibles miradas hacia el abeto.

Muy pocos segundos más tarde los tres hombres llegaban allí.

Las voces se oían ahora nítidamente, así como los jadeos entrecortados.

—Ya os he dicho —oyó con toda claridad, en francés— que debía de ser algún animal. De otro modo, si fuese una persona, ya la habríamos alcanzado.

—Puede que fuese un animal —sonó otra voz también en francés —, pero lo cierto es que había alguien allá arriba y que ha visto la llegada del helicóptero.

—Bueno, ¿qué más da? ¿Acaso está prohibido viajar en helicóptero? —refunfuñó otra voz—. Y de todos modos, si era un animal todavía debemos preocuparnos menos.

—Creo que antes de regresar a la casa será mejor que echemos un vistazo por aquí —insistió el piloto del helicóptero.

—Es perder el tiempo. Por aquí hay muchos abetos muy frondosos, y las huellas del animal o la persona que sea no quedan marcadas como más arriba en la nieve. Además, hombre, te digo que tenía que ser algún animal.

—¿Qué clase de animal?

—¡Yo qué demonios sé! Vamos a echar un vistazo, y si no vemos nada regresaremos a la casa. Ya hemos atrapado bastante frío mientras esperábamos el helicóptero. Y además de esperarlo, estábamos vigilando y asegurándonos bien de que no había curiosos cerca. Si hubiese habido alguien lo habríamos visto.

—Y por otra parte —se oyó la voz del otro vigilante—…, ¿quién demonios había de estar, con esta nieve y este frío, cerca de la casa? Tiene que haber sido un animal.

Encogida en su escondrijo entre las ramas del abeto, Brigitte Montfort permaneció inmóvil. No la molestaba en absoluto que la confundieran con un animal. De todos modos, y por si la situación se complicaba definitivamente, había colocado su mano hacia la axila izquierda, a fin de calentarla y tenerla más flexible por si llegaba el momento en que tuviese que disparar con la pistolita.

Ese momento no llegó.

Las voces de los tres hombres se fueron distanciando en dirección opuesta a la casa. Luego fueron acercándose de nuevo al abeto, y otra vez se fueron perdiendo en la distancia, pero ahora hacia el chalé.

Finalmente todo quedó en silencio.

Silencio absoluto.

Pese al frío Brigitte Baby Montfort todavía permaneció en el escondrijo del abeto durante no menos de veinte minutos. Luego, procurando hacer el menor ruido posible, comenzó a descolgarse de la rama, siempre contorsionando con dificultad su cuerpo, debido a la abundancia de ropas con que lo protegía del frío.

Poco después saltaba al suelo y quedaba encogida, empuñando la pistolita y mirando a todos lados vivamente, temiendo que la ausencia de los tres hombres fuese fingida.

Pero no era así.

Y por fin Brigitte pudo alejarse, primero caminando cautelosamente y volviendo la cabeza hacia la casa, y por fin casi corriendo, a fin de ir entrando en calor, hacia donde había dejado escondido el coche.

Tardó cinco o seis minutos en llegar, y se metió dentro rápidamente. Refunfuñó de disgusto al encontrarse como metida dentro de un frigorífico, y se apresuró a poner en marcha el motor y la calefacción. Esperó un par de minutos hasta conseguir reaccionar frotándose las manos y la cara, y entonces tomó el volante y se alejó de allí. Poco después, cerca de la pequeña localidad de Les Houches detuvo el coche y, ya su cuerpo más confortado por la calefacción del interior del vehículo, tomó el maletín, sacó de él la pequeña radio y apretó el botoncito de llamada.

Inútil.

Comprendió inmediatamente que Número Uno, convencido de que ella iba a obedecer, había cambiado la onda de su radio y había guardado esta. Disgustada y preocupada, Brigitte guardó su radio, y pensó en la conveniencia de localizar un teléfono desde el cual llamar a Número Uno al Hotel Croix Blanche. Pero también desechó rápidamente esta idea, temiendo que quizá las cosas no fuesen tan sencillas como parecían, y que los De Vries, o gente relacionada con ellos, estuviesen vigilando a Número Uno. Incluso, por supuesto, sin desechar la idea de que hubiesen colocado algún micrófono en su habitación.

¿Qué hacer?

Si los De Vries le habían dicho a Uno que vivían solos en el chalé, era evidente que le habían mentido, puesto que como mínimo había dos hombres vigilando en este. Y además, cuatro

hombres más, cada uno de ellos cargado con una maleta, habían llegado aquella misma noche a la casa a la que, al día siguiente, los De Vries habían invitado al *signore* Angelo Tomasini.

—No puedo dejarlo en la ignorancia de esto —murmuró Brigitte —… Tengo que avisarlo sea como sea.

Cada vez le gustaban menos los De Vries. Eran una pareja elegante, atractiva y encantadora… Pero, verdaderamente, cada vez le gustaban menos a la agente Baby los llamados Honoré y Charlotte De Vries.

* * *

Honoré y Charlotte De Vries, que estaban sentados en el vestíbulo del hotel, sonrieron al ver aparecer en las escaleras a Angelo Tomasini, que bajaba acompañado de un botones cargado con su equipaje.

Se pusieron los dos en pie y se acercaron al atlético e impresionante personaje. Este los vio, les sonrió a su vez, y les hizo un saludo con la mano.

—Buenos días. O yo estoy adquiriendo el feo vicio de llegar siempre con retraso, o ustedes son muy madrugadores.

—Somos muy madrugadores —rio Honoré De Vries—… ¿Dispuesto para el pequeño viaje, Angelo?

—Por supuesto. Voy a liquidar la cuenta del hotel, y partimos cuando ustedes gusten.

—Nosotros hemos liquidado ya nuestra cuenta —dijo dulcemente Charlotte—. Podemos partir en cuanto usted esté listo, Angelo.

—Lleve el equipaje del señor Tomasini a nuestro coche —dijo Honoré De Vries al botones—… ¡Vaya una nochecita de nieve! De todos modos, en esta época del año todavía no hace demasiado frío y una capa de nieve como la que ha caído esta noche resulta embellecedora para el paisaje.

—Sin duda alguna —asintió Angelo Tomasini—. Bien, voy a pagar la…

—¡Angelo! —Se oyó una excitada voz femenina—. ¡Pero si estás tú aquí, Angelo, querido!

Los De Vries se volvieron vivamente hacia la puerta del hotel,

entre la cual y el lugar donde se hallaban ellos había sonado le alegre voz femenina. Angelo Tomasini también se volvió, pero tras haber quedado inmóvil un instante y cerrar los ojos con el gesto de quien ha visto caer sobre él una inevitable tormenta que en vano había estado rehuyendo.

Como los De Vries, se quedó mirando a la bellísima muchacha de rubios cabellos y ojos verdes que corría hacia él tras haber dejado caer en el suelo una pequeña maleta y un maletín forrado de raso negro. La muchacha llegó ante Angelo Tomasini, y sin inhibiciones de ninguna clase se colgó de su cuello y le besó impetuosa y apasionadamente en los labios. Estuvo como colgada de él unos segundos, y por fin apartó su sonrosada boquita de la hosca boca del espía.

—¡Qué sorpresa tan maravillosa, mi amor! Eres la única persona a la que no habría esperado encontrar en Chamonix… ¡Pero también la única a la que me alegra de haber encontrado! ¡Lo que nos vamos a divertir juntos, como siempre!

—Me temo que no va a poder ser —refunfuñó Angelo Tomasini —. Precisamente en estos momentos me disponía a abandonar el hotel… Y también Chamonix. Lo siento, querida.

—¡Lo sientes! —gimió ella—. ¡No puedes hacerme eso a mí! Si hemos coincidido en Chamonix tenemos que estar juntos todo el tiempo que permanezcamos en este encantador lugar.

—Por supuesto que sí. Pero, como te digo, mi permanencia en Chamonix ha terminado.

—Vamos, vamos —protestó la bellísima muchacha—… ¿Cómo podrías marcharte de aquí sabiendo que yo acabo de llegar? No puedes hacerle eso a tu pequeña Lili, al amor de tu vida.

Angelo Tomasini tenía el ceño fruncido, y parecía verdaderamente molesto. Cosa sorprendente, ya que en verdad la situación estaba resultando simpática y parecía divertir a todos los que la presenciaban, empezando en el sonriente conserje y terminando en Honoré y Charlotte De Vries. Fue Charlotte la que puso una mano sobre el antebrazo de Angelo, y le reprendió:

—No debe ser usted tan severo con esta jovencita, Angelo. Sí, como se entiende perfectamente, hay un gran afecto entre ustedes, debería sentirse feliz por haberla encontrado aquí.

—Exactamente esto es lo que yo pienso —exclamó la rubia.

—Por otra parte —intervino Honoré De Vries—…, ¿cuál es el problema, Angelo? Si la señorita es amiga de usted y ha venido a pasar unos cuantos días en Chamonix, nosotros no tenemos inconveniente alguno en invitarla con usted a nuestra casa.

—No, no —movió la cabeza Angelo Tomasini—. De ninguna manera. Yo creo que…

—¿Por qué tienes que ser tan antipático conmigo? —Le interrumpió la rubita—. Ni siquiera me has presentado a estas personas tan encantadoras.

—Es cierto —rio Charlotte—. Ni siquiera nos ha presentado a su amiga, Angelo.

—Bien… Los presento a Lili Connors. Lili, te presento a los señores De Vries.

—Charlotte y Honoré —dijo la primera tendiendo la mano a la señorita Lili Connors—. Y con toda sinceridad, señorita Connors, estaríamos encantados de tenerla como invitada.

—Entre otras cosas —medió Honoré— porque podríamos practicar un poco nuestro inglés. ¿Es usted británica?

—Americana —sonrió Lili Connors—. Pero creo que me las arreglaré bastante bien para hablar un inglés que ustedes puedan entender.

Los De Vries se echaron a reír, mientras el ceño de Angelo Tomasini permanecía fruncido. Charlotte tomó de un brazo a Lili Connors, y se encaminó con ella hacia la puerta del hotel, volviendo un instante la cabeza hacia Angelo Tomasini.

—Vamos, Angelo, no se resista más. Pague su cuenta y asunto terminado. Los esperamos en el coche.

—Pague su cuenta —rio Honoré De Vries—. Yo voy a hacerme o cargo de las maletas que tan alegremente ha dejado abandonadas la señorita Connors.

Angelo asintió, y se dirigió hacia el mostrador. Liquidó su cuenta, y cuando se volvía para dirigirse hacia la salida casi se dio de cara con la señorita Connors, que estaba inmóvil a su lado, contemplándole atentamente. Pero ella desvió la mirada de pronto hacia el conserje, y preguntó:

—¿Ha llegado algún recado para mí? Lili Connors.

—No, señorita Connors.

—Está bien. Si llegase alguno, por favor resérvemelo. Iré

pasando por aquí para recogerlo. Quedé con unos amigos citada en este hotel, así que seguramente le preguntarán por mí. Diga usted que iré llamando por teléfono.

—Muy bien, señorita.

Lili tomó de un brazo a Angelo Tomasini, y se encaminaron juntos hacia la salida.

—Les he dicho a tus amigos que venía aquí a dejar un recado —murmuró Lili hablando en ruso—. Espero que no estés demasiado enfadado conmigo, mi amor.

—Estoy enfadado, y además tu jugarreta es inútil. He llegado a la conclusión de que los De Vries son simplemente unos pervertidos.

—¿Qué? —Lo miró sorprendida Lili Connors.

—Lo que has oído. Unos pervertidos. Por unas insinuaciones que me hicieron anoche a última hora después de haber entrado en contacto contigo, he creído comprender lo que esperaban de Franco Lorenti. Franco Lorenti es un hombre bastante apuesto, por lo que tengo entendido. ¿Vas comprendiendo?

—Pues… no. La verdad es que todavía no.

—Pues te lo diré con toda claridad —refunfuñó Uno—: Tengo la impresión de que los De Vries, efectivamente, se aburren en su chalé, y de cuando en cuando bajan a Chamonix o a otro lugar cualquiera para invitar a personas de su agrado y llevarlos al chalé, donde, digamos que se dedican a pasarlo bien los tres juntos.

—¡Oh! —exclamó Lili Connors.

—Me parece que ya lo has entendido —farfulló Número Uno—. Así que seguramente he estado perdiendo el tiempo.

—Ya. Pero, según parece, estás dispuesto a aceptar la… perversa invitación sexual de los De Vries, mi amor.

—No exactamente. Todo lo que pienso hacer es llegar hasta la casa de ellos, echar un vistazo y asegurarme de que no hay allí nada interesante. Cabe decir que Franco Lorenti no vino a Chamonix precisamente a dedicarse a estas perversiones sexuales, de modo que aunque sé ya con toda seguridad que estuvo relacionándose con los De Vries en el hotel, debo pensar que no aceptaría sus sugerencias ni su invitación, y que en estos momentos debe de estar dedicado al verdadero asunto que le trajo a estos lugares.

—Sí, sí, te comprendo. Y por lo tanto tú piensas dejar a un lado a los De Vries, una vez hayas echado un vistazo a su chalé para

dedicarte a buscar a Franco Lorenti.

—Claro.

—Bueno… ¿Y si yo te dijese que los De Vries no están solos en su chalé?

—¿Qué quieres decir? —La miró fruncido el ceño Número Uno.

—Anoche, y perdóname por haberte desobedecido, mi amor, me di una vuelta por el chalé. Parecía que no había nadie por allí, pero por suerte para mí no me decidí a hacer una incursión en la casa. Resultó que había dos vigilantes armados de metralletas en el pequeño jardín de esa encantadora casita en la montaña.

—¿Qué pasó? —contuvo su gesto de preocupación Número Uno.

—Bueno, llegó un helicóptero del cual se apearon cuatro hombres, cada uno de ellos cargado con una maleta. Estos cuatro hombres, con sus maletas, entraron en la casa, donde, si bien a oscuras, había más gente esperándolos. Cuando el piloto del helicóptero se dirigió hacia los vigilantes que yo no había visto…

Brigitte explicó rápidamente lo ocurrido la noche anterior entre ella, el piloto del helicóptero, y los dos vigilantes del chalé. Lo hizo con su precisión habitual y con toda rapidez, de modo que cuando llegaron al coche de los De Vries, Número Uno estaba absolutamente al corriente de todo.

Los De Vries habían ocupado el asiento delantero de modo que ellos pasaron al de atrás. Las portezuelas fueron cerradas, y Honoré De Vries, al volante, los miró sonriente, y acto seguido puso el coche en marcha.

El corto viaje resultó de lo más agradable. Los De Vries, evidentemente, conocían aquellos lugares, y fueron señalando puntos de interés, sin olvidar, naturalmente, el pico del Mont Blanc, que destacaba majestuosamente nevado en la distancia, a la izquierda de la marcha. Por su parte la señorita Lili Connors resultó ser una persona de lo más simpática y expresiva, pese a lo cual Angelo Tomasini no parecía totalmente satisfecho. Lo que con toda lógica hizo que se ganase unas miradas de no poca sorpresa por parte de Charlotte y Honoré, las de este por medio del espejo retrovisor. Si bien Honoré De Vries utilizaba el espejo más frecuentemente para mirar a la señorita Lili Connors, que se abrazaba continuamente a Angelo Tomasini y le daba cariñosos besitos en la oreja, en el cuello, en la barbilla…, allá donde podía;

parecía sencilla y auténticamente encantada de haber encontrado a Angelo Tomasini.

Finalmente, el coche de los De Vries llegó a la pequeña terraza que parecía suspendida en el vacío y a la que la noche anterior había llegado un helicóptero cargado con cuatro hombres. De Vries paró el motor, se volvió hacia el asiento de atrás y sonrió simpáticamente.

—*Voilà!* —exclamó—. Hemos llegado a nuestro pequeño nido de águilas.

Lili Connors lanzó un gritito de alegría, y se apeó rápidamente del coche, corriendo hacia el borde de la terraza construida de modo que delante de la casa hubiese un espacio de terreno horizontal y que se abría directamente sobre la falda de la montaña. Por aquel mismo lugar la noche anterior tres hombres habían bajado deslizándose sobre la nieve en persecución de la agente Baby.

Pero aquella mañana, con un tibio sol luciendo en el cielo despejado que hacía refulgir la delgada capa de nieve caída durante la noche, todo parecía tranquilo y bucólico.

—¡Qué lugar tan encantador! —exclamó la bella rubia. Honoré De Vries apareció junto a ella, sonriente.

—Verdaderamente, es una especie de atalaya desde la que se divisa un agradable paisaje —comenzó a señalar—… Ahí tiene usted Les Houches. A la izquierda, el funicular que sube hacia Bellevue, donde empalma para continuar ascendiendo hacia el lugar llamado el Nido del Águila. Más a la izquierda puede ver la propia estación de Bellevue, y aún mucho más allá, Saint Gervais Le Fayet. Y por supuesto, aquello que ve hacia la derecha es Chamonix.

—Debe de ser maravilloso poder vivir lejos de todo contacto con tantísima gente desagradable como hay en el mundo.

—Bueno —casi rio De Vries—…, es cierto que hay mucha gente desagradable en el mundo, pero por fortuna también existen personas agradables con las que de cuando en cuando a Charlotte y a mí nos gusta relacionarnos. Por ejemplo, su amigo Angelo… Y naturalmente, usted. Estamos verdaderamente encantados de que los dos hayan aceptado nuestra invitación, Lili.

—Son ustedes tan amables… Espero que la presencia mía y de Angelo no los moleste demasiado.

—De ninguna manera —protestó De Vries—. Al contrario. Ya le digo que estamos encantados de que hayan aceptado la invitación. Lo que siento es que Marcel, nuestro único sirviente, no debe de estar en la casa. Generalmente, cuando nosotros bajamos a Chamonix, o a otro lugar a pasar unos días, él acostumbra a cerrar la casa y tomarse a su vez unos días de descanso.

—¡Oh! —exclamó Lili—. Entonces vamos a causarles a ustedes todavía más molestias de las que imaginaba.

—No, no… Nos arreglaremos bien. Por otra parte si necesitásemos la ayuda de Marcel, sabemos a dónde llamarlo. Pero estoy convencido de que entre los cuatro sabremos llevar la casa y prepararnos comida y bebida que, por lo improvisadas, y quizá algo inexpertas, nos resultarán a los cuatro mucho más divertidas.

—Desde luego que sí —rio Lili—. ¡Aunque debo advertirles a todos desde un principio que como cocinera yo soy una auténtica calamidad!

Charlotte De Vries, que se había acercado a su marido y Lili, rio deliciosamente. Luego tomó a la rubita del brazo, y la llevó hacia la casa. Honoré De Vries fue al coche, abrió el capó, y entre él y Angelo Tomasini sacaron el equipaje de este y de Lili Connors. Fueron en pos de las mujeres, Honoré De Vries abrió la puerta de la casa, y entraron en esta.

Era, sin duda alguna, un lugar encantador. El pequeño vestíbulo estaba inundado de luz solar que entraba por una ventana lateral. Luego, había un corto y amplio pasillo, y a la izquierda una puerta abierta por la que se veía un gran salón. Dejando las maletas allí mismo, Honoré De Vries señaló hacia el salón, y una vez allí Lili Connors comprobó que, en efecto, el lugar era de lo más elegante y confortable. Gruesas y recias alfombras, buenos cuadros, muebles de primerísima calidad… Todo allí indicaba confort y dinero.

—En la planta baja de la casa tenemos solamente el salón, un cuarto de baño, un despacho y una gran cocina —dijo Charlotte De Vries—… Los dormitorios están arriba. Solamente hay cuatro, pero realmente no necesitamos más. Le verdad es que no nos gustan las aglomeraciones.

—A nosotros tampoco —aseguró Lili—. ¿Verdad, Angelo? Si les contase a ustedes lo bien que lo pasamos la última vez que estuvimos juntos en…

—Sí —mascullό Angelo Tomasini—… Fue en verdad muy agradable. Creo que sería conveniente que llevásemos nuestros equipajes a las habitaciones que nos destinen nuestros anfitriones, Lili.

—¿Por qué te tomas siempre las cosas tan en serio? —protestó con un gesto de graciosa impaciencia la rubia—. Yo creo que hay tiempo de eso. Tal como están las cosas en esta casa creo que lo más interesante en estos momentos sería que Charlotte y yo mirásemos de preparar algo para almorzar… ¿Qué tal si mientras tanto los caballeros preparasen unos cócteles que no resulten de los llamados «Molotov»?

Los De Vries volvieron a reír, ante la ocurrencia de la simpatiquísima y bellísima Lili Connors. Charlotte se acercó a esta, la tomó del brazo, y la sacó del salón, conduciéndola hacia la cocina. Honoré De Vries estuvo mirándolas hasta que desaparecieron, y luego miró con expresión satisfecha a Angelo Tomasini.

—Bueno, Angelo, yo casi diría que la aparición de su amiguita Lili ha resultado de lo más conveniente. Debo confesarle que tanto Charlotte como yo temíamos que se aburriese usted en esta casa tan solo en nuestra compañía.

Número Uno se quedó mirando fijamente al aristocrático De Vries.

—En cambio a mí me pareció que lo que ustedes deseaban era que estuviésemos los tres aquí solos… para organizar alguna diversión especial, Honoré.

—Bueno —murmuró este—… Las diversiones especiales siempre son posibles, Angelo. Y contando con una compañera de la juventud y la vivacidad de Lili no creo que encontremos grandes dificultades en pasarlo bien los cuatro.

—Esperemos que sea así —asintió Angelo.

—Yo tengo grandes esperanzas en ese sentido. Como habrá usted notado ya claramente, Charlotte siente una viva… y tierna inclinación hacia usted. En lo que a mí respecta la verdad es que Lili me resulta muy simpática… y altamente estimulante. No se preocupe. Ya verá como no hay problemas de ninguna clase…, a menos que su amiga Lili sea una persona poco dada a… fantasías amistosas entre cuatro.

—La verdad es que pocas veces habrá encontrado usted una persona que disfrute tanto con las fantasías como Lili —gruñó Angelo Tomasini.

—Fantástico —sonrió Honoré De Vries—… Maravillosamente fantástico. Pero no nos apresuremos. Creo que realmente lo mejor será preparar unos cócteles que nos abran el apetito para un agradable almuerzo. Y después del almuerzo creo que deberíamos tomar cada uno posesión de su dormitorio, a la espera de que en el grato ambiente de la noche encontremos el modo de organizar una estupenda velada.

* * *

Angelo Tomasini estaba tendido en la cama de su habitación cuando la puerta de esta se abrió silenciosamente, y entró Lili Connors, que cerró rápidamente y en silencio. Desde la cama, el espía se la quedó mirando con el ceño fruncido, pese a que ella caminaba hacia él muy sonriente.

Lili llegó a la cama, se sentó en el borde, se inclinó, y besó dulcemente los duros labios de Número Uno.

—¿Qué tal te ha sentado la siesta, mi amor? —susurró.

—Bien —dijo con voz apenas perceptible Número Uno—. Y para tu buen gobierno debo informarte que hay una cámara de televisión o para toma de películas que nos está enfocando en este mismo momento.

Lili se volvió a inclinar como para besarlo, ahora en una oreja, lo que aprovechó para susurrar:

—También hay otra cámara en la habitación que me han destinado a mí. Y en la que queda libre hay otra. Realmente, nuestros anfitriones son… digamos un poco viciosos. ¿No te parece?

—Si eso es todo lo que pueden ofrecernos —susurró Angelo Tomasini—, creo que lo mejor que podemos hacer es marcharnos de este lugar. Ya habrás comprobado que en esta casa no hay cuatro hombres con sus maletas; es decir, ni cuatro, ni siquiera el criado llamado Marcel. ¿Qué opinas de ello?

—La pregunta es: ¿qué opinarías tú si te dijese que en la cocina sé que hay un acceso muy bien disimulado que conduce a no sé dónde?

—Ah —dijo Uno sin sorprenderse demasiado—…, ¿de modo que tenemos una casa con doble fondo?

—Otra casa más con doble fondo, mi amor —susurró la divina espía—… Pero eso no te sorprende, ¿verdad?

—No demasiado. La verdad es que lo que sí me habría sorprendido es que tu olfato hubiese fallado en esta ocasión.

—Vamos, vamos, no te quites mérito —rio dulcemente Brigitte —. Estoy segura de que tú también has tenido que comprender que esta casa no es lo que parece. ¿Sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué?

—Pues estoy pensando que esta casa muy bien pudiera ser el lugar que los dos abominables hombres de las nieves llamaron «el arsenal».

—Esto implicaría que hay armas en la casa.

—Bueno… Si las hay no creo que sean armas convencionales. A fin de cuantas han matado a Maurizio Berlinghieri, un técnico atómico… Y todo ello debido a que este, con tu ayuda, estaba buscando a su ayudante Franco Lorenti. No creo que un hombre como Franco Lorenti sienta gran interés por armas convencionales como pueden ser pistolas, ametralladoras, granadas de mano y cosas así.

—Supongo que no —murmuró Uno—. Y supongo también que si nos están viendo por televisión, o si nos ven luego si están tomando ahora una película de nosotros, se preguntarán qué es lo que estamos hablando de modo tan susurrante.

—Bueno, podemos hacer algo que les dé una explicación convincente —sonrió Brigitte—. Podemos hacer las cosas de modo que ellos crean que lo que estamos susurrando son frases de amor.

—¿Y cómo vamos a conseguir que crean eso?

Lili Connors volvió a sonreír, se puso en pie junto a cama, y se desnudó rápidamente, mostrando su espléndido cuerpo dorado, de formas turgentes y vibrantes.

Luego, se tendió en la cama junto a Angelo Tomasini, y comenzó a desabrocharle la camisa.

—No me gusta esto —susurró él.

—No seas tonto —susurró también ella—… No hace mucho tuvimos una experiencia semejante a esta, y ya convinimos que a nosotros este tipo de cosas no nos afectaban absolutamente para

nada[2]. Nosotros debemos ser convincentes, y hay alguien que parece que tiene inclinación a espiar esta clase de relaciones entre las personas. No perdemos nada complaciéndolos… Y complaciéndonos a nosotros mismos.

Lili Connors terminó de desabrochar la camisa de Angelo Tomasini, se apretó contra él. Tomó una de sus manos, la puso sobre su seno izquierdo, y luego comenzó a besarle en la boca apasionadamente. Por su parte, Número Uno deslizó también su otra mano hacia el cuerpo que vibraba junto al suyo y comenzó a corresponder al beso que, como siempre, llevaba hacia él oleadas de calor y de amor.

En pocos segundos Número Uno tomó la iniciativa, y Lili Connors estaba tendida en la cama junto a él, recibiendo la pasión del hombre que amaba.

Este deslizó sus labios por la garganta y los senos de Brigitte, donde se entretuvo mientras esta suspiraba profundamente. Luego volvió acercar su boca a la de ella y la besó largamente, y volvió a deslizar sus labios ahora hacia una orejita de la espía internacional.

—Si ellos nos están viendo o proyectan luego la película —susurró—, vamos a excitar su imaginación y sus deseos. Con lo que esta noche nos veremos en el compromiso de tener que corresponder a sus demandas.

—¡Claro que no! —murmuró ella—. Diremos que no nos encontrarnos bien. Y esto podríamos hacerlo incluso después de simular que bebemos un poco demasiado. Ellos comprenderán que estamos mintiendo, que nos encontramos perfectamente… Pero también comprenderán que nuestra actitud será natural después de lo que les vamos a ofrecer ahora. Se harán cargo de que estaremos sexualmente cansados y nos dejaran tranquilos hasta mañana… Y de aquí a mañana pueden ocurrir muchas cosas.

—Muchas cosas —asintió Número Uno—… Pero de momento solo está ocurriendo que nos hemos constituido en espectáculo para mirones.

—Eso no nos importa a nosotros… Siempre sabemos vivir como si estuviésemos solos en el mundo, mi amor.

5

—¿Quieres que avisemos a un médico, Lili? —se ofreció amablemente Charlotte.

—¡Santo cielo, claro que no! —exclamó la rubia—. Es solo que me duele un poco la cabeza… Creo que estoy algo mareada. No he debido beber tanto champaña.

—Ya te lo he estado advirtiendo —dijo Angelo Tomasini.

—No la reprenda —sonrió Honoré—. Lili estaba feliz y muy contenta, y hemos pasado todos una velada excelente. Es una lástima que no pueda terminar de un modo más alegre, pero, a fin de cuentas, la salud es lo primero. Si Lili no se encuentra bien lo mejor que puede hacer es descansar.

—La verdad es que yo tampoco me encuentro muy bien —refunfuñó Angelo Tomasini—. Ha sido un día quizá demasiado agradable.

—¿Cómo, demasiado? —exclamó Lili.

—Quiero decir que la diversión y el placer hay que saber tornarlo en dosis adecuadas. A veces pasarlo demasiado bien y disfrutar tanto de la vida puede ocasionar pequeños trastornos.

—¡Oh, vamos, Angelo! —Rio Charlotte De Vries—. Estoy segura de que ni usted mismo cree lo que dice. Simplemente, nos hemos divertido, y ahora Lili está un poco pesada de cabeza. La acompañaré a su dormitorio, le daré un analgésico, y ahí terminará todo.

—Será lo mejor —asintió Honoré—. Buenas noches, Lili.

—Buenas noches —sonrió con gesto de disculpa la rubia—… Siento haber estropeado la fiesta a última hora.

—No se preocupe —sonrió De Vries—… Es de suponer que tenemos todos todavía mucha vida por delante.

Lili Connors sonrió, dirigió una tímida mirada también expresando disculpas a Angelo Tomasini, y, acompañada de

Charlotte De Vries, abandonó el salón. Los dos hombres quedaran solos y por el momento en silencio. Luego Honoré señaló las bebidas que había sobre la masa, y miró interrogante a Número Uno. Este movió negativamente la cabeza.

—Me parece que será mejor que yo también deje ya de beber. Y no estaría de más que me retirase, como ha hecho Lili. Mucho me temo que no ha sido ella la única que no ha estado a la altura de las circunstancias.

—Bah, bah, bah —le quitó importancia Honoré—. A todos nos gusta de cuando en cuando beber champaña sin pensar en las consecuencias. Y a fin de cuentas estamos aquí para pasarlo bien, no para privarnos de nada.

—Eso es cierto —sonrió Número Uno.

La conversación entre los dos hombres, entre amable y circunstancial, fue interrumpida poco después por el regreso de Charlotte, que tras dejarse caer en un sillón, miró a Angelo y sonrió.

—¡Bueno! —exclamó—. Ya tenernos a Lili acostada y hasta diría que dormida. ¡Qué muchacha tan extraordinaria! Apenas tomarse el analgésico, se cambió rápidamente de ropa, se acostó, y se quedó dormida. Exactamente igual que una niña.

—Sí —refunfuñó Angelo—. Lili tiene todavía un comportamiento un tanto infantil en ocasiones. Bien, creo que ha llegado el momento de que yo me retire.

Hubo una débil protesta por parte de Charlotte, pero tras un intercambio de frases comprensivas y amables, Angelo Tomasini abandonó el salón. Subió a su dormitorio, entró en este, dirigió una mirada de reojo a la cámara de televisión o de película muy bien disimulada en un ángulo de la habitación, pero no tanto que él no la hubiese visto desde el primer momento, y procedió a desnudarse. Poco después, ya en pijama, fue al cuarto de baño, efectuó el aseo corriente, regresó al dormitorio, apagó la luz, y se acostó.

Un par de horas más tarde, simplemente abrió los ojos. Junto a él distinguió la figura humana que se inclinaba, bastante visible debido al resplandor de luz que penetraba por la ventana del dormitorio.

La figura se inclinó más, y los frescos y suaves labios que él tan bien conocía se posaron un instante sobre los suyos. Luego, susurraron:

—Todo está en paz y en silencio. La cámara de mi dormitorio dejó de funcionar hace mucho rato, y supongo que también la tuya. ¿Estás preparado?

Número Uno salió de la cama y quedó de pie junto a Lili Connors; pasó las manos por el cuerpo de Lili, comprobando que esta se había vestido completamente, y procedió a hacer lo mismo, sin encender ninguna luz. Poco después, los dos espías, silenciosos como auténticas sombras, abandonaban el dormitorio que había sido destinado a Número Uno.

Salieron el pasillo del piso alto, y enseguida Angelo Tomasini reparó en la delgada raya de luz blanco-azulada que aparecía por debajo de la puerta del dormitorio de Honoré y Charlotte. Notó la presión de la mano de Lili en una de las suyas, y el tirón que esta efectuó. La siguió hacia aquella puerta, y la imitó colocando una oreja pegada a le madera.

Su oído, casi tan fino como el de Brigitte, percibió un levísimo zumbido dentro de la habitación de los De Vries. Y, a los pocos segundos, un agudo gemido de placer.

La boquita de Lili Connors volvió a acercarse a su oído, y musitó:

—Adivina lo que están haciendo esta simpática pareja.

—Creo que sí que lo adivino —susurro también Número Uno.

Casi respingó cuando la puerta del dormitorio se abrió apenas un par de centímetros. Pero en el acto comprendió que era Lili quien la había abierto, con tal suavidad y silencio que no había producido ruido alguno. Por la rendija vertical apareció también aquella luz blanco-azulada que había en el dormitorio de los De Vries. La rendija se abrió un poco más, y, colocándose junto a Lili, Angelo Tomasini vio muy pronto la pequeña pantalla en la que se estaba proyectando una película.

Una película que identificó en el acto. Como personajes exclusivos estaban él y Lili, viviendo, o mejor dicho reviviendo, la escena de amor que había tenido lugar aquella tarde en su dormitorio. Se vio a sí mismo ya completamente desnudo, abrazado a Lili, que a su vez se abrazaba a él, también completamente desnuda. Estaban físicamente en el momento de máximo placer de su unión de aquella tarde… Y mientras esta escena se proyectaba en la pequeña pantalla, de otro lugar del dormitorio volvieron a llegar

sonidos de placer, jadeos y voces susurradas.

La puerta se cerró atraída por Lili, que volvió a tirar de la mano de Número Uno hacia la escalera que descendía a la planta baja del chalé. Descendiendo por las escaleras ella volvió el rostro hacia él, y dijo:

—Están poniéndose en órbita gracias a la película que les hemos proporcionado.

—Francamente, no me gusta nada servir de… afrodisíaco a otras personas.

Lili Connors se limitó a emitir una risita. Llegaron abajo, y ella, que se había preocupado por supuesto de conocer bien la casa, tiró de él hacia la cocina. Entraron en esta, Lili cerró la puerta, y encendió la luz. Luego se dirigió hacia un lado de la cocina y se quedó mirando la pared con gesto entre escrutador y burlón. Apoyado de espaldas en la puerta de la cocina, cruzados los brazos sobre el amplio pecho, Número Uno se limitaba a esperar. Sabía que por el momento Lili no necesitaba su colaboración.

Y así era, en efecto. Lili Connors tardó pocos segundos en encontrar el resorte que abría un lado de aquella pared, desplazando hacia adentro un panel que formaba una puerta por la que podía entrar solamente una persona a la vez, y un tanto inclinada. Miró hacia el interior y Número Uno vio que bajaba la cabeza. Ella, sin mirarlo a él, hizo una seña llamándolo. Angelo apagó la luz de la cocina, se acercó allí, y, como estaba haciendo Lili, miró hacia adentro y hacia abajo.

Sin necesidad de cambiar comentarios ni impresiones de ninguna clase, los dos espías se deslizaron escaleras abajo. Al fondo se veía un leve resplandor. Y a medida que descendían la claridad era mayor, por lo que el peligro de tropezar o desorientarse fue disminuyendo, hasta que desapareció totalmente.

Por otro lado no era fácil perderse. Simplemente, la escalera, describiendo una alargada espiral, llevaba a un pequeño recibidor en el que se veía otra puerta. Y sobre esta, una bombilla muy pequeña encendida, y que era la que había proporcionado la precaria pero suficiente iluminación para llegar hasta allí.

Número Uno asió la manilla de la puerta, la bajó, empujó suavemente, comprobó que estaba abierta, y empujó. Inmediatamente los dos se encontraron frente a dos hombres que,

empuñando sendas metralletas, les apuntaban con estas mientras les miraban con sobresalto que cedió rápidamente.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó uno de ellos.

—Acabamos de llegar en helicóptero —se apresuró a explicar Lili Connors—. Nos han dicho que bajáramos aquí y que esperásemos. Pero mi amigo se ha mostrado impaciente y ha abierto la puerta. ¿Ha hecho mal?

Los dos hombres cambiaron una mirada. El que había hablado antes hizo un gesto con la metralleta indicando que entrasen los dos. Cuando lo hubieron hecho el hombre se acercó al umbral y miró hacia el tramo de escalones que ascendía describiendo la espiral hacia la cocina.

—¿Quién os ha acompañado hasta aquí? —preguntó.

—Pues verás —dijo Lili sonriendo amablemente—… Cuando hemos llegado en helicóptero…

Ya no dijo nada más. Se había acercado un par de pasos hacia el hombre, como dispuesta a departir amistosamente con él. Pero, ciertamente, su siguiente acción no resultó en absoluto amistosa. Rápidamente, su manita derecha, que se había alzado en un gesto natural para acompañar la explicación, se crispó como si se hubiese convertido en hierro, y cayó con seco chasquido sobre la frente del hombre. Este se desplomó hacia atrás fuertemente impulsado, dio de cabeza contra la pared, y rebotó en esta, cayendo hacia adelante.

Por supuesto, su compañero, que había lanzado una exclamación de sobresalto, había comenzado a abrir la boca para dar el grito de alarma y al mismo tiempo su metralleta había comenzado a dirigirse hacia la rubia… Pero, junto a él, Angelo Tomasini, sin inmutarse en lo más mínimo, asió con la mano izquierda la metralleta del hombre, y disparo su puño derecho hacia el estómago de este. El golpe sonó blando, como sobre un saco lleno de arena. El hombre ni siquiera gimió; simplemente, todo su rostro se desencajó como si fuese a descomponerse. La boca quedó desmesuradamente abierta y los ojos parecían a punto de saltar de las órbitas.

Eso fue todo. No hizo falta nada más. Con esta expresión de angustia y dolor el hombre cayó hacia delante, siempre sujeto por Número Uno, que tras depositarlo en el suelo se irguió empuñando la metralleta. Por su parte, Brigitte, naturalmente, se había apresurado a hacerse con la metralleta del otro guardián.

—Ahí hay una puerta —señaló—. Vamos a ver qué nueva sorpresa nos depara este pequeño laberinto.

Número Uno se adelantó a ella, abriendo la puerta y echando un vistazo al otro lado. Enseguida se volvió hacia Lili, y señaló al hombre que esta había golpeado. Se inclinó, asió por un pie al que había golpeado él mismo y lo arrastró hacia aquella puerta. Comprendiendo, Lili Connors hizo lo mismo con el otro hombre. Y en pocos segundos los dos quedaron dentro de aquel pequeño cuarto de apenas ocho o diez metros cuadrados y en el que solamente se veía, a la izquierda, un largo banco, y a la derecha unas perchas en las que había ropas corrientes y batas blancas.

Y tampoco necesitaron cambiar impresiones para tomar una decisión. Cada uno de ellos tomó una bata blanca y comenzó a ponérsela, siempre con el oído a punto a lo que pudiera suceder fuera de aquel cuarto.

—Estamos una vez más en un subterráneo lleno de bichitos, mi amor —sonrió Lili—. Aunque no creo que esta vez sean muy grandes. Supongo que tuvieron que construir una plataforma de obra para sustentar la casa adecuadamente. Y aprovechando esto, aquí abajo construyeron este sótano que posiblemente agrandaron más, perforando un poco hacia el interior de la montaña. Y detrás de nosotros debemos tener pared de contención de la terraza que hay frente a la casa, y que sirve de ladera de la montaña. Es un escondrijo maravillosamente camuflado, ¿no te parece?

Angelo Tomasini encogió los hombros. Terminó de ponerse la bata blanca, agarró la metralleta, y miró a Lili, que movió negativamente la cabeza.

—No me parece prudente que vayamos con las metralletas por aquí. Si es lo que nosotros pensamos, estas batas blancas nos confieren la cualidad de técnicos atómicos, no de matones o vigilantes armados. Y por otra parte, naturalmente, yo llevo mi pistolita. Tendremos suficiente con ella.

—De acuerdo.

Dejaron las dos metralletas en un rincón, ocultándolas con una bata blanca que dejaron caer encima como al descuido, abandonaron aquel vestidor, y regresaron al corto pasillo.

Frente a la puerta del vestidor había otra. Angelo echó un vistazo, y cerró enseguida con gesto indiferente.

—Es un dormitorio —murmuró.

Pasillo adelante había otras dos puertas a la derecha, y dos más a la izquierda, pero fueron despreciadas por los dos espías, convencidos de que eran otros tantos dormitorios y que lo máximo que podían encontrar allí sería hombres durmiendo. Hallazgo que no les interesaba en lo más mínimo.

En cambio, sí sentían interés por saber lo que había tras la puerta que había al fondo del pasillo. Llegaron ante esta, y de nuevo Angelo fue quien la abrió. Bajó la manilla sin dificultad, empujó la puerta… Y, en el acto, comenzó a oírse un sordo rumor de maquinaria. Ante ellos apareció, como una visión de sobresalto, la gran cavidad rocosa dentro de la cual toda una serie de aparatos estaban siendo utilizados por un total de ocho o diez hombres ataviados con batas blancas como las que llevaban ellos.

Hombres que, por un instante, volvieron la cabeza hacia la puerta. Los dos recién llegados fueron examinados brevemente, y luego cada cual volvió a su trabajo… Excepto uno de los hombres, que, con el ceño ligeramente fruncido, aunque intentando componer un gesto amable en sus duras y angulosas facciones, caminó rápidamente hacia ellos. Mientras llegaba, Lili y Angelo comprobaron que la instalación de aquella gruta era en verdad importante. En cuanto a la gruta misma era bastante más grande que lo que habían llegado a imaginar. Sin lugar a dudas, los De Vries habían sabido escoger muy bien el lugar donde construirse la casa… Y bajo esta, aquella especie de taller-laboratorio.

—¿Qué tal? —saludó el hombre deteniéndose ante ellos—. ¿Les han hecho bajar solos?

Brigitte y Número Uno identificaron inmediatamente el acento de aquel hombre. Les había hablado en correcto francés, pero para los dos espías no cupo la menor duda de que el hombre de la bata blanca que le recibía era ruso.

—Bueno —sonrió Lili Connors hablando con toda soltura en ruso—, hemos sido nosotros quienes hemos querido ver cuanto antes todas estas instalaciones. ¿Cómo están las cosas por aquí?

El hombre abrió mucho los ojos, y exclamó con incontenible alegría:

—¿Sois rusos?

—Así es —sonrió de nuevo Lili—, y te he hablado en nuestro

idioma porque he notado tu acento, camarada. Yo soy Galina Cherkova, y él, Fedor Kosarin.

—¡Encantado de conoceros! —exclamó el otro—. Yo soy Ilya Poliakov. Y me alegro mucho de poder disponer en este agujero de dos compañeros con les que intercambiar ideas en nuestro idioma. ¡Sed bien venidos!

—Gracias —dijo un tanto secamente Angelo Tomasini—. Todo esto parece bastante bien instalado.

—Y lo está, sin la menor duda —aseguró Ilya Poliakov—. Claro está, desde un punto de vista científico esto no pasa de ser una instalación para aficionados. Pero —sonrió ampliamente—, como bien sabéis, hoy en día resulta posible para unos aficionados fabricar una bomba atómica… o varias.

—Hace no muchos años, esto habría sido considerado como una fantasía desorbitada —asintió Angelo—. Pero hoy día ya no nos sorprende nada. Se nos ha contratado para trabajar en esto, pero no sabemos con qué objeto. ¿Hay muchas cargas nucleares aquí?

—No —rio Poliakov—. Aquí solamente tenemos una, que va a ser utilizada como… digamos coacción y experimento preliminar. Pero aunque aquí estemos preparando el lanzamiento de la primera bomba, este lugar ha sido denominado como El Arsenal. En realidad, es el centro matriz de donde han salido las otras cargas nucleares.

—Lo que significa —intervino Galina— que disponemos ya en el grupo de varias bombas atómicas.

—Por supuesto —asintió Ilya Poliakov—. Cinco de esos artefactos han salido ya de El Arsenal con destino a los puntos estratégicos, donde en estos momentos deben de estar ya definitivamente instaladas y preparadas para su lanzamiento.

—¿Contra qué objetivo?

—¿No os han explicado el plan completo?

—No. Esperamos que tú seas tan amable de hacerlo, camarada Ilya.

—No sé —titubeó Poliakov—… Respecto al plan completo, creo que el más indicado para explicárselo, si así conviene, es el jefe del grupo, y por consiguiente de toda la operación.

—¿Te refieres a Honoré De Vries?

—Por supuesto. Pero aunque yo no pueda hablaros del plan

completo, sí puedo deciros que la base de nuestro grupo está formada por rusos, camaradas nuestros que son los que en estos momentos están al cuidado de las cinco bombas instaladas y preparadas para lanzamiento.

—Quizá deberías explicarnos mejor las cosas —murmuró Galina Cherkova—…, o quizá nosotros no las hemos entendido lo bastante bien. ¿Quieres decir que Rusia ha fabricado cinco bombas atómicas en Suiza para lanzarlas desde aquí contra otros tantos objetivos en este país, o hacia cualesquiera otros cinco puntos de Europa?

—Bueno, como ya te he dicho hay cinco bombas fuera de aquí listas para su lanzamiento. Y muy pronto, posiblemente antes de mañana, terminaremos la sexta bomba, que es la de coacción y demostración. Pero no…, Rusia, por supuesto, no tiene nada que ver con esto.

—Pero si has dicho que somos un grupo de camaradas rusos… ¿Qué has querido decir con ello?

—Somos rusos pero no estamos trabajando para Rusia. Estamos haciendo un trabajo… particular. Digamos que formamos un comando ruso contratado privadamente por De Vries para secundarle en su grandioso proyecto. Naturalmente, el pago por nuestra colaboración técnica y de asesoramiento será de lo más importante que podáis imaginar. ¿No os han hablado de la paga, tampoco?

—Claro que si —sonrió la falsa Galina Cherkova—. Precisamente este pequeño detalle es el que nos ha inducido a aceptar las proposiciones que en principio se nos hicieron indirectamente y luego se fueron concretando. Pero aparte de la gran cantidad que esperamos cobrar por nuestro trabajo, no nos han dado muchas más explicaciones.

—Pues ya os he dicho todo cuanto me parece prudente explicar por mi parte. Simplemente, Honoré De Vries ha ido contratando unos cuantos técnicos rusos y de otros países europeos para formar este grupo internacional dedicado a la fabricación de seis bombas atómicas…, por el momento. Quizá más adelante tengamos que fabricar más, pero lo dudo. Si todo el plan funciona como está pensado, bastará con que lancemos una, es decir, la que estamos terminando ahora, para que todo se realice de modo altamente satisfactorio.

—¿Y desde dónde vamos a lanzar la bomba que estamos fabricando aquí, en El Arsenal?

—Desde aquí mismo —casi rio Ilya Poliakov—. Hay a un lado de la gruta una rampa con una salida especial para el proyectil. Una vez terminado, solo tiene que ser colocado allí, y bastará la simple presión al botón de disparo para que nuestro pequeño juguete casero salga zumbando hacia su destino.

—¿Tampoco conoces el destino de esta última bomba?

—Yo lo conozco todo —volvió a reír Ilya Poliakov—, pero vamos a esperar que baje De Vries y él os lo explicará a su manera, si lo cree conveniente. Mientras tanto, como supongo que habéis sido enviados aquí con tanta premura para que colaboréis en la fabricación acelerada de esta última bomba, vamos a ver si organizamos vuestra inclusión en el grupo.

—De acuerdo —sonrió Galina—. Me parece una buena idea, camarada Ilya. Este sonrió también, les hizo una seña, y los guio hacia el fondo de la desigual nave excavada en la roca, y que en algunos puntos mostraba refuerzos de hormigón y de vigas metálicas. Allí, al fondo de la nave, frente a uno de los aparatos de medición de señales, Ilya Poliakov estuvo conversando unos segundos con el hombre que lo manejaba. Este asintió tras escuchar las explicaciones, y se alejó hacia otro de los aparatos, colocándose de ayudante de otro de los técnicos.

—Bien —dijo Poliakov—, vais a manejar vosotros dos este control. Verdaderamente vuestra llegada puede acelerar en varias horas la terminación de esta última bomba. Aunque supongo que ya conocéis toda esta clase de aparatos creo que será conveniente que os explique…

Ilya, que mientras hablaba había ido mirando al resto de los hombros y máquinas, alzó las cejas y se quedó mirando a uno de los técnicos, que le hacía señas.

—Ilya, ven, por favor —llamó aquel hombre.

—Perdonadme un momento. Voy a ver qué quiere Norbert. Mientras tanto, echad vosotros mismos un vistazo e todo esto.

Se alejó hacia el hombre que le había llamado, y Angelo Tomasini y Lili Connors se quedaron mirando los mandos de la máquina que tenían ante ellos…, mandos en los que no entendían absolutamente nada de nada. Quizá dedicándole un buen rato

habrían podido ir sacando conclusiones, pero evidentemente no iban a disponer del tiempo que precisarían para ello.

—Bueno —murmuró con tono no exento de ironía Angelo Tomasini—, ya estarnos metidos una vez más en el lío. ¿Qué te parece que hagamos ahora, reina del espionaje?

—¿Conoces a Franco Lorenti? —preguntó a su vez Baby.

—Por supuesto. Enrico me mostró una fotografía que Maurizio le entregó para mí cuando lo buscó para que me avisara.

—¿Y cuál de los hombres que hay aquí es Franco Lorenti?

—Ninguno.

—¿No está aquí? —musitó Galina Cherkova.

—Ye te he dicho que no.

—Entonces… ¿dónde está?

—¿Cómo quieres que yo sepa eso? —Gruñó Número Uno—. Debemos suponer que Franco Lorenti ha sido enviado con uno de los grupos al cuidado de esas cinco bombas atómicas que ya han salido de este… arsenal.

—Claro… Sí, claro, eso debe de ser.

—Me parece que la explicación no te satisface. ¿Qué es lo que estás pensando?

—Nada, nada… Debe de ser como tú dices. Es solo que estoy decepcionada. Me habría gustado conocer a Franco Lorenti.

—Si seguimos en este asunto, y naturalmente él sigue con vida, no tengo la menor duda de que llegaremos hasta él. Mientras tanto, repetiré mi pregunta: ¿qué te parece que hagamos ahora, reina del espionaje?

—Si yo soy la reina —lo miró sonriente Baby—, tú eres el rey. ¿Qué hacemos, Majestad?

—Te diré cuál es mi idea al respecto —asintió Número Uno—. Creo que lo mejor que podemos hacer es eludir la posibilidad de que Ilya Poliakov se dé cuenta de que le hemos mentido. Debemos arreglárnoslas para salir de aquí; diremos que nos hemos olvidado algo arriba, o que queremos hacerle un par de últimas preguntas a Honoré De Vries y subiremos a la casa. Y en la casa iremos al dormitorio donde los De Vries están presenciando esa película… pornográfica.

—Oh, vamos, mi amor —casi rio Galina Cherkova—. ¡No es una película pornográfica, es una película de amor!

—Son puntos de vista —refunfuñó una vez más, Número Uno—. Bien, vamos a decirle a Poliakov que tenemos que subir arriba unos minutos.

—Como mande Su Majestad.

Se volvieron los dos, dispuestos a acercarse a Ilya Poliakov, pero en aquel mismo momento la puerta del laboratorio-taller se abría de nuevo, y un hombre aparecía en el umbral. Galina se giró rápidamente de nuevo hacia la máquina, tomando de un brazo a Fedor Kosarin y obligándole a hacer rápidamente lo mismo.

—No mires —susurró rápidamente—… Ese es uno de los dos abominables hombres de las nieves que quisieron violarme.

Los dos quedaron inmóviles de espaldas a la puerta y al resto de los técnicos que continuaban laborando en silencio en El Arsenal. Pero enseguida oyeron la voz del hombre recién aparecido:

—Hey, Ilya —llamó el hombre—… ¿Dónde están Hansel y Corkzik?

—¿Que dónde están? —Oyeron la voz de Ilya Poliakov—. ¿Cómo quieres que yo sepa eso?

—Bueno, es que debían estar de vigilancia en la entrada, pero como no los he visto he pensado que podías haberlos necesitado aquí para ayudaros en algo.

—Aquí no están. Ni tengo idea de dónde pueden estar. Este no es lugar para ellos.

—Está bien, está bien —oyeron la voz del otro apaciguando la irritación de Ilya Poliakov—. Pero como no están en el dormitorio y tampoco en su puesto he pensado… Hey, un momento: ¿qué hace aquí ese tipo?

—¿Qué tipo? —exclamó Ilya Poliakov.

—Ese, el que está allá al fondo con la mujer rubia. ¿Qué hace aquí?

—¿Qué es lo que te sorprende tanto? —Gruñó Poliakov—. Es uno de los técnicos que han llegado esta noche.

—¡Pero que técnicos ni qué…! ¡Ese tipo se llama Angelo Tomasini, y es un sujeto que en Chamonix estuvo en contacto con el jefe!

—¿Qué estás tratando de decir? —masculló Ilya Poliakov.

—Estoy diciendo exactamente que ese sujeto estuvo con el jefe en el hotel de Chamonix. Y desde luego no ha llegado aquí esta

noche porque no ha venido el helicóptero. Ese hombre llegó a la casa esta mañana como invitado de la parte de arriba, no de la de aquí abajo.

Acto seguido se hizo un denso silencio.

Todas las máquinas y aparatos dejaron de funcionar.

Angelo Tomasini y Lili Connors, los falsos Galina Cherkova y Fedor Kosarin, se volvieron lentamente para mirar al hombre que les había puesto en tan comprometida situación. Pero aún resultó más comprometida cuando le vieron con la imponente pistola provista de silenciador en la mano derecha y apuntando firmemente hacia ellos.

—No se muevan —masculló el sujeto—... ¡Moreau! ¡Ven aquí, date prisa!

Por la abierta puerta llegó el rumor de una rápida carrera en el pasillo, y otro hombre apareció junto al primero. Al ver que este empuñaba la pistola, sacó rápidamente la suya, y apuntó también a los dos inmóviles espías.

—¿Qué ocurre, Clovet? Oye, ¡ese tipo es el que...!

—Sí, sí, ya lo sé. Me parece que este sujeto se ha pasado de listo. Lo que no sé es quién puede ser la rubia.

Lili tiró de una mano de Angelo Tomasini, y cuando este la miró ella encogió los hombros con gesto resignado y señaló al llamado Moreau.

—Y este, mi amor, es el otro abominable hombre de las nieves.

—Ustedes dos, vengan aquí —ordenó el llamado Clovet—. Y caminen despacio y después de colocar las manos sobre la cabeza.

—Y usted, Ilya —dijo el otro—, pulse el botón de llamada para que baje inmediatamente el señor De Vries.

Ilya Poliakov, que contemplaba adustamente a quienes tan alegremente había recibido pocos minutos antes, asintió con un gesto, y se dirigió a un pequeño tablero de mandos eléctricos. Pulsó un botón, siempre sin perder de vista a quienes él conocía como Galina Cherkova y Fedor Kosarin, y soltó un sordo gruñido.

Mientras tanto, Lili y Angelo, tras obedecer y colocar las manos sobre la cabeza, se dirigían ya hacia Clovet y Moreau, sabiendo ambos que por el momento, y contando solamente con la pistolita de ella, no era conveniente intentar resolver la situación por la violencia.

Se detuvieron delante de los dos hombres que les apuntaban con las pistolas.

—Vuélvanse —ordenó Clovet—. Y tú, Moreau, regístralos por si llevan armas. No me gusta nada que este tipo haya bajado aquí. Y en cuanto a la rubia… Me parece que la conozco de algo.

Angelo y Lili se habían vuelto de espaldas. Moreau se acercó a ellos y no sin cierta lógica optó por registrar primero al personaje que parecía más peligroso de los dos. Recorrió con una mano el cuerpo de Angelo Tomasini, y pareció sorprendido al no encontrar arma alguna. Se volvió a mirar a Clovet, movió la cabeza negativamente, y se desplazó hasta quedar detrás de Lili Connors. Utilizando de nuevo solo una mano comenzó a recorrer el cuerpo de esta… De reojo, Angelo Tomasini vio aquella mano velluda, nervuda y grosera deslizándose por los pechos de Lili sin contemplación de ninguna clase… De pronto la mano se detuvo sobre uno de los pechos y presionó. El hecho de que Moreau estuviese tocando los senos de Brigitte molestó a Angelo Tomasini incluso más que la certidumbre de que Moreau acababa de notar entre los senos de Baby la pistolita de esta.

Y además, seguramente, no volverían a tener otra ocasión para intentar librarse de aquella situación.

Así pues, y completamente seguro de que calculaba perfectamente la distancia que le separaba de Clovet y el punto exacto en que se hallaba este, Angelo Tomasini se inclinó un poco hacia adelante, disparando al mismo tiempo hacia atrás su pierna derecha en busca del cuerpo de Clovet.

El impacto fue certero y tremendo. El pie de Número Uno se hundió fortísimamente entre las ingles de Clovet, acertándolo de lleno en los genitales. El hombre lanzó un espantoso alarido, y saltó hacia atrás y hacia arriba soltando la pistola y llevándose las manos al lugar golpeado, mientras su rostro quedaba lívido y desencajado… Todavía estaba Clovet en el aire en aquel grotesco salto provocado por el intensísimo dolor del golpe recibido, cuando Moreau, que había intentado reaccionar adecuadamente, se encontró también de pronto en el aire.

La mano con la que había estado palpando entre los pechos de Lili Connors fue asida por esta, que se acuclilló ante él tirando de aquella mano, y lo pasó por encima de ella en un fulgurante *morote*

seoi nage que estrelló a Moreau frente a ella en el suelo, de cabeza.

Lili Connors se apresuró a recoger la pistola de Moreau, y se reunió con Angelo Tomasini, que a su vez y con una rapidez que había sido imposible de controlar por ninguno de los presentes, se había apoderado del arma de Clovet y apuntaba hacia Ilya Poliakov. Ya juntos, los dos espías retrocedieron vivamente hacia la puerta, sin dejar de apuntar a unos y a otros de los hombres allí reunidos y que tras el gesto de sobresalto habían optado por lo más conveniente para ellos: esto es, la no intervención.

—Quédense todos donde están —dijo secamente Angelo Tomasini—. Los voy a encerrar aquí dentro, y si alguno de ustedes pretende salir será mejor que lo piense dos veces.

Al decir esto movió la pistola que empuñaba, dando a entender claramente que no tendría empacho alguno en utilizarla contra ellos. Brigitte salió en primer lugar del taller-laboratorio, y Angelo la siguió. Al pasar junto a Clovet, que sin dejar de gemir estaba haciendo esfuerzos por incorporarse, Angelo le propinó otro puntapié, ahora en la barbilla, que hizo ver las estrellas a Clovet y lo abatió sin sentido fulminantemente.

Salieron del taller-laboratorio, cerraron la puerta, y se dirigieron rápidamente hacia la del otro extremo, que comunicaba con la pequeña sala de recepción al final de las escaleras.

Llegaron a esta sala de recepción, se lanzaron escaleras arriba, y en aquel mismo momento, desde lo alto, llegó una abundante luz procedente de la cocina. Estaban subiendo y mirando hacia arriba cuando tuvieron tiempo de ver brevemente la figura y el rostro sobresaltado de Honoré De Vries. Oyeron la exclamación de este, y, enseguida, sus precipitados pasos regresando hacia la cocina.

Angelo alzó la pistola con silenciador, y disparó dos veces. Plop, plop, sonaron apagadamente los chasquidos de los disparos. Las balas llegaron arriba, rebotaron blandamente, y eso fue todo. Enseguida, la luz desapareció, al ser cerrada con fuerza la puerta que comunicaba con la cocina.

Los dos espías se lanzaron hacia arriba a toda prisa, Número Uno por delante siempre, preparada la pistola para afrontar cualquier contingencia.

Pero la contingencia que se presentó no podía ser afrontada con una pistola.

Todavía estaban a mitad de tramo cuando los dos a la vez percibieron aquel olor peculiar. Se detuvieron en seco, se miraron, y Lili, muy abiertos los ojos, exclamó:

—¡Es gas!

Número Uno dio la vuelta, asió a Lili de un brazo, y emprendieron el regreso hacia el fondo del sótano. Llegaron allí ya dando trompicones, y cuando Número Uno se disponía a abrir de nuevo la puerta para lanzarse hacia el pasillo huyendo del gas, notó cómo junto a él Lili Connors se desplomaba al suelo. Se volvió, miró hacia abajo, y al hacerlo la cabeza le dio un millón de vueltas en una millonésima de segundo.

Eso fue todo.

6

Abrió los ojos, pero los volvió a cerrar rápidamente, dolorido por lo que en aquel momento le pareció cegadora luz. Segundos más tarde, tras ir abriéndolos más lentamente, la luz ya no le pareció tan cegadora. Era simplemente la bombilla que pendía del techo de aquel cuarto que ya conocía.

Era el cuarto vestidor donde antes, no sabía cuánto tiempo antes, habían estado él y Brigitte poniéndose las batas blancas con las que engañaron a Ilya Poliakov.

Al recordar a Brigitte, Angelo Tomasini intentó sentarse rápidamente y mirar a su alrededor. Pero de momento no consiguió ni una cosa ni otra. Estaba atado sólidamente de pies y manos, y tendido en el suelo. Pero con su gesto giró en este, y entonces pudo ver, igualmente atada de pies y manos, y tendida junto a él, a Brigitte.

Y acto seguido oyó la voz que identificó en el acto como perteneciente al llamado Clovet:

—¿Qué te parece? El gran hombre valiente de las coces de mula ya se ha despertado.

Apenas iniciado un gesto para localizar la posición de Clovet, Número Uno recibió un espantoso puntapié en el costado que le dejó sin aliento, demudado el rostro. Debido al golpe giró lo suficiente para que otro puntapié, recibido ahora en el estómago, lo dejase finalmente tendido boca arriba, presionando con su propio cuerpo las manos, que crujieron bajo el peso y la incómoda postura. Pero pese al dolor de los dos puntapiés recibidos, al de sus manos, y al ligero aturdimiento que experimentaba, Angelo Tomasini supo lo que iba a ocurrir a continuación.

Y ocurrió.

El patadón que Clovet lanzaba hacia sus genitales, sin embargo, no llegó a destino, porque, comprendiéndolo en una fracción de

segundo, Angelo se apresuró a continuar girando buscando la posición boca abajo. De este modo, el patadón le acertó en una cadera, produciéndolo un vivo dolor…, pero sin duda alguna inferior al que habría experimentado de recibir el golpe donde se proponía el vengativo Clovet.

Y de nuevo tendido boca abajo todavía recibió Angelo Tomasini dos puntapiés más, uno de ellos alcanzándole casi matemáticamente en el hígado y que lo privó del conocimiento…, quizá solo durante unos pocos segundos, porque como muy lejana oyó la voz de Moreau:

—Déjalo, hombre. Lo vas a matar. Y ya sabes que el jefe no quiere que los matemos aquí dentro.

—El muy cerdo —oyó el gruñido de Clovet—… ¡Voy a patearle los testículos hasta dejárselos convertidos en puro pellejo!

—De acuerdo, de acuerdo —contemporizó Moreau—…, pero no es este el momento, hombre. Espera a que De Vries tome una decisión definitiva sobre ellos. Ya verás cómo nos encarga que los eliminemos. Y antes de hacerlo, tú podrás satisfacer tus deseos con este tipo…, y luego los dos lo haremos con la chica lista del pelo teñido de rubio y las lentillas de contacto de color verde.

Transido de dolor, Angelo Tomasini permaneció inmóvil en el suelo, respirando lenta y profundamente, intentando recuperar cuando menos el aliento. Pese a que la conversación era lejana y que los oídos le zumbaban, estaba comprendiendo perfectamente la situación y lo que las palabras de Moreau implicaban. Habían descubierto ya que Lili Connors era la mujer que había estado en contacto con Maurizio Berlinghieri, y a la que habían querido violar. Y esta vez parecían dispuestos a que sus propósitos no se frustrasen por ningún acontecimiento.

—Ve a decirle al señor De Vries que este tipo ya ha despertado —dijo Clovet.

—Nada de eso —refunfuñó Moreau—. Ve a decírselo tú, y yo me quedaré aquí. No quiero dejarte a solas con ellos, pues eres tan bestia que serías capaz de matar al hombre aquí.

—Está bien, ya voy yo.

Siempre como lejanos, Número Uno oyó pasos y el abrir y cerrarse de una puerta. Luego, de nuevo el silencio…, hasta que se oyó el gemido de Lili Connors.

Esta, que se hallaba de costado en el suelo y con la luz un poco hacia su espalda, no tuvo las mismas dificultades que había tenido Angelo al abrir los ojos. Simplemente, al hacerlo, despacio, vio ante ella tendido a Número Uno.

Y acto seguido por encima de este, es decir a espaldas del espía, de pie, empuñando una pistola, vio a uno de los abominables hombres de las nieves.

—Acaba de perderse un pequeño *show* —sonrió Moreau—. De todos modos, no creo que lo hubiese gustado presenciarlo.

Brigitte Montfort lo miró, forzando un tanto los ojos; luego volvió a mirar a Angelo Tomasini, que, vuelta la cara hacia ella, continuaba con los ojos cerrados y respirando lenta y acompasadamente. Por supuesto que Baby no necesitaba ninguna explicación para adivinar lo ocurrido. Le bastaba ver las desencajadas facciones de Número Uno, en las cuales habían aparecido unas diminutas gotitas de sudor que brillaban bajo la luz de la bombilla.

—¿Sabe? —Moreau se acuclilló junto a ella y la agarró por el cabello, obligándola a mirarla—. No me gustó nada lo que me hizo usted. Sin duda tiene unas grandes habilidades de lucha y estuvo a punto de romperme la cabeza. Lo que, como ya le he dicho, no me gustó nada.

Brigitte Montfort no contestó. Apretó los labios y permaneció inmóvil soportando la torsión del cuello a la que le obligaba la presa que efectuaba Moreau en sus cabellos. Este sonrió, y añadió:

—En cambio, usted sí me gusta. ¿Verdad que es la preciosa muchacha que Clovet y yo estuvimos a punto de tirarnos en la nieve? Yo diría que sí, aunque lleve el pelo teñido de rubio. En cuanto a los demás trucos, ya se los hemos quitado… Y resulta que me sorprendería mucho que usted no fuese usted. Yo ya me entiendo —rio—. Y usted me entenderá pronto cuando le meta mano. Y será en la nieve, tal como Clovet y yo quisimos hacerlo la primera vez.

Dicho esto, Moreau hizo girar a Lili Connors dejándola casi completamente boca arriba, agarró el borde de la ropa, y dio un tirón. Los dos senos parecieron saltar impetuosamente en el aire, y tras una elástica vibración quedaron inmóviles, erguidos, turgentes, ante los ojos de Moreau. Este se pasó la lengua por los labios, y

luego muy despacio acercó su mano izquierda hacia los pechos de la prisionera, empezando a manosearlos lujuriosamente.

Pero de pronto se puso en pie, y se apartó rápidamente, colocándose junto a la puerta.

—No quiero complicarme la vida ahora —dijo con voz ronca, jadeando un poco—… Tú y yo haremos verdaderas maravillas cuando te tenga desnuda debajo de mí, en la nieve, ya lo verás.

Lili Connors volvió a colocarse de costado, y de este modo pudo volver a contemplar a Número Uno. Este tenía los ojos abiertos, y la miraba fijamente. Miró los desnudos pechos de Brigitte, luego los azules ojos desprovistos ya de las lentillas de contacto de color verde, y eso fue todo. Hacía ya mucho tiempo que ninguno de los dos necesitaba hablar para ser comprendido por el otro. Y por poco favorables que fuesen las circunstancias, sabían muy bien que las aprovecharían debidamente.

Solo que las circunstancias parecía que no se iban a presentar favorables en ningún momento.

Muy poco después, Clovet regresó acompañado de Honoré De Vries.

A una orden de este, Lili Connors y Angelo Tomasini fueron alzados por Clovet y Moreau, y colocados sentados en el banco que había en el vestidor. Frente a ellos, de pie, contemplándolos con sonriente hostilidad, Honoré De Vries comenzó a hablar.

—Debo admitir que los dos consiguieron engañarme —dijo—. Con frecuencia, mi esposa y yo bajarnos a Chamonix o a otro lugar de los alrededores en busca de bellos ejemplares para traerlos aquí como invitados, a fin de que nos proporcionen placer… Placer exclusivamente sexual, se entiende. Tanto a Charlotte como a mí nos da lo mismo que sea hombre o mujer el invitado. Por la sencilla razón, que ustedes habrán comprendido ya, de que a mí me gustan tanto los hombres como las mujeres, y a Charlotte le gustan tanto las mujeres como los hombres. La cuestión sexual debe estar dotada de cierta variedad e imaginación, ¿no les parece?

Brigitte y Número Uno, simplemente, miraban a Honoré De Vries en silencio, y este, tras comprender que no obtendría comentario alguno a sus cínicas explicaciones, mostró una sonrisita torcida.

—Cuando apareció Lili nos alegramos mucho, en el fondo, ya

que en lugar de tener un solo invitado que deberíamos compartir, íbamos a temer una mayor posibilidad de variaciones y disfrutes que, por supuesto, nos parecieron magníficas. Y como ya habrán comprendido después de esta pequeña explicación, ustedes dos, después de haber gozado de nuestra hospitalidad y habernos hecho gozar con sus hermosos cuerpos, habrían… desaparecido de la circulación. Oficialmente nuestros invitados abandonan siempre muy satisfechos nuestra casa, y un poco después se marchan de Suiza. Pero, claro, la verdad es que quedan en cierta sima de las montañas tan profunda, tan fría, y siempre cubierta de nieve, incluso en verano, que jamás nadie llega hasta allí. Digamos que es una especie de… pequeño cementerio particular.

—¿Ese es el lugar donde arrojaron a Maurizio Berlinghieri? —musitó Lili Connors.

—En efecto —asintió De Vries—. Y con esto que acaba de preguntar usted ya me ha dicho todo lo que quería saber. Sobran explicaciones, por lo tanto. Es evidente que tanto Maurizio Berlinghieri como ustedes estaban aquí intentando localizar a Franco Lorenti, ¿no es así?

—¿Dónde está Lorenti? —preguntó a su vez Lili Connors.

—Eso no es cuenta de ustedes. Poro en cierto modo creo que les debo una explicación. Como es natural, a visitantes normales, de los que solo nos procuren esparcimiento sexual, ni siquiera les hablo de este asunto. Pero ustedes que han venido a Chamonix precisamente por este asunto, y que han sabido enfocarlo tan bien que han podido engañarme a mí, creo que se han hecho merecedores de una explicación. ¿O quizás Ilya Poliakov les explicó lo suficiente para que hayan comprendido todo el alcance de mi jugada?

—Sabemos solamente que en El Arsenal han fabricado ustedes cinco bombas atómicas que ya están fuera de aquí y colocadas en cinco puntos distintos, preparadas para ser lanzadas. Y que la sexta bomba la terminarán ustedes dentro de unas horas, seguramente por la mañana.

—Han perdido ustedes la noción del tiempo —rio Honoré De Vries—… Ya es por la mañana, queridos amigos. Han estado durmiendo varias horas durante los efectos del gas. Y mientras ustedes dormían, la sexta bomba, efectivamente, ha adelantado mucho en su fabricación. Digamos que es solo cuestión de horas que

esa bomba esté terminada y colocada en su rampa de lanzamiento para ser disparada.

—¿Piensa usted disparar seis bombas atómicas en Europa?

—¿En Europa? Bueno, concretamente las voy a disparar en Suiza. Las ciudades elegidas son: Ginebra, Lausana, Berna, Zurich y Lucerna. Es decir, las ciudades más importantes del estado suizo. Oh, queda la sexta, claro… La sexta, en cuanto esté terminada, será apuntada de modo que caiga en la localidad turística, últimamente muy famosa, de nombre Gstaad. Supongo que han oído ustedes hablar de Gstaad.

—Sí —murmuró Lili Connors—… Sabemos que Gstaad es una estación de invierno de gran renombre turístico en estos últimos tiempos.

—Magnífico. Así que ya tenemos los seis puntos que estarán bajo la amenaza de las seis bombas atómicas que he conseguido fabricar contratando un técnico aquí, otro técnico allá, consiguiendo el material en diverso puntos… Como comprenderán, todo carísimo y muy dificultoso. Pero finalmente lo he conseguido, y tengo a mi alrededor lo que yo llamo el grupo, es decir, una… reunión de personas altamente capacitadas para secundar mis planes.

—¿Cuándo piensa disparar esas bombas…, y por qué? —preguntó Lili.

—Ah… Interesante pregunta doble, señorita Connors. Aunque le diré que no creo verme obligado a disparar las seis bombas. A mí me parece que disparando tan solo una conseguiré mis propósitos. Y hasta es posible que no tenga que disparar ni siquiera, una sola bomba.

—Si usted está intentando que le comprendamos, deberá explicarse bastante mejor —refunfuñó Número Uno—. ¿Va a lanzar o no va a lanzar esas seis bombas?

—Depende de la respuesta del gobierno de la Confederación Helvética de mi ultimátum.

—¿Qué ultimátum?

—Me las he arreglado para poner al gobierno suizo en conocimiento de mis pretensiones. Tienen tiempo hasta las cinco de esta tarde para darme una respuesta por medio de la radio. Si esa respuesta es afirmativa, nada ocurrirá. En cuanto se refiere a la explosión de alguna de esas bombas atómicas. Solo ocurrirá que yo

me habré salido con la mía.

—¿Y si la respuesta del gobierno suizo es negativa?

—Bueno… Entonces es cuando me veré forzado a utilizar la primera de mis pequeñas bombas caseras, la que estará ya preparada para ser lanzada sobre Gstaad. Yo espero que después de una explosión semejante en plena Suiza, el gobierno de este país comprenderá que no se trata de ninguna broma, como quizá crean en un principio, debido a mis pretensiones. Pero si después de haberse negado por primera vez a acceder a ellas, vuelven a hacerlo después de haber lanzado la bomba sobre Gstaad… Pueden estar seguros de que las otras cinco partirán hacia sus respectivos destinos de Ginebra, Lausana, Berna, Zurich y Lucerna. Francamente, no creo que los suizos estén tan locos como para arriesgarse a que esto suceda. Y más, después de haber visto que, efectivamente, tras su hipotética negativa a complacerme, la localidad de Gstaad quedará convertida en cenizas.

—Pero… ¿qué es lo que pretende usted? ¿Qué ha exigido al gobierno suizo?

—Todo el dinero y las listas de depositantes —replicó Honoré De Vries.

—¿Qué?

—Vamos, señorita Connors… ¿Usted no sabe que en Suiza está depositado la mayor parte de dinero del mundo?

—Bueno… Sí, claro que sé lo referente a estas cuestiones. Incluso yo misma tengo algo de dinero en cierta banca suiza. Pero no sé si he comprendido bien lo que usted ha dicho, señor De Vries.

—Lo ha comprendido perfectamente. Quiero todo el dinero que haya depositado en este país, y la lista de todos los depositantes. ¿Se imagina usted lo que ha de ser tener en propiedad todo el dinero, toda la riqueza depositada en todas las bancas importantes de las cinco ciudades principales de Suiza?

—Usted está hablando de unas cantidades tan fabulosas que no soy capaz de imaginármelo —movió negativamente la cabeza Brigitte—. Naturalmente, entiendo que pediría usted no solo el dinero en billetes, sino en monedas, en cualquier tipo de valor, en joyas, lingotes… ¿No es así?

—Así es. Al principio, la operación me pareció de una envergadura francamente colosal, ya que tan solo el volumen y peso

material de ese dinero no tiene que ser en modo alguno fácil de transportar. Pero respecto a esto ya tengo pensado una solución que comunicaré al gobierno suizo, si este, como es de esperar por poco sensatos que sean, acceden a mis pretensiones. Una vez hayan accedido, yo les diré qué es exactamente lo que quiero y cómo debe ser trasladado todo el dinero, joyas, valores, oro etcétera, al lugar y medio de transporte que indicaré oportunamente. Luego, siempre naturalmente bajo la amenaza de esas explosiones atómicas que dejarían Suiza convertida en cenizas, ya sé yo muy bien adónde debería llevar, para mi uso exclusivo, esa riqueza tan fabulosa que jamás hombre alguno ha tenido a su disposición.

—Ya. Y usted quiere tenerla.

—Así es.

—De acuerdo —asintió Lili Connors—. Comprendo muy bien que usted quiera tener todo el dinero que hay en Suiza…, incluso todo el dinero que pueda haber en el mundo. Pero… ¿para qué quiere usted la lista de depositantes de ese dinero?

—¡Ah, hermosa jovencita! Esa es otra cuestión… Una vez conseguida esta fabulosa riqueza, y colocada en lugar seguro, debería ser lógico que yo organizase digamos une especie de protección a mi alrededor, que me pusiera a salvo de cualquier percance o investigaciones, incluso ataques posteriores. Pero es que además de ser dueño de esa fabulosa riqueza, pretendo también disponer de cierto… poder político y militar, tanto en Europa como en América, Asia, e incluso en África, ya que me consta que de todos esos continentes hay depositantes de grandes fortunas en Suiza. Ahora imagínese usted que, además de perder esas fortunas, todos esos ilustres hombres que están en la cumbre del poder en sus respectivos países, se encuentren ante el dilema de que yo conozco exactamente qué cantidad de dinero o de cualquier otro tipo de valores habían depositado en Suiza. Si yo hiciese unas copias de esas listas y las fuese enviando a los respectivos gobiernos o servicios secretos de todos esos países, los poderosos hombres que controlan económicamente el globo terráqueo estarían en una situación harto comprometida, ¿no le parece? Por ejemplo, supongamos que el presidente de la República Francesa tiene en su banca de Suiza cincuenta millones de dólares… Es una cantidad importante. Tan importante que, seguramente, el señor Giscard

d’Estaign
no podría explicar a su país satisfactoriamente cómo ha entrado él en posesión de esa inmensa fortuna. Si yo le digo al señor Giscard
d’Estaign
que pienso comunicar a sus rivales políticos, o al ejército, o al servicio secreto que él tiene cincuenta millones de dólares… ¿no le parece a usted que el señor Giscard
d’Estaign
preferiría parlamentar conmigo en el sentido de silenciarme?

—Supongo que sí —murmuró Baby.

—Claro que sí. Y como él, otros presidentes, reyes, grandes magnates, personas en las que nadie piensa como grandes potentados que estén controlando económicamente empresas multinacionales, y, por tanto, el poderío económico en todo el mundo. Por la sencilla razón de que si unos saben lo que tiene el otro, puede haber una especie de revuelta, un enfrentamiento terrible entre dos facciones de poderosos… O lo que sería peor, si mis informaciones respecto a las fortunas de muchísima gente llegase al conocimiento del ciudadano común de todos esos países…, ¿qué cree usted que ocurriría?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Bien, quizás en esta ocasión su imaginación no está trabajando lo suficiente, señorita Connors. Yo se lo diré. Sucedería qué la masa, el populacho, se sentiría engañada, defraudada tan brutalmente por gente que le había estado haciendo promesa falsas y diciendo grandiosas mentiras, que la revolución mundial podría estallar en cualquier momento.

—Usted está loco —jadeó Brigitte.

—¿Por qué? Yo ofrezco a los grandes dirigentes del mundo dos alternativas. Una de ellas consiste en que, después de haberme entregado todas sus fortunas, ellos sigan trabajando para hacer nuevas fortunas para sí mismos… Pero siempre bajo mi dirección y control, lo cual me convertiría, prácticamente, en la persona más poderosa del mundo en todos los aspectos. La otra alternativa consiste en negarse a obedecer mis… directrices en todos los órdenes. Entonces, yo comunicaría al pueblo, a los ciudadanos comunes y corrientes de todos los países afectados, que sus directivos, sus políticos, sus militares, sus grandes empresarios… les

están engañando y que están evadiendo dinero del país y constituyendo fabulosísimas fortunas conseguidas en base del sudor y el trabajo de lo que ellos llaman el populacho. Una información detallada de esta índole, y una explicación de que mientras la mayoría de los ciudadanos de todo el mundo están trabajando como esclavos, un grupo de dirigentes se están enriqueciendo brutalmente y atesorando oro y riquezas y poder de toda clase, no sería muy bien acogida, se lo aseguro.

—Al parecer —intervino sosegadamente y con voz fría Número Uno—, lo tiene usted todo muy bien pensado, Honoré. Pero quizá la masa humana no reaccione como usted se espera, y todo siga igual.

—Es posible —admitió Honoré De Vries—. Pero si la masa humana no reacciona, no es cuenta mía, sino de ella. Allá la masa humana si prefiere seguir dejándose explotar y que sus explotadores hagan nuevas fortunas a su costa. Si tal sucede, y pese a la información el populacho no reacciona, y por tanto los grandes políticos y capitalistas mundiales siguen con su juego, me desentenderé del asunto. Yo ya habré conseguido una fortuna tan colosal que me habré escapado del sistema, y a mi vez me convertiré en uno de los poderosos. Aunque, francamente, preferiría ser el más poderoso.

Brigitte y Número Uno cambiaron una mirada. No era, ni mucho menos, el primer ambicioso de auténtica envergadura que se cruzaba en su camino. Pero no todos los ambiciosos que habían conocido habían dispuesto de seis bombas atómicas que podían ser lanzadas en cualquier momento sobre otras tantas ciudades.

—Me parece que ustedes lo han comprendido todo muy bien —sonrió Honoré De Vries—. ¿Tienen alguna pregunta más que hacer, o algún deseo que expresar?

—No —susurró Brigitte—. No tenemos más preguntas que hacer. En cuanto a nuestros deseos, mucho me temo que usted no los complacería, Honoré.

—Eso me temo también —rio De Vries—, porque, naturalmente, ustedes van a pedirme que conserve sus vidas.

—Nos gustaría.

—Lo siento, pero eso es imposible. Y también siento que debido a estas circunstancias que ustedes mismos han forzado, Charlotte y yo no hayamos podido disfrutar sexualmente de su compañía. Sin

embargo, debo decirlas que algo de felicidad sí nos han proporcionado. Hacía bastante tiempo que Charlotte y yo no nos satisfacíamos el uno al otro, y era por eso que buscábamos compañías jóvenes, apuestas, elegantes… Y por supuesto, siempre bellas y encantadoras, que nos reconfortasen de nuestra abulia del uno para el otro. Pero viendo la película que tomamos de ustedes en el dormitorio durante el apasionadísimo abrazo que tuvieron ayer por la tarde, nosotros, por la noche, nos animamos tanto que conseguimos vivir un agradable momento como en los buenos tiempos que ya se fueron. Por todo ello les estamos muy agradecidos, y… hasta nunca.

—¿Nos los llevamos ya, señor De Vries? —preguntó impaciente Clovet.

—Claro que no —lo miró fríamente Honoré—. En primer lugar, tenemos que esperar a que sea de noche para sacarlos de aquí. Y ya sabéis que no quiero muertos aquí dentro. Tendréis que esperar a estar lejos de aquí para deshaceros de ellos, ya sabéis cómo y dónde. Y luego, de todos modos, quisiera esperar a las cinco de la tarde, porque según qué decisión tomase el gobierno suizo quizás tuviese que variar mis planes en un sentido u otro. ¿Está claro?

—Sí señor —masculló Clovet.

—No los perdáis de vista —señaló De Vries con la cabezo hacia Brigitte y Número Uno—. Vosotros mismos habéis visto que son muy peligrosos, así que mucho cuidado. Y nada de fallos.

—Descuide.

7

Varias horas más tarde, la puerta del vestidor del sótano se abrió, y entraron en este Honoré y Charlotte De Vries.

Clovet y Moreau, que habían estado sentados en el banco, aburriéndose cada vez más intensamente, pero sin perder de vista a los prisioneros, se pusieron en pie al ver a la aristocrática pareja.

Pero los De Vries se acercaron a Brigitte y a Número Uno, y se quedaron mirándolos con expresión entre cruel y enfurruñada. Por fin, Honoré De Vries movió cabeza con un gesto de pesar.

—Malas noticias —murmuró—. El gobierno suizo se ha negado inicialmente a obedecer nuestras instrucciones y entregarnos todo lo que pedimos. Lo que significa, tal como hablamos esta mañana, que no vamos a tener más remedio que lanzar esta primera bomba contra Gstaad.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó Brigitte.

—Podemos… Y vamos a hacerlo —asintió Honoré—. Para ser sincero, lamento tener que hacerlo, pero no me dejan otra alternativa. Es muy posible que las autoridades suizas crean que estamos bromeando, y nosotros nos vemos obligados a demostrarles que no es así. Por lo tanto, dentro de muy poco esa pequeña bomba atómica caerá sobre le localidad turística de Gstaad. Y, naturalmente, si después de eso continúan negándose, seguirán las otras cinco, que caerán simultáneamente sobre las ciudades que antes les mencioné. Lo siento pero tengo que hacerlo.

—Espere —jadeó Brigitte—… ¡Espere un momento, Honoré! Todavía podemos arreglar la cuestión de otro modo. Déjenos salir a Angelo y a mí, y nosotros nos encargaremos de convencer al gobierno suizo de que no está usted bromeando. Le garantizamos que no vamos a traicionarle de ninguna manera. Simplemente, intentaremos convencer o las autoridades de que…

Honoré De Vries estaba moviendo negativamente la cabeza, y

por fin interrumpió a Brigitte.

—No. Lo siento, pero no puedo correr ninguna clase de riesgo con ustedes. Respecto a usted, no sé bien quién es y qué clase de juego es el suyo. Pero sé perfectamente quién es Angelo Tomasini, y tengo bien entendido que a un hombre como él no se le pueden conceder oportunidades de ninguna clase. No hay trato. Y, lamentándolo mucho, la conversación ha terminado.

—Déjame despedirme de ellos —murmuró Charlotte.

—Por supuesto, querida —asintió Honoré.

Este se volvió hacia Clovet y Moreau, y se dedicó a musitarles unas instrucciones en voz baja. Mientras tanto, Charlotte De Vries se inclinó hacia los prisioneros, y los estuvo mirando con expresión que parecía vacilante. De pronto, besó a Brigitte suavemente en los labios, y luego se desplazó hasta Número Uno, le abrazó impetuosamente, y le besó también en los labios.

—Lo siento —dijo con voz un tanto crispada—… De verdad lo siento, Angelo. ¡Nos habría gustado tanto compartir unos momentos de felicidad con ustedes!

Ni Brigitte ni Número Uno contestaron. Simplemente estaban mirando ambos fijamente a Charlotte De Vries, que, tras sostenerles unos segundos la mirada, se irguió y fue a reunirse con su marido. Este, terminadas ya las instrucciones a Clovet y Moreau, fue hacia la puerta, la abrió, dejó salir a su esposa, y se volvió a mirar de nuevo a los prisioneros.

—Dentro de unos minutos ustedes serán sacados de aquí y llevados al ventisquero, donde serán ejecutados. Con ello, a fin de cuentas, se van a ahorrar ustedes el horror que significaría entrar en conocimiento de lo sucedido en Gstaad por la explosión de la bomba atómica que ya mismo comienza a ser preparada para su lanzamiento. Hasta nunca.

Salió él también, y cerró la puerta.

Clovet y Moreau se miraron, miraron a los prisioneros, sonrieron cruelmente, y volvieron a sentarse.

—Tenemos que esperar unos minutos —dijo Clovet—. Así nos lo ha ordenado el señor De Vries. Pero esos minutos, que provocan en nosotros una impaciencia, nos proporcionan al mismo tiempo, un placer. Ya os enseñaremos a comportaros debidamente.

Mas las bocas de Número Uno y Brigitte permanecieron

cerradas. Los minutos fueron pasando lentamente… Pero no más de diez. Transcurrido este tiempo, Clovet y Moreau volvieron a mirarse, asintieron, y se pusieron en pie. Uno de ellos fue hacia la puerta, y el otro hacia los prisioneros.

—Voy a desataros los pies para que podáis caminar. Pero si pensáis escapar solo os diré que nada nos divertiría tanto como cazaros igual que a alimañas huyendo por la nieve.

Clovet desató los pies de Brigitte y Número Uno, y se apartó de ellos. Los dos espías se pusieron en pie, y, obedeciendo el gesto de Clovet, se encaminaron hacia la puerta. Cuando salieron al pasillo miraron hacia la izquierda, y vieron hacia el fondo la puerta del taller-laboratorio atómico, que estaba abierta. Allí dentro todos los hombres de bata blanca estaban en plena actividad, y se oían sus voces excitadas y continuas órdenes… Ilya Poliakov pasó por delante de la puerta, mirando casualmente hacía el pasillo. Al ver a Brigitte y Número Uno se detuvo, se quedó mirándolos, y, tras sonreír de pronto burlonamente, alzó una mano en silencioso saludo. Clovet y Moreau empujaron a Brigitte y Número Uno hacia el pequeño cuarto de recepción. Desde allí, subieron todos por la retorcida escalera, y poco después aparecían en la cocina. Otros pocos segundos más tarde, tras recorrer la silenciosa y vacía planta baja de la casa, salían de esta. Frente a la casa había un coche esperando. Y desde luego, ni rastro de Honoré y Charlotte De Vries.

—Conduce tú —dijo Moreau—. Yo iré sentado a tu lado y vuelto hacia ellos, apuntándoles. Y al menor movimiento que hagan les quemo las pestañas a balazos.

Número Uno y Brigitte entraron en el asiento posterior del coche, y los dos hombres ocuparon el delantero. Enseguida, el coche fue puesto en marcha por Moreau y partieron de allí.

El cielo estaba despejado y comenzaban a verse ya las primeras estrellas. Una leve oscuridad azulada iba apareciendo por el este.

—No te apresures —dijo Clovet—. Prefiero que este último tramo del camino hasta llegar al ventisquero lo hagamos ya completamente de noche. No nos interesa que nadie nos vea.

—De acuerdo —asintió Moreau.

Y en efecto, la oscuridad llegó antes de que ellos hubiesen alcanzado su destino. Todavía estuvieron viajando diez minutos más después de que se hubo hecho de noche, antes de que, por fin,

Moreau detuviera el vehículo a un lado de una estrecha carretera flanqueada por espesos abetos.

—Hemos llegado —dijo—. Tendremos que caminar ahora un trecho por el bosque, hasta llegar al ventisquero. Vosotros, salid de ahí y comenzad a caminar.

Salieron los cuatro del coche. Clovet señaló hacia los abetos, y Número Uno y Brigitte comenzaron a caminar. La densidad del arbolado era considerable, así que muchos trechos caminaban por suelo en el que apenas había nieve. En otros, los pies se hundían bastante en el blanco y blando elemento. Solamente se oía las respiraciones de Clovet y Moreau. En cuanto a los dos espías, parecía que estuviesen efectuando un amable y tranquilo paseo.

—Deteneos —dijo de pronto Clovet—. Ha llegado el momento de la diversión. Y supongo que ya sabéis cuál es.

Ninguno de los dos contestó. La iluminación la proporcionaba la propia nieve, con una azulada reverberación de reflejo de estrellas. En aquel denso silencio blanco, las cuatro personas eran apenes sombras que no podían parecer más irreales. Clovet señaló una parte del suelo en el que había una considerable capa de nieve, y masculló:

—Tú, tiéndete ahí boca arriba. Voy a ser el primero en violarte, tal como he estado deseando todo el tiempo desde que te eché la vista encima.

—No te des prisa —rio Moreau—. Cuando tú acabes, empezaré yo. Y mientras tanto no te preocupes y goza tranquilo, que yo vigilo a este sujeto.

El resplandor de luz de estrellas sobre la nieve, que permitía verse unos a otros, se reflejó en la pistola con la que Moreau apuntó ostensiblemente a Numero Uno. Clovet se acercó a Brigitte, que permanecía en pie, al parecer sin intenciones de tumbarse sobre la nieve, y, gruñendo una obscenidad, el llamado, y al parecer con razón, abominable hombre de las nieves, empujó de pronto con ruda violencia a la espía por los hombros, derribándola de espaldas sobre le nieve. Acto seguido, sin detenerse en más consideraciones, Clovet saltó sobre ella, y mientras se colocaba entre los muslos de Brigitte, que abrió con furia, la sujetaba con una mano apretando el pecho y con la otra sujetándola por los cabellos.

Lo que de ninguna manera podía saber Clovet era que aquella

actitud de Brigitte Montfort, aquel dejarse empujar y caer sobre la nieve de espaldas, y recibir entre sus piernas el cuerpo del hombre, era simplemente algo que estaba previsto. De este modo, Clovet perdía la noción de la verdadera situación en que se hallaba, esto es, enfrentados a dos personajes que, aunque con las manos atadas a la espalda, todavía podían dar un serio disgusto a simples aventureros como ellos.

Brigitte sabía perfectamente que mientras Clovet se entretenía con ella, Número Uno se las arreglaría para eliminar a Moreau. Así que, haciendo un esfuerzo, consiguió ladear la cabeza y miró hacia donde estaban Número Uno y Moreau. Seguramente, Uno lo abatiría con un puntapié en el bajo vientre, y luego lo mataría de otro puntapié en la sien mientras caía…

Pero incluso Brigitte Montfort se sorprendió al ver que, de pronto, las manos de Angelo Tomasini aparecían libres y adelantándose hacia Moreau.

El gesto de Número Uno fue tan rápido que dejó petrificado por la sorpresa a Moreau. Y no tuvo tiempo ni siquiera de pensar en apretar el gatillo. Cuando comenzó a hacerlo, ya la mano izquierda de Número Uno había asido su mano derecha, desviando la pistola, y acto seguido el puño derecho del espía golpeaba en pleno estómago de Moreau, que lanzó un bramido, se inclinó hacia adelante…, y entonces recibió en la sien el siguiente puñetazo, que lo mató fulminantemente.

Clovet, que había estado pugnando encima de Brigitte y casi consiguiendo ya su objetivo, llegó a oír el bramido de su compañero al recibir este el golpe. Solo entonces se desentendió un instante de Brigitte, para volver la cabeza hacia donde había dejado a Moreau y Número Uno. Alcanzó a ver cómo Moreau era tumbado del puñetazo en la sien que le ocasionaba la muerte, y entonces lanzó un grito de alarma, se colocó sobre sus rodillas de un salto, quedando entre las piernas de Brigitte, y llevó la mano hacia la axila en busca de la pistola. La rodilla izquierda de Baby se movió velozmente, impactando contra la mandíbula de Clovet, que pasó por encima de la otra pierna de Brigitte, quedó un momento de lado sobre la nieve pero volvió a ponerse inmediatamente de rodillas y sacó su pistola.

Plop, plop, disparó Número Uno con la recién conseguida pistola

de Moreau, que este había soltado instantáneamente al morir.

Las dos balas crujieron de modo escalofriante en la frente de Clovet, llegando prácticamente al mismo tiempo y obligándole a dar un trágico salto hacia atrás. Cayó de espaldas y de cabeza, quedando retorcido sobre la nieve.

Y de nuevo el profundo silencio en el nevado bosque.

Angelo Tomasini esperó todavía unos segundos mirando de Clovet a Moreau y de Moreau a Clovet. Pero ninguno de estos podía ya moverse, ciertamente. Así pues, el espía caminó hacia Brigitte, guardó la pistola en la cintura, la puso en pie, y la abrazó, cobijándola contra su pecho mientras con las manos en las muñecas de Brigitte buscaba los nudos para deshacer las ligaduras.

—¿Estás bien? —musitó.

—Claro que sí, mi amor. Sabía que teníamos que esperar este momento, y naturalmente, he seguido la comedia. Pero… ¿cómo has conseguido soltarte? Por más que lo he intentado, yo no he conseguido ni siquiera…

—Ha sido muy fácil utilizando la hoja de afeitar.

—¿La qué?

—La hoja de afeitar que Charlotte De Vries puso en mis manos cuando vino a despedirse de nosotros y me abrazó y me besó.

—¿Charlotte te dio disimuladamente una hoja de afeitar con la que has estado cortando la cuerda desde entonces? —exclamó de nuevo Brigitte, todavía sin comprender.

—Así es.

—Pues no lo comprendo.

—Yo tampoco. Pero no es momento para disquisiciones, Brigitte. Tenemos que volver inmediatamente al chalé de los De Vries, para impedir el lanzamiento de esa bomba. ¿O te parece que no es eso lo que debemos hacer con la máxima urgencia?

—Claro que sí, mi amor. ¡Corramos!

Las manos de Brigitte habían quedado ya libres. La espía se inclinó a recoger la pistola de Clovet, examinó a este brevísimamente, pues un simple vistazo a su frente bastó para comprender, y luego hizo lo mismo con Moreau. Se incorporó, se tomó de una mano de Número Uno, y dijo:

—Los dos están muertos.

Angelo Tomasini encogió los hombros, y echó a correr hacia

donde había quedado el automóvil. Junto a él, la agente Baby corría también, expeliendo ahora ambos densos chorros de vapor que recogían la azulada iluminación estelar.

* * *

Llegaron a la pequeña terraza construida en la ladera de la montaña, y se quedaron mirando la casa, que estaba completamente a oscuras. Habían dejado el coche a cierta distancia de allí prefiriendo llegar a pie antes que correr el riesgo de alarmar a los encargados de disparar el proyectil atómico y obligarles a precipitarse en ese lanzamiento.

—Parece que todos están abajo, en El Arsenal —susurró Brigitte.

—Así debe de ser. No olvidemos que hay en la ladera de la montaña una compuerta que es por donde saldrá ese proyectil atómico. Tenemos que darnos prisa.

La puerta de la casa estaba cerrada pero los dos espías, sin contemplación de ninguna clase, rompieron los cristales de una ventana y pasaron al interior del chalé. Se dirigieron a toda prisa directamente hacia la cocina y por la pequeña puertecilla secreta descendieron siempre a toda prisa hacia el subterráneo. Llegaron a la pequeña habitación que servía de vestíbulo, y, empuñando la pistola con la derecha, Número Uno asió la manilla de la puerta y empujó.

Al otro lado, pero mirando hacia el fondo, es decir, hacia el laboratorio-taller, estaban los mismos dos vigilantes de la vez anterior, que al oír el rumor de la puerta se volvieron, sin sobresalto de ninguna clase…, pero su gesto sí fue súbitamente de sobresalto al ver ante ellos a los dos espías.

No tuvieron tiempo ni de comenzar a mover las metralletas.

Brigitte y Número Uno dispararon a la vez, una sola bala cada uno… Y no hacía falta más. Los dos hombres lanzaron sendos gritos de dolor, saltaron hacia atrás girando sobre sí mismos, y cayeron al suelo del pasillo. Prácticamente, aún estaban cayendo cuando Brigitte y Numero Uno saltaron por encima de ellos y corrían hacia el fondo, cuya puerta continuaba abierta.

Cuando aparecieron en el laboratorio-taller, cinco hombres ataviados con batas blancas se volvieron a mirarlos, y lanzaron

exclamaciones de sobresalto y alarma al verlos. Los dos espías los apuntaron rápidamente con las pistolas…, y al mismo tiempo, hacia la derecha, Brigitte veía el hueco de una puerta que antes no había visto, y que daba a un pasillo cuyo fondo no se veía.

—Mantenlos a raya —gritó—. Yo voy a buscar a los demás. ¡Deben de haber salido por este pasillo!

Sin esperar respuesta de Número Uno, Baby se lanzó por el pasillo, en el cual había un par de bombillas, una a la derecha y una a la izquierda, iluminándolo. No era muy largo, así que lo recorrió apenas en tres o cuatro segundos. Apareció en otra pequeña gruta natural, pero reforzada también con hormigón y vigas metálicas, en la que toda la iluminación provenía de una bombilla roja que proporcionaba una claridad que le pareció infernal.

Frente a ella había un rectángulo de pared, perfectamente definido, por el que se veía la oscuridad de la noche y penetraba un aire considerablemente frío. Allí, junto a plataforma sobre la que se veía un proyectil reluciente de casi tres metros de longitud, había cuatro hombres que estaban cambiando comentarios con voz contenida, pero indudablemente excitada.

—Ilya —gritó Brigitte—. ¡Apártense de ahí inmediatamente!

Como una sola las cuatro cabezas se volvieron rápidamente hacia la entrada a la gruta donde estaba la rampa de lanzamiento del pequeño proyectil atómico. Hubo algunas exclamaciones, y tras un momento de indecisión uno de los hombres se abalanzó hacia el pequeño panel de mandos colocado a un lado de la plataforma…

Plop, plop, plop, disparó Brigitte sin consideraciones, y repetidamente, en contra de su costumbre.

Los tres balazos alcanzaron uno tras otro al hombre. El primero en la cabeza, cerca de la sien, levantándole la tapa de los sesos; los otros dos dieron de lleno uno en el pecho, y otro en la espalda, aunque eran ya innecesarios. Pero como nunca en su vida, Brigitte no podía permitirse fallar en aquellos momentos. El hombre tenía que morir rápidamente, y así fue. Pero todavía estaba cayendo este, girando retorcido, cuando otro se abalanzó saltando también hacia el panel de mandos.

Dos veces más disparó la espía internacional, y dos balas llegaron implacables y certeras a la cabeza del hombre, que también reventó en escalofriante surtidor de masa encefálica. El cuerpo del

hombre rebotó encima del proyectil, y desde este se deslizó hacia el suelo, dejando un brochazo de sangre sobre la pulida superficie metálica. Ilya Poliakov y el otro hombre que quedaba con vida alzaron las manos en un gesto de alejamiento del panel de mandos. Panel de mandos que sabían que de ninguna manera alcanzarían mientras la rubia estuviese allí con una pistola en la mano. Sus rostros se veían ahora de un tono muy claro, pese a la iluminación rojiza del lugar.

—Vengan hacia aquí —habló Brigitte—. Apártense inmediatamente de ahí.

Sin bajar las manos, Ilya Poliakov y el otro técnico atómico se alejaron de la plataforma de lanzamiento, y comenzaron a caminar hacia la espía, que no les perdía de vista. Con la pistola señaló hacia el corredor, y los tres lo recorrieron hacia le taller-laboratorio, donde, por supuesto, Número Uno controlaba tranquilamente la situación. Sin necesidad de grandes explicaciones, los espías se entendieron. Número Uno tomó la iniciativa para que todos abandonasen el sótano, y poco después aparecían en la cocina, desde donde pasaron al salón grande. A una seña de Número Uno, los prisioneros fueron a sentarse en el sofá y en los sillones, y una vez establecida la situación de este modo, Número Uno murmuró:

—Me pregunto qué vamos a hacer con toda esta gente.

—Quizá yo pueda solucionar ese problema, mi amor.

Brigitte miró a su alrededor en el salón, pero evidentemente no vio lo que buscaba. Sin decir palabra, salió de allí y se dirigió hacia el piso destinado a habitaciones. Una vez allí entró decididamente en la que correspondía a Honoré y Charlotte De Vries. Y, apenas entrar, lo primero que vio fue el proyector cinematográfico, y frente a este, colgada de la pared, la pequeña pantalla.

Se acercó al proyector, lo puso en marcha, y en el acto comenzaron a aparecer las imágenes. La espía internacional, aliviada ya la tensión a que había estado sometida pensando en que un proyectil atómico podía haber sido disparado ya en aquellos momentos, no tuvo inconveniente alguno en sonreír cuando se vio a sí misma en la pantalla, en apasionado abrazo sexual con Número Uno.

—Caramba —movió la cabeza—… Verdaderamente, resulta interesante, y comprendo muy bien que los De Vries se sintieran en

órbita presenciando estas escenas de auténtico amor.

Pero, ciertamente, ella no había subido allí para presenciar aquella película, sino en busca de su maletín. No estaba a la vista, pero lo encontró pocos segundos más tarde dentro del armario empotrado. Colocó el maletín sobre la cama, lo abrió, y enseguida comprendió que su contenido apenas había sido tocado. En primer término se veía incluso la pistolita de cachas de madreperla. Todo parecía estar en orden.

Poco después Baby tenía en la mano un par de empollas de gas narcótico cuyos efectos duraban un mínimo de cuarenta y ocho horas. Dejándolas cuidadosamente sobre la cama, se acercó al proyector, lo apagó, recogió la película, la quitó del soporte, y fue a guardarla en el maletín. Cerró este, lo asió con la mano izquierda, y sosteniendo siempre cuidadosamente las dos cápsulas con la derecha, regresó al salón.

Una vez allí volvió a abrir el maletín, del cual sacó una pequeña compresa que entregó a Número Uno, y se quedó ella con otra.

—¿Tienes algo que hablar con estos caballeros? —preguntó.

—Todo lo que tenía que hablar con ellos ya está hablado.

—De acuerdo —asintió Brigitte.

Se colocaron ambos la pequeña gasa ante la boca y la nariz, y Brigitte lanzó entonces las dos ampollas de gas narcótico hacia donde estaban los siete técnicos atómicos. Una fracción de segundo más tarde de que las dos ampollas reventasen, los siete hombros dormían profundamente, unos recostados en el sofá o todavía en el sillón, y otros, tras ladearse lentamente, rodaron por el suelo y se quedaron allí no menos profundamente dormidos.

Brigitte y Número Uno esperaron quince segundos antes de retirar las gasas que les protegían de los efectos del gas. Luego, Brigitte guardó ambas y preguntó:

—Bien… ¿Qué te han dicho?

—Una cosa desconcertante y una cosa interesante.

—¿Cuál es la cosa desconcertante?

—Ilya Poliakov ha asegurado que aquí, en El Arsenal, no ha estado trabajando en ningún momento un italiano llamado Franco Lorenti. Se lo he descrito, y ha asegurado que un hombre de esas características no ha estado trabajando con él.

—Ya —murmuró Brigitte—… ¿Y la cosa interesante?

—Pues que después de ser lanzado el proyectil, un helicóptero tenía que venir a recogerlos a todos para llevárselos de aquí.

—¿Adónde?

—A un yate llamado *Mont Blanc* que está navegando en estos momentos por aguas del lago Leman. Yate en el que no me sorprendería que estuviesen nuestros queridos amigos Honoré y Charlotte.

—Sí —admitió Brigitte—… Seguramente, están en ese yate, o a punto de llegar a él. Parece claro que después de lanzar el proyectil atómico que hay en esta casa, pensaban abandonarla definitivamente.

—Me pregunto por qué tenían que hacer eso —encogió los hombros Número Uno—. Es un buen lugar, y nadie tenía por qué saber que el proyectil había sido disparado desde aquí.

—Yo también me pregunto lo mismo —dijo Brigitte—. Pero no vale la pena que nos calentemos la cabeza haciéndonos preguntas nosotros mismos. Lo mejor que podemos hace es pensar en el modo de trasladarnos cuanto más deprisa mejor al lago Leman, en busca del yate *Mont Blanc*.

—Bueno, yo diría que esa cuestión está solucionada.

—¿Cómo?

—Todo lo que tenemos que hacer es esperar… Y ojalá que no sea por mucho rato.

* * *

El helicóptero se posó en la terraza ajardinada frente al chalé, las aspas dejaron de girar y el piloto salto a tierra. Mientras tanto la puerta de la casa se había abierto y en la oscuridad relativa el piloto vio a dos figuras humanas ataviadas con batas blancas que se acercaban presurosamente a él.

Todavía los tenía a unos siete u ocho pasos de distancia cuando el hombre preguntó, en francés:

—¿Por qué no salen los demás?

La respuesta la recibió enseguida, cuando aquellas figuras llegaron ante él y la pistola relució ante sus narices. El piloto miró al que empuñaba el arma, y luego a la muchacha rubia que estaba con gesto expectante y razonablemente amable.

—Esto significa —dijo Número Uno— que se comporte usted de un modo inteligente, porque si no, le voy a meter una bala en la cabeza. ¿Qué prefiere?

—Prefiero… comportarme de modo inteligente —graznó el hombre.

—Muy bien. En ese caso vamos a subir los tres al helicóptero y después nos llevará al lago Leman…, concretamente hasta el yate *Mont Blanc*, en el que supongo estén los señores De Vries. ¿Cierto?

—Sí… Creo que así es.

—¿Solo lo cree? ¿Acaso no ha sido usted mismo el que con este helicóptero los ha llevado?

—Ellos utilizaban otro helicóptero más pequeño. Este era para todo el personal que había quedado en la casa.

—Es cierto —intervino Brigitte—. El helicóptero que yo vi la otra noche era más pequeño que este.

—Está bien. Este es un detalle sin importancia. —Número Uno movió brevemente la pistola hacia el helicóptero—. Pero también con este podemos hacer el viaje hacia el lago Leman.

El viaje fue corto, en efecto, porque en línea recta desde el chalé hasta el lago debía de haber unos setenta kilómetros. Muy pronto divisaron las aguas del lago, y poco después, el blanco yate que navegaba lentamente por el centro. El piloto del helicóptero lo señaló, Y Número Uno ordenó:

—Proceda según lo convenido con ellos. Y cuidado con lo que hace. No tengo interés en matarlo, pero su vida me importe bien poco. ¿Comprendido?

El piloto asintió, se acercó más al yate, y en el momento oportuno hizo unas señales con las luces. Inmediatamente, el yate comenzó a perder la poca velocidad que llevaba, hasta que finalmente, ya perdido incluso el impulso de la marcha a motores parados, se detuvo. Acto seguido, el piloto apretó el botón que inyectaba aire a los flotadores del helicóptero, que se hincharon inmediatamente. Convertido así en un hidroavión, el aparato amerizó, y fue maniobrando hasta que se detuvo muy cerca del yate. Desde la borda de este, un hombre arrojó una cuerda. Dejando al piloto del helicóptero al cuidado de Brigitte, Número Uno asió el cabo, y fue tirando de él, acercando el helicóptero al yate; cuando estuvo junto a este, por el costado pendía ya una escalerilla de

cuerda.

El espía subió rápidamente por esta, saltó a cubierta, y miró al hombre que le contemplaba un tanto sorprendido.

—¿Acaso viene usted solo en…?

El puñetazo en la punta su barbilla fue seco, potente, preciso. El hombre puso los ojos en blanco y se derrumbó hacia atrás, como muerto. Desentendiéndose de él, Número Uno se asomó por la borda. No tuvo que dar instrucción alguna. El piloto del helicóptero fue el primero en pasar al yate…, y cuando Brigitte lo hizo a su vez, el hombre yacía también sobre la cubierta, desvanecido por el culatazo propinado por Número Uno.

—Parece que no hay nadie más por aquí —dijo este—… Tendremos que ir con cuidado abajo.

Brigitte asintió, y señaló el helicóptero.

—Si lo dejamos suelto, se alejará a la deriva…

—Podemos alcanzarlo con el yate en cuanto queramos. Lo que interesa ahora es controlar la situación aquí. Vamos abajo.

Con las debidas precauciones, fruto de la larga experiencia, fueron hacia la puerta que se abría al principio de la escalerilla de madera que descendía hacia el interior del yate. Pero no hacían falta tantas precauciones: cuando llegaron abajo, los dos al mismo tiempo y apareciendo de pronto, solo había dos personas a la vista: Honoré y Charlotte De Vries, que se pusieron en pie velozmente, demudados sus rostros.

—Angelo —susurró Charlotte.

Este no hizo comentario alguno. Solo una seña a Brigitte, que se quedó vigilando a los dos personajes, mientras Uno se adentraba en el yate, siempre pistola en mano, para asegurarse de que no había nadie más. Regresó un par de minutos más tarde.

—Estaba el cocinero —dijo con indiferencia—: no nos molestará. ¿Has hablado algo con ellos?

—Claro que no, mi amor. He preferido que tú estés presente. Aunque en realidad, no creo que haya muchas cosas que hablar…, al menos por nuestra parte. Todo lo que hay que decir, lo dirán nuestros queridos amigos Honoré y Charlotte. ¿No es así, queridos?

—No diremos nada —murmuró Honoré.

—¡Qué tontería! —Rio Lili Connors—. Nos diréis todo lo que queremos saber. Y todo eso, rápidamente. Vamos, vamos, el juego

ha terminado: podernos conversar más o menos civilizadamente…, o haceros pedazos. No seáis cretinos, por favor.

—Ella tiene razón, Honoré —musitó Charlotte—… Sería una estupidez que nos dejásemos torturar. Y son capaces de hacerlo.

—Sin la menor duda —asintió Brigitte—. Pero, además, vamos a facilitaros la explicación. Partiremos de dos puntos interesantes. Uno de ellos, en el que no he dejado de pensar, es la facilidad con que pude escapar de los dos abominables hombres de las nieves la primera vez que me capturaron. Estaba previsto así, ¿no es cierto? Del mismo modo que estaba provisto que Angelo y yo escapásemos nuevamente de ellos la segunda vez. ¿Por qué?

—El plan era que Número Uno corriese a avisar a las autoridades suizas de lo que estaba sucediendo, a fin de que el Gobierno supiese que disponíamos de otras cinco bombas, aunque hubiese fallado la de Gstaad.

—Pero no es cierto que existan cinco bombas más, ¿verdad? Por eso convenía que Número Uno escapase, porque si él lo decía al Gobierno suizo, le creerían, y pagarían.

—Sí.

—Está bien. Lo que no entiendo todavía es por qué tenía que escapar yo la primera vez. Es decir…, solo se me ocurre una cosa… Solo se me ocurre que yo debía escapar para informar a Número Uno de que Maurizio Berlinghieri había sido asesinado, y su cadáver arrojado a una sima. ¿Cierto?

—Sí… Cierto.

—Pero Maurizio Berlinghieri no ha muerto, ¿verdad?

—No… No ha muerto.

—Tenía que ser así —murmuró Brigitte—… Él lo preparó todo, pero al final del plan tenía que quedar tranquilo, libre de toda posible persecución. Por eso, quiso convencernos de que había muerto…, cuando en realidad quien murió al poco de llegar al Hotel Croix Blanche para hacer contacto con ustedes, engañado por Berlinghieri, fue el pobre Franco Lorenti, que debía cargar con todas las culpas de la dirección del asunto… Asunto que no podíais haber planeado vosotros, ya que no tenéis conocimientos atómicos, ni hubieseis sabido dónde y cómo buscar otros técnicos para que os ayudasen. Berlinghieri sí lo sabía, en cambio. De modo que vosotros habéis sido… las cabezas visibles del asunto. Él debió de preparar El

Arsenal, hizo contacto con los técnicos atómicos, os proporcionó el chalé… Todo. ¿No es así?

—Sí.

—¿Lorenti está muerto… y arrojado a la sima?

—Sí, sí… Nosotros, para atraer la atención de Número Uno, teníamos que estar con él y encargarnos de su desaparición, después de asegurarnos de que Número Uno encontrara la pista.

—Del asesinato de Lorenti supongo que se encargaron vuestros amigos Clovet y Moreau.

—Sí…, que son los que a su vez se encargaron de simular que habían asesinado a Maurizio Berlinghieri y arrojado su cadáver a una sima.

—Sí, de este modo, desaparecido Franco Lorenti, todos creerían que él era el culpable. En cuanto a Maurizio Berlinghieri, él tuvo la idea de recurrir a Angelo Tomasini e involucrarlo en todo esto de modo que finalmente pudiese escapar con vida para informar al gobierno suizo de que un grupo de técnicos atómicos que se suponía mandados por Franco Lorenti y nosotros, no solo había lanzado la bomba atómica sobre Gstaad, sino que además disponía de otras cinco que caerían instantáneamente en las ciudades de Lausanne, Berna, Zurich, Geneve y Lucerne. Mauricio Berlinghieri, que conoce bien a Angelo Tomasini, dijo que las autoridades suizas en ningún momento desconfiarían de lo que les informase un hombre de la importancia de Angelo Tomasini, que es bien conocido como Número Uno en los medios de alto espionaje internacional. De este modo, y tras haber lanzado una sola bomba sobre Gstaad, el gobierno suizo comprendería que, en efecto, disponíamos de otras cinco bombas que podíamos disparar desde cinco puntos diferentes en cualquier momento. Y así, antes que permitir que sucediese en esas cinco ciudades lo mismo que había sucedido en Gstaad, se avendrían a complacer las exigencias de Maurizio Berlinghieri…, al que nadie buscaría, puesto que lo considerarían asesinado.

—Y por eso Charlotte puso la cuchilla de afeitar en mis manos cuando vino a despedirse —murmuró Numero Uno—…, para que yo tuviese tiempo de ir cortando las cuerdas, y, en el momento oportuno, pudiese desembarazarme de Clovet y Moreau. Así era como Maurizio Berlinghieri había planeado que yo quedase con vida a fin de avisar a las autoridades suizas.

—Sí…, pero calculábamos que para entonces el primer proyectil ya habría sido disparado, y los técnicos que había en el chalé recogidos en el helicóptero y traídos aquí. Pero ahora, al veros aquí a vosotros, y haber estado mirando a la espera de ver aparecer la explosión atómica en dirección a Gstaad, parece que las cosas no han funcionado como había calculado Maurizio.

—No ha sido así por una sola razón —musitó Brigitte—: porque Número Uno y yo, en lugar de escapar en busca de las autoridades suizas decidimos resolver por nosotros mismos el asunto en El Arsenal, y regresamos allá. Llegamos justo a tiempo de impedir que ese proyectil atómico fuese disparado… Y ahora sabemos que ningún otro proyectil atómico sería disparado, puesto que no existen.

—Así es —asintió Honoré De Vries.

—De todos modos los planes de Maurizio Berlinghieri eran verdaderamente fantásticos, no solo por las incalculables riquezas que podría haber reunido después de haber aniquilado Gstaad, sino porque habría dispuesto de un gran poder político, militar o industrial, sometiendo a chantaje posterior a todas las personas que figurasen en las listas de depositantes en las bancas suizas. Bien, eso ha terminado. Ya nada de eso se podrá conseguir. Ahora, Honoré, solo nos interese saber dónde está Maurizio Berlinghieri.

—No lo sabemos —dijo Charlotte—… Él dijo que deberíamos venir nosotros al yate y luego enviar el helicóptero grande a buscar a todos los demás. Y aquí debíamos presenciar la explosión del proyectil atómico en Gstaad, y luego, cuando llegasen los técnicos procedentes del El Arsenal, esperar las próximas instrucciones de él, de Maurizio.

—¿Cómo os enviaría u os proporcionaría esas instrucciones? ¿Por medio de la radio del yate?

—No lo sabemos. Solo dijo que nos reuniésemos todos aquí. Eso es todo.

—Bueno —reflexionó Número Uno—, en estos momentos yo supongo que Maurizio Berlinghieri debe de saber ya que algo ha fallado en sus planes, y que ese proyectil atómico ni ha caído ni caerá nunca sobre Gstaad.

—Sí, supongo que a estas alturas él ya sabe que todo ha fracasado.

—En ese caso, me pregunto…

—Calla —exclamó Brigitte.

Número Uno calló, y ladeó la cabeza como había hecho Brigitte, en un intento de escuchar lo mismo que estaba escuchando ella. Tardó dos segundos más en captar el mismo rumor que había llegado al finísimo oído de la espía internacional. Como ella, identificó en el acto el rumor que se iba acercando.

—Es un helicóptero —dijo Brigitte—… Posiblemente, el amigo Maurizio se esté acercando ahora al yate, pero no puedo adivinar para qué, a menos que su pequeño helicóptero lleve también flotadores…

Brigitte calló de pronto. Sus ojos se abrieron mucho y se volvieron hacia Angulo Tomasini. Este se mordió los labios con un gesto levemente sobresaltado, y de pronto señaló hacia la escalerilla que llevaba a cubierta.

—¡Corre! —gritó—. ¡Salgamos inmediatamente de este yate! ¡Honoré, Charlotte, subid también a cubierta y lanzaros inmediatamente al agua!

—¿Qué? —exclamó Charlotte—. ¡Pero…!

Pero Angelo Tomasini y Brigitte Montfort no les hacían caso; es más, ni siquiera podían ya oírlos, porque se habían lanzado a toda velocidad hacia la escalerilla, por la que desaparecieron velocísimamente. Aparecieron en la cubierta como disparados desde el interior del yate, y enseguida localizaron el pequeño helicóptero que estaba ya tan cerca que en muy pocos segundos sobrevolaría la blanca embarcación de lujo.

Sin necesidad de cambiar impresiones de ninguna clase, y sin la menor vacilación, Angelo Tomasini y Brigitte Montfort corrieron por la cubierta, y saltaron por encima de la borda sin tocar esta. Sus cuerpos describieron unos arcos en el aire, y acto seguido se hundieron en las frías aguas del lago Leman. Y todavía estaban bajo las aguas cuando el mundo pareció estallar a su alrededor. Hubo como un gran fogonazo bajo las aguas, un tremendo estallido, pareció que todo se llenaba de luces de colores, las aguas se desplazaron con terrible violencia, haciéndolos girar alejándolos de la explosión…

Cuando aparecieron en la superficie, todavía quedaban algunos restos del yate envueltos en algunas llamaradas y en un denso humo

que ascendía hacia el cielo. Más allá, alejándose, el brillo del pequeño helicóptero desde el cual Maurizio Berlinghieri había lanzado la carga explosiva que había convertido en astillas el *Mont Blanc*.

Y relativamente cerca de los dos espías, a la deriva, el gran helicóptero, que, milagrosamente, tras ser desplazado por la explosión, todavía se mantenía incólume a flote. Los dos comenzaron a nadar hacia el helicóptero, llegaron a este, y Número Uno ayudó a Brigitte a subir al aparato y luego lo hizo él, sentándose ante los mandos.

Detrás de él, Número Uno oía los tiritones de frío de Brigitte, y su voz sonó entrecortada y crispada:

—Tenía previsto… incluso el fracaso —decía Brigitte—… Había incluso previsto que algo saliese mal, y en este caso tenía planeado que una vez reunidos todos en el yate, se fuesen el fondo del lago destrozados por la carga explosiva.

Número Uno no dijo nada. Simplemente, puso en marcha el helicóptero, cuya gran aspa comenzó a girar poderosamente. El aparato se elevó, y emprendió la persecución del otro más pequeño, que comenzaba a perderse en la oscuridad de la noche.

—¿Te encuentras bien? —gritó Número Uno sin volver la cabeza.

—Sí, sí… Continúa tras él, mi amor.

—Podré hacerlo, no te preocupes.

La boca de cepo de Número Uno se apretó duramente. Estaba distinguiendo ya el pequeño helicóptero que volaba en dirección a Chamonix Mont Blanc. Era una extraña ruta para huir, ciertamente.

—Ese hombre está loco —masculló el espía—. Me parece que está emprendiendo el regreso al Arsenal por si todavía puede disparar ese proyectil después de considerar que todos los del yate están muertos.

—No llegará —aseguró Brigitte—… Puedes tener la certeza de que Maurizio Berlinghieri ni siquiera llegará a la orilla del lago.

—¿Estás preparada? —preguntó Uno.

—Sí.

El espía aumentó la velocidad del gran helicóptero, que comenzó ya decididamente a dar alcance al otro. En menos de dos minutos, el gran helicóptero estaba volando paralelamente al otro

más pequeño, y, desde sus asientos, los dos espías pudieron ver perfectamente al hombre que pilotaba el pequeño helicóptero. No cabía la menor duda. Era Maurizio Berlinghieri, que tenía el rostro vuelto hacia ellos, y, en la semioscuridad, se destacaba la blancura de la córnea de sus ojos.

Número Uno acercó todavía más el helicóptero al de Maurizio Berlinghieri hasta que Brigitte le tocó en un hombro, y comprendió que ya no necesitaba acercarse más. Entonces, simplemente, Brigitte Montfort sacó la mano, armada con su pistolita de cachas de madreperla, por la puerta corrediza del gran helicóptero, apuntó hacia la gran, noble e inteligente cabeza de Maurizio Berlinghieri, y apretó el gatillo.

Segundos más tarde, el pequeño helicóptero, conteniendo el cadáver de Maurizio Berlinghieri, caía sobre las aguas del lago Léman, donde se estrellaba y estallaba en una bola de fuego y humo.

Este es el final

Hacía ya mucho rato que *Mamma* se había retirado después de dejar en orden la cocina.

Y como siempre, había dejado solos en el gran salón de Villa Tartaruga al *signore* y a la *signorina*, que también como casi siempre, abrazados en el sofá, se habían dedicado a escuchar sus músicas preferidas.

La música terminó y entonces el gran salón quedó sumido en el más completo silencio. Silencio que se prolongó un par de minutos hasta que finalmente Brigitte Baby Montfort se giró entre los brazos de Número Uno y musitó:

—¿Quieres escuchar algo, mi amor?

—Por mí está bien por hoy —murmuró—. Creo que podríamos retirarnos a descansar.

—¿A descansar? —Se sobresaltó Brigitte—. ¡No estás hablando en serio!

—Claro que hablo en serio: estoy muy cansado. ¿Tú no?

Brigitte se quedó mirándolo incrédulamente. De pronto, sonrió, con deliciosa malicia.

—Bueno —murmuró—… Yo tengo algo que te reanimará un poco, mi amor.

—¿Qué es ello?

—Pues se trata de cierta peliculita que los De Vries tuvieron la amabilidad de tomar para…

—La he destruido.

—Oh… ¡Oh, no!

—No me gustan esas cosas. Ni a ti tampoco, lo sé bien. Si quieres reanimarme tendrás que recurrir a otros procedimientos…, pero dudo mucho que lo consigas.

—Estás en un error: Baby consigue siempre lo que quiere.

—¿Y qué es lo que quiere la temible Baby?

—Quiero amor… Pero si realmente estás cansado…

—Para que tú te quedases sin mi amor —susurró el mejor espía masculino de todos los tiempos—, yo tendría que estar muerto. Y aun así…

Era cierto: incluso después de muerto, Número Uno amaría a Baby.

Y Baby amaría a Número Uno. Pero puesto que, por fortuna, ambos estaban vivos…

FIN

Notas

[1] Véanse las aventuras *Un collar de estrellas* y *Los jardines de Alá*.
<<

[2] Véase la aventura titulada *Los tambores de Apolinar*. <<